



EL HIJO DEL DESIERTO

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS

ACTO TERCERO.

(La misma decoracion. La lanza y el escudo de Ingomar están como siempre colgados del tronco del árbol.—El fuego, bajo el caldero, se ha apagado.—Ingomar, absorto en sus pensamientos, entra por la izquierda con Alastor.)

ALASTOR (*concluyendo un discurso empezado*).—Los otros nos envían á tí, nuestro jefe, para preguntarte lo que has resuelto, y cuándo volvemos á nuestras montañas.

INGOMAR (*á media voz y aparte*).—Quisiera decirle... Pero ¡por el cielo! Esto no... Podría parecer... No, mejor quiero decirle que estoy contento de sus servicios... que...

ALASTOR.—Diríase que no me oyes.

INGOMAR.—¿Quién, yo?... Sí, Alastor; has venido y me has dicho...

ALASTOR.—Te he dicho que ya hemos dejado el río sin peces; que hemos espantado toda la caza del bosque, y que la yerba comienza á faltar á nuestros rebaños.

INGOMAR.—Sí, justamente; eso es lo que me has dicho.

ALASTOR.—Además te he dicho que ya llega la época fijada por nuestro pueblo para hacer su excursión al país de los Alobrogos y vengar nuestra antigua ofensa.

INGOMAR.—¿Cómo?... ¡Ah! ¡Sí, sí! Muy bien... La excursión... Sí, sí, ya está decidida.

ALASTOR.—Y los nuestros temen no asistir á ella.

INGOMAR.—¡No asistir yo! ¡Ingomar!... Antes faltarán el rayo y el trueno á la tempestad, que yo al combate.

ALASTOR.—Ya nos lo figurábamos nosotros. Y ahora bien; ¿cuándo piensas partir?

INGOMAR (*aparte*).—¡Partir! ¡Volver á nuestra pátria ó mejor á la de ellos que á la mia, pues se me figura á mí que esta es la mia, que he nacido aquí... que aquí solamente se han abierto mis ojos á la luz y que yo no he existido antes de venir á este sitio! (*Alto.*) ¿Dónde están los otros?

ALASTOR.—Están acostados allí abajo sobre el musgo y en los linderos del bosque donde almuerzan.

INGOMAR.—Dales todo el aguamiel que haya y déjalos beber.

ALASTOR.—¿De modo que no levantamos el campamento?

INGOMAR.—Quiero reflexionar de aquí á mañana.

ALASTOR.—¿Hasta mañana?

INGOMAR.—Sí; ya te he dicho que hasta mañana. Déjame.

ALASTOR.—Te encuentro tan cambiado en tu modo de ser y palabras, que apenas te reconozco. Sea, pues, hasta mañana, y ojalá que con la aurora retornen á tí la prudencia y formalidad y la exactitud. (*Se va por la izquierda del fondo de la escena.*)

INGOMAR.—¡Qué razon tiene en decir que no me reconoce! ¡Si apenas me reconozco yo mismo! ¿Qué podrá ser esto? ¿Estaré acaso enfermo? Sí, sí, debo de estarlo. Mi imaginacion inventa sueños ardientes, mientras que mi alma vaga inquieta é indecisa. (*Se echa sobre una piedra despues de una pausa.*) Recuerdo un dia que mi flecha hirió á una cierva y que su sangre enrojeció todo el musgo que la rodeaba; á su lado estaba la cervatilla, ignorante del peligro y muerte de su madre, puesto que apenas principiaba á vivir. Y cuando me aproximé para cargar la carga sobre mis espaldas, se puso el pobre animalito delante de mí, comió de mi mano y me miró con unos ojos tan dulces, tranquilos y confiados..... No sé por qué pienso siempre en aquella mirada cuando veo los ojos de esa jóven. ¡Ya brillen de altivez, ya respiren confianza, deja siempre ver el fondo de su alma infantil! (*Levantándose sobresaltado.*) ¡Ella! ¡Siempre ella! ¡Por todos los dioses! No parece sino que Ingomar no puede

pensar ya en otra cosa mejor que en una mujer y en los ojos de una esclava. (*Se oye ruido de copas y gritos salvajes fuera de la escena.*) ¡Qué felices son! Los gritos de guerra se unen alegremente con el choque de las copas, y la ilusión de futuras victorias excita sus apetitos. ¡Sus imaginaciones se precipitan ya en el combate, y lavan la deshonra de sus padres con la sangre de los Alobrogos! ¿Pero yo? ¡Atrás, pensamientos enfermizos! A esta frente ardiente le es preciso la lucha sangrienta de las batallas. Veo brotar mi salud de la sangre del enemigo. Yo abriré sus venas y sanaré. ¡A mí el ruido de las armas, de los combates y la embriaguez de la victoria! ¿Qué me importan las mujeres?..... ¡Pero ella sí! ¡Si parece hecha de otra materia! Me siento disgustado cuando pienso en nuestras mujeres, envueltas en sus pieles vellosas, tostadas por el sol, cargado el cuerpo de adornos groseros, siendo felices en su esclavitud y solicitando con arte bajo y vil los favores de su amo..... ¿Pero ella? ¡La griega!..... (*Se oyen de nuevo gritos y ruido fuera de la escena.*) ¡En vano me llamais al combate! ¡En vano lo decís; ni un sólo eco os responde en mi corazón! Estoy enfermo, y sea el que quiera mi mal, lo siento penetrar hasta lo más profundo de mi alma. (*Se echa de nuevo sobre la piedra, mientras Partenia, trayendo una cesta al brazo, aparece sin reparar en Ingomar, y avanza lentamente hacia la izquierda.*)

PARTENIA.—A estas horas estarán en mi casa desesperados, creyéndome atormentada, maltratada y hasta muerta tal vez. ¡Cuánto desmiente sus terrores todo lo que me pasa! ¡Si aún es mejor de lo que yo esperaba! Así ¡ah! sueña el hombre y velan los dioses. Este pueblo bárbaro no es tan malo; es, en verdad, salvaje, rudo y de costumbres indomables; pero Ingomar se impone á todos y se hace obedecer; y aunque él toma á veces un aire tan feroz que parece que quiere, por lo ménos, matarme, no hay peligro con él y no le temo. Soporta que yo le hable, y se doblega con facilidad. Es el mejor de toda la horda. (*Adelantándose, apercibe á Ingomar.*) ¡Hola!

INGOMAR.—¡Tú aquí! ¿De dónde vienes?

PARTENIA.—He estado cogiendo fresas allí en el matorral, y he llenado esta cesta, como ves. ¿Quieres algunas?

INGOMAR.—No quiero, no.

PARTENIA.—¿No? Me parece que te hubiera sido tan fácil decir, gracias, como decir, no; ya lo oyes: dí..... gracias..... ¿Por qué esa mirada tan fija? Supongo que no estarás.....

INGOMAR.—¿Qué he de estar? Véte, que deseo estar sólo.

PARTENIA.—Puesto que lo quieres, me voy.

INGOMAR (*levantándose*).—(¡Se va!) ¿Te vés, Partenia? No te vayas, quédate conmigo; mi sangre bulle en mi cabeza.....

PARTENIA (*volviéndose rápidamente*).—Entonces estás malo. ¿Díme, qué tienes? Yo sé muchas cosas que me ha enseñado mi madre: sé preparar bebidas con yerbas saludables y pronunciar frases contra el vértigo. ¿Qué te duele, dime?

INGOMAR.—Nada me duele; nada en este momento. Me parece que tu aliento apaga la llama que la fiebre ha encendido en mi corazón y que tu voz adormece y tranquiliza mis ardientes pensamientos; pero hace un instante mis sueños se revolvían en salvaje torbellino.

PARTENIA.—¿Pero ahora ya has despertado de ellos?

INGOMAR.—Huyo del vértigo de los festines; mis oídos se cierran al grito de guerra y al estruendo de las armas. Mi corazón está inquieto de notarse tan silencioso. Sueña, y se avergüenza luego de estos sueños y vuelve otra vez á soñar. ¡Partenia, quisiera que tú fueras un hombre!

PARTENIA.—¿Un hombre?

INGOMAR.—¡Oh, si así fuera, qué bien estaríamos! Tú serías mi compañero en la caza y mi hermano de armas. Yo andaría á tu lado como tu sombra, velaría tu sueño, y cuando te cansases te llevaría en mis brazos. Así como en la roca repercute el sonido de la bocina, así como el arroyo refleja la flor azul de la orilla, así dócil mi alma repetiría todas las vibraciones de la tuya. Tu sonrisa sería la mía y mío tu dolor. Tendríamos para los dos los tesoros todos de la vida, los más íntimos y secretos matices del alma, las palpitations del corazón y hasta los gérmenes del pensamiento. (*Deteniéndose súbitamente.*) ¡Oh, dioses celestes!

PARTENIA.—¿Qué tienes? ¡Habla, dílo, pues!

INGOMAR (*aparte y á media voz*):

«Es de dos fuegos la llama,
¡De dos almas pensamiento!»

PARTENIA.—Esa es la cancion que me enseñó mi madre.

INGOMAR (*siempre aparte*).—Esa es la cancion que ha turbado mis sentidos; el relámpago que ha rasgado la nube.

PARTENIA.—¡Vamos, estás soñando de nuevo!

INGOMAR.—¿No dices que el amor es un fuego que arde en una mirada y que los sueños alimentan? Pues bien, sí; los sueños lo han alimentado y sus altas llamas se elevan hasta el cielo.

PARTENIA.—¡Cómo! ¿Qué dices del amor?

INGOMAR.—El amor, ha dicho tu madre, es una estrella que nos conduce al cielo. ¡Ven, pues, ven! Sus rayos nos sonrien y el camino se extiende luminoso ante nosotros.

PARTENIA.—¡Sus ojos brillan!.... ¡Arden sus mejillas!.... ¡Oh, dioses eternos!

INGOMAR.—Deja á los dioses que reposen tranquilos allá en el seno de las nubes. ¡No se han llevado, no, todas las delicias de la tierra! Solo el amor, tú lo has dicho, han olvidado. Seamos, pues, por el amor felices como ellos. ¡Partenia, sé mia!

PARTENIA.—¡Atrás! Tú desvarías.

INGOMAR.—Por todos los sueños ardientes de estas noches; por todas las llamas que devoran mi corazon, la copa se desborda y es preciso que se beba... ¡Sé mia! ¡Sélo!

PARTENIA.—¿Dónde podria ocultarme? ¡Atrás!

INGOMAR.—Por última vez: ¡sé mia!

PARTENIA (*sacando su puñal y poniéndoselo en el pecho*).— ¡Si das un paso más, me mato!

INGOMAR.—¡Detente! ¡Tira ese acero! (*Mirándola con expresion medio feroz, medio consternada.*) ¿Pero qué estoy haciendo? ¿Qué es lo que me detiene? ¿No soy acaso su amo? ¿No es mi esclava? Sus ojos me lanzan rayos de cólera, y aunque nunca he tenido miedo, me parece que es miedo lo que me hace bajar los ojos.

PARTENIA.—¡Oh! ¡Desgraciada, desgraciada de mí!

INGOMAR.—Desgraciada! Yo te he asustado sin duda, y ha-

bré estado tal vez muy brusco; pero mi naturaleza es muy viva y mis modales son rudos. Luego el amor...

PARTENIA.—¡El amor! Eso no era amor. Yo no he amado nunca á nadie más que á mis padres; pero cuando algunas veces pensaba, como todas las jóvenes de mi país, que dejaria por el amor la casa paterna, soñaba yo en un corazon fiel, discreto y tierno, medio victorioso y medio vencido; un amor que me respetase y dispuesto á recibir todo sin exigir nada; un esposo que pudiese protegerme y dirigirme... ¿Pero á qué perder mis palabras contigo? (*Hace un movimiento para irse.*)

INGOMAR (*interceptándola el paso*).—¡Quédate! ¡Digo que te quedes! Tú, que me crees indigno de tus palabras, ¿sabes quién soy? Soy un gran jefe; la fama de mis acciones resuena en todas las montañas; soy tu amo, y debias, se me figura, estar orgullosa del favor que te hace tu dueño. Así, piensa quién soy yo y quién eres tú.

PARTENIA.—¿Quién soy? Soy Partenia; es cierto que nada más que la hija del armero Myron, pero griega, hija libre de Masalia, educada en el culto tranquilo de los dioses protectores, alimentada con la dulce bebida de las costumbres helénicas y nacida en el seno de lo bello y del orden. ¿Pero tú? ¡Tú eres el hijo de los bosques salvajes! ¡Tú has crecido junto á los animales del desierto! Aunque fueras el primero de tu pueblo, para nosotros sólo serias un bárbaro, un devastador y un ladron de rebaños, y has de saber que nosotros tratamos á los ladrones á palos y crucificamos á los bandidos...

INGOMAR.—¡Insensata!...

PARTENIA.—Y ya que te he dicho todo esto y estoy tranquila, piensa tú ahora quién soy yo y quién eres tú.

INGOMAR.—¡Cómo te atreves!... ¡La burla y el ultraje! ¡Ultrajarme á mí! Pues bien; por todos los dioses ¡esclava! ¡Aprende cómo se doma una esclava!

PARTENIA.—Tal vez las domais con el hambre y la sed y las enseñais á amar con latigazos; pero las esclavas no aman y sólo conocen el temor y el ódio. Así, yo te ódio; sábelo, y no obtendrás de mí otra cosa que ódio...

INGOMAR.—¡Cállate! ¡No digas una sola palabra más! ..

PARTENIA.—¡El desprecio!

INGOMAR.—Expía esto con tu sangre. (*Saca la daga y se precipita sobre Partenia.*)

PARTENIA (*abriendo los brazos*).—¡Tómala!

INGOMAR (*deteniéndose súbitamente y dejando caer la daga*).—¡No, jamás, ántes la mia! ¡Maldicion! Quiero y no puedo. La ira hace arder mi sangre, quisiera destrozar en pedazos al mundo todo y á mí mismo, y no tengo fuerzas para ello. Ya no soy el mismo. (*Se tira violentamente por tierra.*)

PARTENIA (*despues de una pausa*).—¿Qué es lo que veo? ¿Qué es esto? ¡Su daga á mis piés, que hace un instante relampagueando amenazaba mi cabeza! ¡Y él, tendido tambien, apenas dueño de sí mismo! ¿Qué será? ¿Habré sido demasiado dura? ¡Demasiado dura! ¿Dónde está, pues, la ira que llenaba mi corazon? Su orgullo... ¿Era eso orgullo? ¿Pero qué miro? ¡Lloras! ¿Por qué lloras, Ingomar?

INGOMAR (*levantándose sobresaltado*).—¡Llorar yo! ¡Las lágrimas son para la mujer! ¡Yo no lloro; lo que estoy es malo, enfermo, esto es todo! ¡Despreciarme á mí, la gloria de mi patria y el terror de nuestros enemigos!.... (*Despues de una pausa.*) ¡Bah, bah, puedo pasarme sin tí! ¿Crees acaso que no puedo? Pues sí que puedo. Vete al lugar de donde has venido, eres libre, libre como yo, ¿lo oyes? ¡Vuelve á tu país, vete sin tardanza! ¡Tu aliento me produce sueños calenturientos, tu mirada lanza veneno; vete, repito, en seguida! (*Sale precipitadamente.*)

PARTENIA.—¡Se vá, y furioso! ¿Pero qué importa? ¡Justo era que humillase su orgullo, cuando el del bárbaro habia humillado el mio! Mi aliento dá fiebre, ha dicho él. Que áebo partir en seguida; pues no me lo dirá dos veces. ¡Soy libre! Mis piés ligeros me volverán á la patria mia; ya veo á mi madre que se sonrie y á mi padre que me abre sus brazos. (*Deteniéndose.*) Pero qué, ¿será preciso que me vaya dejándole furioso, él que tan ligero me ha hecho el yugo de la esclavitud y que me ha dado la libertad? ¡Y aunque me la ha dado en un arranque de ira, al fin me la ha dado! Y, por el sol, que le espero aquí, su camino le trae á este sitio, y la casualidad traerá á mis lábios la palabra que desarme su cólera, y entónces con corazon tranquilo tomaré el camino de mi patria.

(Mientras ella se sienta en el peñasco en el que ha colocado su cesta, Ambivar, Samo y Trinobante, que al fin del discurso de Partenia han aparecido por el fondo de la escena, se adelantan lentamente.)

SAMO.—¡Hasta mañana ha dicho él; quiere reflexionar hasta mañana!

AMBIVAR.—Y mañana dirá lo mismo y nunca partiremos.

TRINOBANTE.—¡Truenos!.... ¡Pudrirse aquí!

AMBIVAR.—Y mientras, los nuestros invaden el país de los Alobrogos y nos roban el mejor botín.

SAMO.—Pues no sufriremos esto.

TRINOBANTE.—Vamos á buscar á Ingomar: es preciso partir hoy mismo.

AMBIVAR.—¡Vosotros lo deseais! Pero el está acostado sobre el musgo y juega con su griega, escuchando sus canciones y haciéndose contar cuentos.

TRINOBANTE.—Ya os he dicho que la griega es la causa de todo el mal y que ella es quien lo retiene.

SAMO.—Sí, esa mujer lo ha hechizado. (*Siguen hablando en voz baja.*)

PARTENIA.—¡No viene! ¿No dijo que estaba enfermo? Sí lo dijo, y sin duda lo está. Su rostro estaba tan pronto pálido como rojo, y si ahora..... Por todos los dioses, ¡late mi corazón! Allí abajo, oculta por el matorral, distingo su huella. (*Atraviesa rápidamente la escena y desaparece por la izquierda.*)

AMBIVAR.—Sí, sí, es como yo os lo decia, no podremos arrancar á Ingomar de aquí mientras esa griega no haya desaparecido.

TRINOBANTE.—¡Pero ella le pertenece!

AMBIVAR.—No es así; el botín no se ha repartido todavía, y ella nos pertenece lo mismo que á él.

SAMO.—¡Tienes razón! Nos pertenece.

TRINOBANTE.—¿Y qué haremos con ella?

AMBIVAR.—He visto un buque anclado en la costa cuyos tripulantes son comerciantes de Cartago: ahí debemos transportarla. Nos darán brazales, cotas de malla y armas.

SAMO.—¡Bueno!

AMBIVAR.—¡Pues manos á la obra!

TRINOBANTE.—Pero cuando Ingomar lo sepa.....

AMBIVAR.—Despues que la cosa esté hecha hará lo que le plazca. (*Aparte.*) Me llamó avaro, pues que lo sea si hoy mismo no pago su deuda.

SAMO.—¡Héla aquí!

AMBIVAR.—Silencio, venid por aquí. (*Se retiran al fondo de la derecha, mientras Partenia sale del zarzal por la izquierda del proscenio.*)

PARTENIA.—Acostado sobre el musgo con la cabeza oculta entre las manos y temblando su pecho, respira con dificultad. ¿Es esto enfermedad? O bien..... ¡dioses eternos! Temo que el mal no se apodere á su vez de mí.

AMBIVAR (*que se ha escurrido sin ser notado hasta Partenia que sigue absorta*).—¡Sus, compañeros! (*Los Tectosagos la cogen y quieren llevársela.*)

PARTENIA.—¡Atrás! ¿Qué me quereis?

SAMO.—¡Paz, doncella, paz!

PARTENIA.—¡Atrás, os repito! ¡Dejadme!

TRINOBANTE.—Cállate, jóven, ó.....

PARTENIA.—No, no, vosotros.....

AMBIVAR.—Arrastradla á la cerca.

PARTENIA (*mientras la llevan*).—¡Salvadme, dioses vengadores de las nubes! ¡Socorro! (*Ya detrás de la escena.*) ¡Ingomar!

INGOMAR (*precipitándose por la izquierda del proscenio*).—¿Quién me llama? ¿No era esa su voz? (*Mirando al fondo de la escena.*) ¡Ambivar! ¡Ambivar! ¡Una daga! ¡Una daga! (*Recoge la daga que él dejó caer.*) ¡Ah! ¡Aquí está y ya bebe sangre!..... (*Sale con precipitacion por la derecha; despues de una corta pausa, Partenia se lanza del zarzal á la escena.*)

PARTENIA.—¡Horror! ¡Horror!

INGOMAR (*teniendo la daga la sigue*).—¡Quédate! ¿Por qué huyes? ¡Quédate, que soy yo! ¡Qué pálida estás! ¡No puedes sostenerte! Deja, Partenia, que mi brazo te sostenga.

PARTENIA.—¡Déjame! ¡Tu mano está llena de sangre!

INGOMAR.—Muerto está y que su suerte sirva de escarmiento

á los otros. Doblas la cabeza. ¡Ah! ¡Esas manos groseras han estrujado mi flor! ¡Tiemblas! ¿Estarás acaso herida? ¡Herida!.... ¡Oh! ¡Ellos lo pagarán todos! ¡Uno tras otro, los voy á arrastrar entre el polvo á tus piés!

PARTENIA.—¡Escucha!..... ¡Pasos!..... ¡Ruido de armas!

INGOMAR.—Estoy á tu lado y ningun poder del mundo podrá hacerte mal.

PARTENIA.—¡Allí abajo! ¡Allí!..... ¡Horror! ¡Ellos vienen!

INGOMAR.—¡Que vengan! ¡Siento en torno de mi frente como el vuelo de un águila, y el aliento de los dioses hace palpitar mis miembros! ¡Que el rayo del cielo no me derribe, que á todo cuanto pueden los hombres desafío!

(*Durante estas últimas palabras, Alastor, Trinobante, Samo, Novio y otros Tectosagos, armados de dagas, lanzas y mazas, aparecen haciendo gestos amenazadores.*)

INGOMAR (*saliéndoles al encuentro*).—¿Qué me quereis? ¿Qué os trae? ¡Hablad!

ALASTOR (*despues de una pausa*).—Hay sangre vertida que pide venganza: tú has herido con tu daga á Ambivar.

INGOMAR.—Lo he hecho porque ha alzado su mano culpable sobre quien me pertenece.

ALASTOR.—Ella no te pertenece. El botin es de todos hasta la reparticion: esta es nuestra ley.

SAMO.—Vuélvenos la mujer.

NOVIO.—¡Cogedla!

INGOMAR.—¡Venid todos!..... ¡Aproximaos!

PARTENIA (*arrojándose en los brazos de Ingomar*).—¡Detente! Son muchos y te matarán.

INGOMAR.—Retírate, mujer, cuando los hombres combaten. ¡Acercaos vosotros!

ALASTOR (*interponiéndose entre Ingomar y los Tectosagos*).—¡Deteneos, digo yo tambien, y escuchadme, compañeros! Ingomar, nosotros te hemos elegido para ser nuestro jefe, y te hemos concedido la quinta parte del botin á fin de que entre nosotros haya uno que juzgue nuestros altercados, y vele por nuestros intereses y derechos; pero tú te abandonas á un reposo indolente, te apropias la esclava, y en un arranque de cólera matas á un compañero de armas. Tú, el

guardian del derecho, has violado por una injusticia doble el derecho y la paz; tú has burlado nuestra confianza.

INGOMAR.—Yo no he roto la paz ni violado el derecho; él fué quien, arrebatando á esta jóven, os ha robado lo mismo que á mí. Por otra parte, ya habia merecido su suerte. En cuanto á vuestra eleccion, sabed que estoy cansado de teneros sujetos, pueblo tumultuoso é irracional. En adelante, escogereis vosotros mismos el camino, pues me separo de vosotros. Esta queda en mi poder: en cuanto á la quinta parte del botin que me habeis concedido como precio de mi pena, guardadla como rescate de Ambivar y como pago de esta mujer. ¿Consentís en ello? Decidlo, y si no, que sea la daga quien entre nosotros decida.

TRINOBANTE.—¡La quinta parte del botin!

NOVIO.—¡Pero lo habrá dicho de veras!

ALASTOR.—Lo ménos se le escapan diez bestias de cuerno y el doble de ovejas.

SAMO.—¡Oh! ¡Eso seria.....

ALASTOR (*despues de haber hablado bajo algun tiempo á sus compañeros*).—Ingomar, estamos acordes, y así lo creo, pues que no pides parte alguna del botin.

INGOMAR.—Ya lo he dicho.

ALASTOR.—Entónces la esclava te pertenece, y si ahora piensas dirigirte hácia nuestro país, seguiremos obedeciéndote fielmente como ántes.

INGOMAR.—Mi resolucion es irrevocable. Me separo de vosotros para ir adonde nuestros vecinos los Avernos, hácia los Pirineos, para ver paises nuevos y otras costumbres. Idos, pues, que yo me quedo.

ALASTOR.—¡Pero piensa en la campaña contra los Alobrogos!

INGOMAR.—Ya he reflexionado en todo. ¡Adios!

ALASTOR.—¡Adios, pues! Vosotros, recoged las tiendas y tomemos otra vez el camino de la pátria.

INGOMAR (*mientras Alastor y los otros se van uno trás otro*).—Ahora, consuélate, jóven, que ya se van, y á no ser por tu palidez y terror no me hubieran dejado costándoles tan poco. Que desaparezca de tu fisonomía esa expresion de angustia; siéntate y tranquilízate.

PARTENIA.—¡Gracias, Ingomar!

INGOMAR.—¡Me das las gracias!.... ¿Pues de qué?

PARTENIA.—Ya sé que tú sólo has hecho lo que tu corazón te decía; pero déjame dar las gracias á los dioses de que tu corazón te haya hablado así y de que yo, insultada en mi pátria, haya encontrado un defensor en el desierto. ¡No olvides nunca á la que no te olvidará! Y ahora, ¡adios!

INGOMAR.—¡Adios! ¿Qué dices? ¿No quieres acaso seguirme al país de los Avernos?

PARTENIA.—¿No me has dado la libertad? Pues permíteme que vuelva á mi país.

INGOMAR.—¡Tú desvarías! ¡Que yo te he dado la libertad!

PARTENIA.—¡Cómo! ¿Recoges tu palabra?

INGOMAR.—¡Mi palabra! Creo que..... me parece..... Pues bien, si yo te la he dado, la tienes y puedes partir.

PARTENIA.—¡Gracias!

INGOMAR.—¡No, Partenia, no! Me parece que la luz desaparecería de la tierra, y que el dulce brillo del sol se ocultaría en una noche eterna! ¡Yo no puedo creer que tú quieras dejarme!

PARTENIA.—Los padres esperan á su hija.

INGOMAR.—¡Sí, tienes razón! Vete. Pero no... Piensa en las tinieblas de los bosques, en la altura vertiginosa de las rocas, en los torrentes que mugen en los precipicios, en los lobos y osos que acechan en sus antros. Y tú quieres, sola completamente...

PARTENIA.—Sola vine y sola me iré.

INGOMAR.—¡No! Tú no puedes hacerlo. Alastor y Novio te acompañarán. ¡Ea, allí abajo vosotros!

PARTENIA.—¡Antes que á esos salvajes prefiero á todos los lobos y osos!

INGOMAR.—¿Cómo? ¿Tú crees?... Sí, sí, ciertamente; eso sería confiar la oveja al lobo. Pues bien... (*Estallando de pronto.*) ¡Yo soy quien te acompañará!

PARTENIA.—¡Tú!

INGOMAR.—¿Por qué me miras con esos ojos tan penetrantes? ¿Crees tal vez que no valgo más que los otros? No, Partenia; ya no soy quien era, pues yo no he conocido nunca

el miedo ni las lágrimas, salvo algunas de mi infancia, y tú me has hecho conocer hoy ámbas cosas. No me temas; mas cree y ten confianza en mí; y en prueba de ello, pongo á todos los dioses por testigos.

PARTENIA.—No jures, no. Tu mirada me dice palabras más claras, más fieles y sagradas que un juramento. Si ella mintiese, todo seria mentira. ¡Acompáñame, pues, Ingomar y sé mi guía!....

INGOMAR.—¡Consientes! ¡Oh! Ven, que yo te conduciré. Buscaré para tí la sombra más fresca de los bosques y el musgo más suave; apartaré las piedras de tus piés; separaré hasta el más pequeño de los zarzales, y cuando haya que subir, mi brazo te sostendrá; no, te llevará. (*Quiere abrazarla.*)

PARTENIA (*retrocediendo*).—¿Soy acaso un niño para que me lleves en hombros? Yo sé andar, subir, trepar; así, no te inquietes, pues podré seguirte bien. No tengo necesidad de tu brazo, y me bastará tu mano para que me enseñes los senderos del camino bueno.

INGOMAR.—Crees acaso...

PARTENIA.—Creo que debes andar delante como hacen los guías, y yo te seguiré.

INGOMAR.—¡Me seguirás!...

PARTENIA.—Y si amenaza algun peligro...

INGOMAR.—Yo lo alejaré de tu cabeza.

PARTENIA.—De vez en cuando, cuando el sendero sea más ancho, iremos juntos y pasearemos juntos y charlaremos un rato. Para que no tengas las manos vacías, coge la cestita de las fresas.

INGOMAR.—¡La cesta!...

PARTENIA.—¡Sí, la cesta! ¿Tú no quieres?

INGOMAR.—¡Ya lo creo que quiero! ¡Ya lo creo! (*Coge la cesta.*)

PARTENIA.—Y yo, por pago, voy á llevarte tu lanza y tu escudo.

INGOMAR.—¡Una carga tan pesada!...

PARTENIA (*cogiendo la lanza y el escudo que están suspendidos en el árbol*).—Déjame hacer...Esto me complace. Siempre

he amado las armas brillantes: esto lo heredo de mi padre. Y ahora, ¿por qué tardamos? Tú tienes ya la cesta y me parece que ya podemos partir. ¿Lo oyes? ¡Oh! ¡Qué aire tan sério y pensativo tienes!

INGOMAR.—Me parece que sueño. Ven, el camino más corto está allá abajo, á lo largo del arroyo.

PARTENIA.—¡Precédeme, pues, mi guía, que yo te seguiré! *(Ingomar llevando la cesta, sale por el proscenio á la derecha. Partenia, con el escudo en el brazo y la lanza empuñada en la mano derecha, le sigue.)*

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

FEDERICO HALM.

DOCTRINAS SOCIALISTAS DEL PUEBLO CRISTIANO.

I.

La cuestion religiosa está hoy, como se acostumbra decir, á la órden del dia: en las Córtes, en la Sociedad de Jurisprudencia, en el Ateneo, bajo una ó bajo otra forma, la intransigencia levanta bandera contra el liberalismo, obedeciendo á la voz de alerta, lanzada desde Roma, que ha puesto en pié de guerra las huestes católicas. La pretension de los católicos á poseer la verdad absoluta, no sólo en las doctrinas religiosas, sino tambien en las políticas y sociales, es un tanto problemática: se erigen en campeones y defensores de la propiedad y de la familia, y se apellidan el valladar de la sociedad contra el torrente invasor del socialismo. Cuando el señor Candau, ministro de la Gobernacion, hacia coro en 1871 con el Sr. Jove y Hévia para acusar á la Internacional de enemiga de la pátria, de destructora de la familia y de la propiedad, habia echado en olvido las doctrinas profesadas por los primeros cristianos, y defendidas con valentía y teson por todos los doctores de la Iglesia, hasta por los representantes de Jesucristo en la tierra. Si el mundo ha echado por otros senderos, lo ha hecho volviendo la espalda á las doctrinas sociales del catolicismo; y no fué en verdad culpa de este, si el mundo no se encuentra hoy convertido en un vasto falanstero. No se ensoberbezcan, pues, los católicos, ni se cubran con un ropaje prestado; bueno será, para convertirlos á la humildad cristiana, recordarles lo que fueron, y lo que han pretendido fuese el mundo: á ello se encaminan los apuntes que recopilamos en estos artículos.

De todas las teorías socialistas, la que se refiere al capital, y á sus relaciones con el obrero, ha merecido especial predileccion de todas las escuelas; y las batallas más reñidas contra la propiedad sehan dado siempre en este terreno, sin abandonar por eso cada escuela su tema favorito, seguros de llegar, de concesion en concesion, como consecuencia lógica, á la negacion de la propiedad, que existe patente ó encubierta en todos los sistemas socialistas, al comunismo más desenfrenado. Luis Blanc transigia con lo que él calificaba de absurdos del actual estado social, si le concedian el derecho al trabajo; y Proudhon, para el triunfo de sus ideas, sólo pedia el crédito gratuito.

¿Por qué el antagonismo entre los intereses del capitalista y del obrero, la usurpacion por aquel de los beneficios que á este pertenecen, sirven de materia inagotable á sus discusiones y de ariete para batir en brecha lo existente? ¿Por qué vuelven constantemente los reformadores de la sociedad á su tema favorito? Es porque, en esta cuestion, cuentan con las simpatías del mayor número, y especialmente de la clase más necesitada de la sociedad, cuyos instintos halagan; es porque las apariencias les dan la razon, y el contraste entre la vida miserable y angustiada del proletario y la regalada y ociosa del rico, es un argumento irresistible é irrefutable ante la caridad y la sensibilidad humana, y sobre todo, porque cuentan con el apoyo de la Iglesia, tan potente todavía en el seno de las familias católicas, á pesar de las profundas heridas que desde la Reforma viene recibiendo.

Los socialistas cuentan, pues, con poderosos auxiliares; variables en la forma, idénticos en el fondo, todos los sistemas confluyen en un pensamiento comun, la explotacion por la sociedad de los capitales, ya bajo la forma de máquinas é instrumentos de trabajo, ya de primeras materias, ya, en fin, convertidos en los agentes naturales que el universo, y en especial el globo que habitamos, suministra á la industria. No es otra cosa la reforma proclamada por la Internacional, última evolucion del socialismo, disimulando lo viejo y usando del ropaje con los nombres flamantes de *mutualismo* y *colectivismo*. Y ¡cosa singular! echando la escuela neo-católica

en olvido el apoyo que la Iglesia ha prestado siempre, teórica y prácticamente, á las doctrinas socialistas, pretende establecer un lazo de union entre ellas y las de libertad y progreso, haciéndolas responsables de las aberraciones y excesos de los neo-socialistas. Mal puede ser la libertad origen de doctrinas que la niegan, y el individualismo de teorías que anulan al hombre y deprimen su dignidad. Para encontrar en alguna parte parentescos y filiacion con los modernos comunistas, acudiremos á los orígenes del catolicismo, y los veremos, en los escritos de sus más célebres expositores, en gérmen ó en completo desarrollo. Los Santos Padres predicaron el abandono de la familia, la negacion de la propiedad, el derecho al trabajo, y presentaron la vida en comun como el ideal á que la humanidad debe aspirar en todas las épocas y lugares, y sin embargo, los neo-católicos declaran inmorales, en cabeza de los socialistas, doctrinas profesadas por tan piadosos y ejemplares varones.

Léjos de nosotros la idea de hacer responsable al cristianismo de las exageraciones y errores del socialismo moderno; incurriríamos entónces en la misma falta que echamos en cara á nuestros adversarios. El socialismo ha existido en todos los tiempos, y nos inclinamos á creer existirá siempre en la sociedad humana, ya bajo las formas actuales, ya bajo otras nuevas. Es la protesta de las últimas clases sociales que pugnan por salir de su estado de inferioridad relativa, y que no siempre siguen el verdadero camino para conseguirlo. Toda revolucion religiosa es á la vez una revolucion social, con sus preceptos civiles á la vez que dogmáticos. El cristianismo fué una revolucion social contra el paganismo y el judaismo, y las herejías lo fueron á su vez contra el catolicismo. La reforma de Lutero, limitándola á una fútil controversia teológica, no hubiera echado tan hondas raíces en extensas y pobladas comarcas. Los albigenses en el Mediodía de Francia y los anabaptistas en Alemania, no habrian, durante largos años, ensangrentado la Europa con sus guerras, si á los puntos dogmáticos de la reforma no se hubieran ligado otras ideas que satisficieran el sentimiento de justicia ó halagaban las pasiones de los nuevos prosélitos. Nada más justo, por

ejemplo, que las reformas formuladas en el célebre programa de los «Doce artículos,» y nada más absurdo y horrible que las teorías realizadas para desgracia de Alemania (aunque durante poco tiempo) por los anabaptistas Munzer y Juan de Leyden.

Por más que no falte quien defienda lo contrario, el carácter y la doctrina de Jesucristo fueron eminentemente sociales: al revés de todos los reformadores que conservan su prestigio en el aislamiento y el misterio, se mezcla con la muchedumbre, asiste á banquetes y fiestas, discute con todos, y á nadie, rico ó pobre, judío ó pagano, niega su ayuda y sus consejos. Si alguna vez parece desmentir el juicio que sobre él emitimos, debemos tener en cuenta el doble carácter que reviste; hijo de Dios, no tiene parientes ni familia, ó más bien, segun sus propias palabras, su familia es toda la humanidad. Expositor de una nueva doctrina, echa por tierra la mayor parte de los fundamentos de la sociedad antigua y choca de frente con las ideas y preocupaciones más arraigadas en ella. Sabedor de las persecuciones que por ello esperaban á los nuevos propagandistas, les aconseja rompan los lazos que los ligan con la vida social. Como condicion para salvarse, solo impone la observancia de la ley moral; para ser apóstol de la nueva religion, exige vocacion verdadera y renunciar á cuanto pudiera ser obstáculo para llenar cumplidamente su mision evangélica.

Los primeros cristianos supieron distinguir el precepto del consejo; lo que revestia un carácter eventual, de lo inmutable y eterno, y hasta el siglo IV, si vemos practicada libremente la vida en comun, si la vemos encomiada por San Bernabé, San Justino, Tertuliano y otros, no tomó la doctrina el carácter dogmático que revistió en los siglos posteriores, cuando la Filosofía y Literatura paganas hubieron invadido la religion cristiana.

El deseo de arrebatár un poderoso auxiliar á los socialistas, que abrigaban la pretension con sus doctrinas de restablecer en toda su pureza la vida y las costumbres de los primeros cristianos, arrastró á Sudre demasiado léjos (1). Niega este

(1) Sudre, Historia del Comunismo, cap. 5.º

autor haber sido practicada la vida en comun entre los primeros fieles y defendida por los Santos Padres. Por desgracia no es así; los primeros cristianos, no todos, es verdad, y acaso el menor número, la practicaron voluntariamente, y la tradición de las excelencias de aquella vida se ha conservado viva al través de los siglos, defendida por los más ilustres expositores. Hoy mismo, es esta la doctrina admitida por la Iglesia católica; el Sr. Martinez Izquierdo, obispo de Salamanca, se levantó no ha mucho tiempo en el Parlamento español (1) á defenderla, y en su defensa, declaraba el régimen de la comunidad más perfecto que el de la propiedad individual; consideraba al rico mero usufructuario de sus bienes, cuya posesion legitimaban únicamente las limosnas y demás obras de caridad en que los invierta. Solo en los medios, no en el fin, difieren los católicos de los socialistas: estos, cuando han arrebatado el poder, impusieron á los demás, por la fuerza, sus teorías demoledoras de toda sociedad: la moral cristiana prohíbe apelar á la violencia contra la injusticia: á los mismos esclavos, en cuya persona consideraba violado el derecho, les decia San Pedro (2) «estuviesen sumisos á los amos, á los buenos como á los malos:» y San Pablo «que les sirviesen con respeto y sumision (3).» En vez de predicar la rebelion contra sus perseguidores, recomiendan la obediencia á los príncipes y potestades (4); doctrina predicada, aunque no siempre practicada por sus sucesores. Por eso, aunque los Santos Padres admitiesen en el pobre el derecho á los bienes del rico, sólo en muy raros textos encontraremos escitaciones á la violencia para hacerlo valer. No podemos decir otro tanto de tiempos posteriores, y ménos de los actuales.

Convenimos con Sudre que Jesucristo no pensó en la vida en comun, ni la encomió en sus predicaciones. Los primeros cristianos, acaso impelidos por la necesidad, la practicaron,

(1) Sesión del 24 de Octubre de 1871.

(2) Primera epístola de San Pedro, cap. 2.º, v. 18.

(3) San Pablo, 1.ª epístola á Timotheo, cap. 6.º, v. 1-2-3.—Epístola á los de Epheso, cap. 6.º, v. 5 al 8.—Idem á los Colos., cap. 3.º, v. 22 y 23.

(4) Primera epístola de San Pedro, cap. 2.º, v. 13-14-17-18.—Idem de San Pablo á los Romanos, cap. 13.º, v. 1 al 7.—1.ª á Timotheo, cap. 2.º, versículo 2.—Idem á los Hebreos, cap. 13, v. 17.—A Tito, cap. 3.º, v. 1.

asociándose voluntariamente, sin imponerla como precepto, aunque deplorando la falta de fé, é increpando por ella á los no asociados. Su corto número les evitó los desengaños al tropezar la teoria en las dificultades de la práctica, y así tan pronto como el número de prosélitos tomó incremento, y la nueva religion se extendió por todo el orbe, la vida en comun se hizo insostenible, quedando relegada á los monasterios. Pero seria cerrar los ojos á la evidencia negar el principio comunista implantado en el seno de la Iglesia católica y profesado como el ideal de la perfeccion en la vida humana, considerando á la vida social presente, como una transaccion con nuestras pasiones y flaquezas. Esta doctrina ha ejercido una influencia funesta en el estado social de Europa, desarrollando el monaquismo, del cual, á pesar del tiempo transcurrido, han sido vanos los esfuerzos para arrancar las raíces.

Las erradas opiniones acerca de la vida de los primeros cristianos y de las doctrinas sociales de los Padres de la Iglesia, apadrinadas por un autor tan respetable y afamado como Sudre; y el ver al obispo de Salamanca tratar con cierto desden á los que rebuscan unos cuantos textos aislados, y retuercen el sentido de las frases para sacar armas contra la Iglesia católica, nos obligan á ser más cansados de lo que pensábamos y acaso debiéramos. No se trata, como aquel digno prelado pretende, de frases mal interpretadas, de ideas accesorias, y por decirlo así, casuales: las citas que aquí extractamos forman una parte muy exígua de las que es fácil entresacar, á millares, de las obras de los Santos Padres; la dificultad está en la eleccion. No son tampoco textos oscuros, de interpretacion dudosa, consejos ó preceptos morales para uso de los que sacrifican su vida á la predicacion y propaganda evangélica: el sentido es claro, desenvuelto con gran lucidez y lógica; la argumentacion se extiende con frecuencia en varios párrafos, formando un sistema, y algunas veces componen voluminosos tratados especiales sobre la materia. San Ambrosio, además de otros de menor alcance, cuenta, para lote suyo, con dos obras; los libros de Naboth y de Tobías, profundamente socialistas, con trozos de vehemente y abrasadora elocuencia, cuya lectura nos arrastra y seduce á pesar nuestro, haciéndonos olvi-

dar lo falso del raciocinio y el vacío que encubre la pasión de la frase; ¡júzguese por esto, del efecto que tales escritos debían causar sobre el espíritu inculto de un pueblo rudo é ignorante, supersticioso y lleno de fervor y de fé ciega!

Los Hechos de los apóstoles nos suministran el primer ejemplo de la vida en comun de los cristianos.—«Y todos »los que creían, dice San Lucas, estaban unidos y *tenían las »cosas comunes*. Vendían sus posesiones y haciendas, y las »*repartían á todos, conforme á la necesidad de cada uno.*» Esto mismo lo repite en otro lugar: «Y de la muchedumbre de »creyentes, el corazón era uno y el alma una; y ninguno de »ellos decía *ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que »todas las cosas les eran comunes.....* Y no había ningún ne- »cesitado entre ellos. Porque cuantos poseían casas ó cam- »pos los vendían, y traían el precio de lo que vendían y lo »ponían á los piés de los Apóstoles. *Y se repartía á cada uno »según lo que había menester*» (1).

Aquí no se trata, según pretende Sudre, de las colectas (suscripciones, como ahora las llamariamos) de que nos hablan el mismo San Lucas y San Pablo (2), destinadas á socorrer á los hermanos necesitados y á cubrir los gastos del apostolado: en los textos citados más arriba se describe un estado social, que no debió causar novedad, pues los Esenios lo practicaban. Semejante estado no se prolongó más allá del fin del siglo II ó principios del III. Tertuliano por una parte, Orígenes y San Cipriano por otra, marcan dos límites á la fecha de la desaparición. Aquel afirma que aún se practicaba, y los dos últimos se lamentan de que la costumbre desaparezca, excitan el celo para que algunos sirvan de ejemplo á los demás, «porque así habría algún modelo de aquella vida en comun, »que los fieles practicaban en tiempo de los apóstoles» (3).

(1) Hechos de los apóstoles, cap. 2.º, v. 44-45.—Idem; cap. 4.º, versículos 32-34-35.

(2) Hechos de los apóstoles, cap. 11.º, v. 29 y 30.—Primera epístola de San Pablo á los de Corinto, cap. 16.º, v. 1 al 3.—Idem, segunda id., capítulo 8.º.—Idem á los de Philipo, cap. 4.º, v. 10 al 18.—Idem á los Romanos, cap. 15.º, v. 26-27.

(3) Orígenes, Comentarios al Evangelio de San Matheo, cap. 15.º, número 15.

Las persecuciones contra la Iglesia turbaron con frecuencia esta vida en comun, ya por sí tan inestable y precaria, siendo reemplazada por la distribución de las colectas y donativos á los pobres, necesitados, huérfanos y ancianos, después de socorrer á los confesores encarcelados, desterrados ó condenados á trabajar en las minas: Tertuliano describe en su Apologético (cap. 39) cómo esto se practicaba. Este fué el origen de los bienes de la Iglesia: «viendo, dice el Papa Urbano »(año 224), se podía sacar más utilidad de administrar los »bienes cedidos que de venderlos, adoptaron este partido, vi- »viendo con sus rentas y encomendando á los obispos la ges- »tion para suministrar lo necesario á cuantos abrazasen la »vida en comun.»

El Papa San Clemente, discípulo de los apóstoles, que practicó la vida en comun y fué testigo en Jerusalem de la muerte de Ananías y Safira, exhorta á los miembros de aquella Iglesia á que perseveren en aquella vida, la más perfecta y conforme á la naturaleza humana. «La vida en comun es »necesaria á todos los hermanos, especialmente á los que »desean servir á Dios irreprochablemente, é imitar la vida de »los apóstoles y de sus discípulos. El uso de todas las cosas de »este mundo debió ser comun para todos los hombres; pero »hubo alguno que, *inícuamente*, hizo esto suyo, y otro aquello, »y así *se estableció la propiedad* entre los mortales.» Cita luego la opinion de Platon y un texto del Salmo 123, y continúa, apoyándose en estas autoridades: «Conservando esta costum- »bre los discípulos de los Apóstoles, hicieron vida en comun »con vosotros y nosotros.» Cita el texto de las actas que ántes insertamos, refiere, como testigo, la muerte de Ananías y Safira, y termina aconsejándoles «no abandonar el precepto »apostólico; ántes bien, viviendo en comun, andeis solícitos »en cumplir lo ofrecido al Señor» (1).

Bien temprano aparece la doctrina pagana para reforzar con las utopías platónicas la tendencia comunista de los primeros cristianos, y la opinion de San Clemente la veremos, con

(1) Epístola 5.^a de San Clemente Romano á la Iglesia de Jerusalem y á su obispo Santiago.—De la vida en comun.

rarísimas excepciones, desenvolverse en los siguientes siglos con una elocuencia digna de mejor lógica, y forzoso es confesar que si tuviese la nueva doctrina la más débil raíz en la naturaleza humana, hubiera dado sus frutos; pero los esfuerzos de la sociedad cristiana sólo dieron por resultado numerosos conventos, que tan duramente pesaron sobre las siguientes generaciones.

San Bernabé, contemporáneo de San Clemente, da á los fieles el mismo consejo: «Todo lo pondrás *en comun* con tu prógimo, y nada llamarás *tuyo*, pues si sois hermanos en lo impercedero, ¡cuánto más lo sereis en lo percedero! (1)

San Justino y Tertuliano declaran que él y los suyos practican las mismas doctrinas: «Lo que amábamos sobre todas las cosas,» dice San Justino, «el producto del dinero y de los bienes, *lo ponemos ahora en comun*, y todo cuanto poseemos lo disfrutamos con los menesterosos (2).» Y al tratar de la conversion de los judíos y para alentarlos, añade: «Y si algunos por flaqueza de ánimo quisieran observar aquello que sea posible de los preceptos de Moisés, juntamente con la esperanza en Jesucristo, creo deban ser recibidos como hermanos á la *comunion de todas las cosas* y admitidos como personas de la misma familia (3).»

«Somos hermanos,» exclama Tertuliano, «para las riquezas que entre vosotros (los gentiles) casi rompen la fraternidad; y así confundimos nuestras almas, haciendo sin vacilar á los demás partícipes de lo nuestro. *Todo es comun entre nosotros*, ménos las mujeres (4).»

San Cipriano se lamenta de la falta de fervor de los cristianos de su tiempo, comparándolos con los discípulos de los Apóstoles. «Ahora pagamos apenas el diezmo de los bienes, y en vez de venderlos, como ordena el Señor, compramos y los aumentamos. Así se debilitó en nosotros el vigor de la fé, y se ha enfriado el fervor de los fieles (5).»

(1) San Bernabé, cap. 19.^o

(2) San Justino.—Apología 2.^a en favor de los cristianos (al fin).

(3) San Justino.—Diálogo con Triphon.

(4) Tertuliano.—Apología, cap. 39.

(5) San Cipriano.—De la unidad de la Iglesia.

Los escritores paganos, aunque incurriendo, como era natural, en exageraciones y errores, se ocupan de la vida de los primeros cristianos. Luciano, escéptico y burlesco, los ridiculiza, lo mismo que á las sectas filosóficas, en la persona de Peregrino, cuya muerte relata. «Su primer legislador (habla de los cristianos) les persuadió, eran todos hermanos. Por lo cual, naturalmente, desprecian todas las cosas y las ponen en comun, siguiendo estos preceptos conforme á la fé más acendrada (1).»

Todavía en los tiempos de Arnobio, que floreció de la mitad al fin del siglo III, quedaban restos de esta vida en comun. «En nuestras reuniones sólo se trata de lo que hace á los hombres humanos, mansos, dignos, púdicos, castos, repartidores de su hacienda con los demás (caritativos), y unidos todos por el parentesco de una sólida fraternidad (2).»

En rigor, la vida en comun no desaparece; quedó como protesta en los cenobios y monasterios, para los que, fieles á la tradicion de los apóstoles, pretendian mantener en toda su pureza los preceptos evangélicos y seguir la verdadera vida del cristiano. Posidio se expresa de la manera siguiente en la vida de San Agustin: «Ordenado de presbítero, fundó en seguida un monasterio, y principió á vivir con los siervos de Dios segun el uso y la regla *establecida por los Santos apóstoles*; especialmente, el que nadie en aquella sociedad *poseyese nada propio*, sino que todo *era comun* entre ellos y se distribuia á cada uno segun lo que habia menester (3).»

Más tarde habremos de ocuparnos del ascetismo que brotó, en una forma que merecia la calificacion de salvaje, á fines

(1) Luciano.—Muerte de Peregrino.—El Sr. Martinez Izquierdo, hoy obispo de Salamanca, ocupándose en la sesion del 24 de Octubre de 1871, llamó á Luciano amigo del emperador Juliano, para lo cual necesitaba haber vivido aquel 220 á 240 años; longevidad, de que se ha perdido desgraciadamente la costumbre, desde los tiempos de los Patriarcas. Si quiso mencionar al célebre retórico Libanio, maestro de elocuencia de algunos eminentes Padres de la Iglesia, la cita no ha podido ser ménos feliz, pues nada más opuesto que los dos escritores en estilo y en el género de literatura que cultivaron.

(2) Arnobio.—Contra los gentiles, lib. 4.º

(3) Posidio.—Vida de San Agustin, cap. 5.º

del siglo IV y principios del V, limitándonos ahora á enumerar las ideas, principios y teorías comunistas desenvueltos en los escritos de Padres de la Iglesia. Elegimos, entre todos, los más autorizados, los de más fama, y también los más antiguos iniciadores del movimiento ascético y comunista. Coetáneos casi todos, pues el mayor número floreció del siglo IV al V; amigos muchos de ellos; dotados de gran talento, vastos conocimientos y erudición profunda, poseídos de una fé sincera y ardiente, su propaganda fué, por desgracia, fructuosa, tuvo discípulos, imitadores, y, cosa increíble, exageradores de sus doctrinas: San Gerónimo, San Ambrosio y San Agustín en la Iglesia latina; San Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo, y los hermanos San Basilio y San Gregorio de Niza en la griega, son las fuentes á que acudiremos de ordinario, aunque también citaremos, si bien con ménos detalles, á los más eminentes de los que en siglos posteriores continuaron la obra iniciada por aquellos. Entre todos descuellan: Salviano en el siglo V, San Gregorio el Grande en el VI, San Damian (Pedro) y San Anselmo en el XI, San Bernardo en el XII. San Hilario, Teodoreto, el Papa San Leon, San Leandro y cien más, siguen la misma senda. La fuerza de nuestros argumentos se funda en la universalidad de la doctrina, lo cual da un carácter marcado de monotonía á nuestras citas, que nos obliga á impetrar de antemano la paciencia del lector. Principiaremos por el derecho á la existencia, ó más bien á la subsistencia, que reclaman todos los socialistas presentes, pasados, y probablemente reclamarán los futuros.

Segun los Santos Padres, nadie tiene derecho á más de lo necesario, y algunos lo llevaban á tal rigor, que San Gerónimo recomienda á Paulino no dé á los pobres más que lo estrictamente necesario para cubrir su necesidad (1).

«Quien no viste al desnudo es un espoliador y un ladrón,» dice Orígenes; y San Basilio se expresa en los siguientes términos. «Quien ama á su prójimo como á sí mismo, no debe poseer más que el prójimo; porque si más posee, claramente

(1) San Gerónimo.—Epístola 49 á Paulino.

» confiesa prefiere su bienestar al alivio de muchos (1). » ¿Qué es ser avaro? No contentarse con lo necesario. ¿Qué es ser espoliador? Apoderarse de lo ajeno. ¿No eres avaro ni espoliador, que haces tuyo lo que recibiste para repartir? Si se llama ladrón á quien despoja al vestido, ¿qué nombre merece quien pudiendo no viste al desnudo? El pan que guardas es del hambriento, la ropa del desnudo, el calzado del descalzo, y del menesteroso el dinero que escondes. ¿Por qué causas á los hombres tanto mal, como dinero guardas, pudiendo darles? (2)

San Ambrosio se expresa con más dureza todavía. «Es ser asesino negar á un hombre los socorros *que le son debidos para vivir*» (3); y en otro lugar añade: «es una ley natural procurarse lo suficiente para vivir, y considerarse sólo dueño de lo necesario para alimentarse.»

«Excepto la comida y el vestido, dice San Agustín, el resto debe darse á los pobres, y si te niegas á ello robas lo ajeno, porque *solo es nuestro* lo que racionalmente basta para nuestro sustento y el de la familia» (4). Próspero de Aquitania, en las sentencias de San Agustín 80.^a se expresa de la manera siguiente: «es en cierto modo detentor de lo ajeno quien posee inútilmente lo que necesitan los pobres» (5). Y San Gerónimo, contestando á las cuestiones de Hedibia, despues de comentar en este sentido varios textos del Evangelio y de San Pablo, termina diciendo: «Si tienes más de lo que necesitas para el alimento y el vestido, reparte el resto, reconociendo así que eres deudora» (6).

(1) San Basilio.—Sermon sobre la limosna, núm. 3.—Idem contra los ricos.

(2) San Basilio.—En la Hom. 4.^a sobre la limosna, repite lo mismo.—Sobre el texto de San Lucas, "Destruiré mis graneros, etc." núm. 7.

(3) San Ambrosio.—Libro de Tobías, cap. 24.

(4) San Agustín, sermon 276.^o—Se cree sea más bien de San Cesáreo, obispo de Arlés.—En rigor, este y otros sermones del mismo santo están formados por trozos de otros de San Agustín. Esta misma idea se encuentra en numerosos textos. Entre otros, véase la explicación ó disertación sobre el salmo 147.^o número 12.—Idem sobre el salmo 95.^o núm. 5.—Sermon 1.^o, sobre las palabras de Ageo, "Mios son el oro y la plata, etc.," núm. 2.—Sermon 11.^o sobre el cap. 7.^o del Evangelio de San Matheo, cap. 11.^o, núm. 12, y otros.

(5) Véanse los textos citados en la nota anterior.

(6) Carta á Hedibia. Cuestión primera.

El fundamento de las doctrinas de los socialistas católicos del siglo IV, lo establecen sobre el derecho de propiedad residiendo en Dios. «Lo que juzgamos nuestro es de otros: nada es nuestro, porque todo es de Dios; hasta nuestras mismas personas» (1).

«Nadie pondrá en duda que toda la riqueza de este mundo ha sido dada graciosamente por Dios á todos sus poseedores: á ménos que sea tanta su necesidad, que, siendo dado el mundo por Dios al género humano, no lo hayan sido las cosas que están en el mundo. Así, pues, si *todo* lo dió Dios *para todos*, nadie dudará que lo recibido en don por Dios debemos dedicarlo al culto de Dios, é invertir en obras suyas lo que tomamos de su liberalidad. Esto es reconocer la munificencia de Dios, y usar bien de sus beneficios, para tributar homenaje á aquel de quien los recibimos» (2).

Para comprender é interpretar mejor los textos que siguen, conviene nos hagamos cargo de la teoría en conjunto, eligiendo como muestra un Padre de la Iglesia griega, ya que más adelante habremos de hacer una cosa parecida con otro de la Iglesia latina, y de todos ninguno compite con San Juan, llamado el Chrysóstomo (boca de oro), por su portentosa elocuencia. Dotado de una erudición vastísima, de un saber profundo y de sólidas virtudes, su natural inclinación le llevó por la carrera de la predicación, en la cual brilló más que en sus tratados doctrinales. Algunos de sus sermones son modelos de elocuencia cristiana, que dejan atrás las más célebres oraciones de los oradores paganos, y si leídos hoy causan honda impresión, ¿cuál debió ser entónces el ascendiente del orador sobre su auditorio, si el gesto y la entonación guardaban armonía con las palabras?

El punto de partida de San Crisóstomo es el mismo de Tertuliano, ó más bien, si nos remontamos al verdadero origen, lo encontraremos en el Levítico, en el cual prohíbe Dios vender á perpetuidad las tierras de los israelitas; porque, dice: «La tierra mía es,» y el texto de Ageo, «míos son, el oro y

(1) Tertuliano.—Libro de la penitencia.

(2) Salviano.—A la Iglesia católica (ó contra la avaricia), lib. 1.º

la plata» (1); pero al dar las riquezas, nos ha confiado un depósito, del cual nos pedirá cuenta, convirtiéndonos en administradores de ellas para distribuirlas á los pobres (2). Las riquezas, viniendo de Dios, no pueden ser malas; no son en rigor, ni buenas ni malas, por más que sean un obstáculo á la salvacion, mucho más difícil en el rico que en el pobre. Las riquezas son buenas cuando se destinan á su objeto, invirtiéndolas en obras de misericordia, que son obras de justicia; y son malas cuando no se distribuyen á los pobres con profusion (3). Si Abraham, Job, y otros patriarcas fueron ricos, sus riquezas no consistian en metales preciosos ni en tierras, sino en ganados que les servian para atender á los deberes que le imponian la hospitalidad y la caridad con los peregrinos y menesteros (4). San Crisóstomo hace responsable al rico de las faltas y delitos que, impulsado por su miseria, cometa el pobre, refiriendo casos de mutilaciones horribles que los pobres han cometido para inspirar mayor compasion, y lo que es más bárbaro y repugnante, ha habido padres tan sin entrañas, que cegaron á sus hijos pequeñuelos para excitar la caridad de las gentes (5). Tampoco debe el rico, al repartir limosnas, investigar la vida del pobre, ni negársela á pretesto de ser vagabundos y ociosos; porque, ¿quién más holgazan y ocioso que el rico, á quien Dios colma, sin embargo, de sus beneficios? (6)

(1) Levit., cap. 25.^o, v. 23.—Ageo, cap. 2, v. 10.

(2) San Crisóstomo.—Plática 1.^a sobre Lázaro, núms. 4-5-6.—Sermon 1.^o sobre el Génesis, núm. 3.—Hom. 21.^a (otros 22.^a), núm. 1.—Idem 19.^a (otros 18.^a), número 3.—Idem 33.^a (otros 32.^a), núm. 3.—Hom. 80.^a (otros 79.^a), núm. 3.—Idem 10.^a, sobre la epístola 1.^a á los de Corinto, núms. 3-4.—Idem 13.^a id., núm. 5.

(3) Hom. 2.^a al pueblo de Antioquía, núm. 5.—Sermon sobre la inscripcion del altar, núm. 2.—No se deben divulgar los pecados de los hermanos, número 1.—Hom. 20.^a sobre el cap. 4.^o del Génesis, núm. 5.—Idem sobre el salmo 48.^o, núm. 3.—Interpretacion sobre Isaías; cap. 15.^o v. 7 y 8, número 7.—Homilia sobre las palabras de Isaías, cap. 45.^o, v. 7.—Idem 44.^a (otros 45.^o), número 4.—Idem 77.^a (otros 78.^a), núm. 3.—Idem 10.^a sobre la epístola 1.^a á los de Corinto, núm. 3.—Idem 13.^a id., núm. 5, y en otros muchos lugares.

(4) Hom. 66.^a, cap. 48.^o del Génesis, núm. 4.—Idem 21.^a (otros 22.^a), número 1.—Idem 12, cap. 4.^o, epístola 1.^a á Timotheo, núms. 3-4, y otros.

(5) Hom. 21 sobre la 1.^a epístola á los de Corinto, núm. 5.

(6) Hom. sobre la limosna, núm. 6.—Idem 35 (otros 36), núms. 3-4-5.—Idem 11.^a sobre la epístola 1.^a á los de Corinto, núm. 5.

Nuestras personas mismas son de Dios, que nos ha formado: siervos ó esclavos en una casa opulenta, cuyo amo distribuye por igual á todos el alimento y el vestido, desempeñamos en la familia el cargo que ha tenido á bien encomendarnos, castigando severamente á quien no lo desempeña con fidelidad. El del rico es la administracion de los bienes del pobre, y cuando no los distribuye, roba lo ageno, sufriendo un duro castigo como administrador infiel (1). ¿Habrá nadie tan loco que se figure rico por tener en depósito cuantiosas sumas que no le pertenecen? ¿Cómo puede llamarse propietario de lo que tantos dueños ha tenido y tantos habrá de tener todavía? Nadie es propietario de lo que á su muerte habrá de dejar forzosamente, y con harta frecuencia durante la vida (2). Causa risa, exclama el santo, leer en los testamentos, «dejo á este la propiedad, y aquel usufructo,» cuando sólo tenemos este, no siendo de nadie la propiedad, palabra vana y que carece de sentido (3).

La propiedad entraña, además, un vicio, porque la adquisición de las riquezas está manchada con algun delito; son siempre fruto del robo ó del despojo, pues la riqueza de uno, implica, y sólo se ha logrado á costa de empobrecer á otro. Aunque hayas heredado tus bienes, aunque tu padre los haya á su vez heredado de tus abuelos, remontando en la série de tus antepasados, tropezarás infaliblemente con el criminal. Así sólo se explica, cómo siendo comun para todos la tierra, posean unos yugadas sin cuento y otros ni el más pequeño terron; nadando aquellos en la opulencia y sumidos estos en la más profunda miseria (4).

Pero, continúa, aunque se admita la pureza de la adquisi-

(1) Véase la nota 2, pág. 284.

(2) Hom. 80.^a (otros 79.^a), núm. 3.—Idem.—Plática 6.^a del terremoto y de Lázaro, núm. 8.—Sermon 1.^o sobre el Génesis, núm. 3.—Hom. 10.^a sobre la 1.^a epístola á los de Corinto, núm. 3.—Idem 11.^a sobre el cap. 3.^o de la 1.^a epístola á Timotheo, núm. 2-3.—Idem 17.^a, cap. 6.^o idem, número 1.—Idem 7.^a, cap. 3.^o de la Epístola 2.^a á Timotheo.—2.^a, cap. 1.^o de la Epístola á los Hebreos, núm. 3.

(3) Hom. 2.^a al pueblo de Antioquía, núm. 5.

(4) Primera plática sobre Lázaro, núm. 20.—2.^a id., núm. 4.—Hom. 36.^a (otros 37.^a), núm. 4.—Idem 40.^a sobre la 1.^a epístola á los de Corinto, número 4.—Idem 12.^a, cap. 4.^o de la epístola 1.^a á Timotheo, núms. 3-4.

cion, aunque esta proceda de haber descubierto un tesoro, Dios lo formó y lo puso en aquel sitio para ser descubierto. El servidor que encuentra un tesoro de su amo (quien á todos reparte por igual cuanto necesitan sus siervos para vivir), debe hacer partícipes á sus compañeros del hallazgo, y si lo guarda para sí, les roba lo que les es debido y ha de ser comun para todos. A fin de darnos el ejemplo, que por desgracia no imitamos en lo más mínimo, hizo Dios comunes las cosas indispensables á la vida, como la luz, el aire, la tierra y el sol. Hizo, tambien, de uso comun, los caminos, las ciudades, las calles y plazas. Por eso la comunidad es de origen divino y natural, siendo artificial y humana la propiedad. Cuando usamos en comun las cosas, ninguna cuestion surge, ninguna pugna entre los partícipes de ellas: ¿quién disputa la propiedad de las calles y de las plazas? Los crímenes, las guerras, los pleitos, todas las calamidades humanas nacieron cuando hubo uno que quiso apropiarse lo que era de todos, cuando se pronunciaron aquellas *heladas palabras, tuyo y mio*, que todo lo trastornan y perturban. Donde estas palabras se han desterrado, ni hay guerras ni disputas; y por eso debemos imitar el ejemplo de la vida en comun dado por los discípulos de los apóstoles, emulando la vida de los ángeles, que no dividen el cielo con linderos (1). La economía aconseja, tambien, este género de vida, que, de seguirlo, no habria pobres, porque lo existente bastaria para todos. ¿Qué diriamos de una familia en que el padre, la madre y los hijos hiciesen vida aparte, cada uno con su casa, sus criados y su servicio? Nadie se muere de hambre en los conventos y todos disfrutan allí de alimento abundante (2).

Lo que antecede es un frio y abreviado resúmen del origi-

(1) Contra los adversarios de la vida monástica, lib. 3.º, núm. 8.—Homilia 5.ª sobre la penitencia, núm. 1.—Idem sobre las palabras de San Pablo "Es conveniente haya herejes," núms. 2-3.—Idem 33.ª sobre el cap. 13.º del Génesis.—Exposicion del salmo 111.º.—Hom. sobre las palabras del Evangelio "El hijo nada hace sin el padre."—Idem 7.ª sobre los Hechos de los apóstoles, núm. 2.—Idem 10.ª sobre la epístola 1.ª á los de Corinto, núms. 3-4.—Idem 2.ª sobre el primer capítulo de la epístola á los de Tesalónica, núm. 4.—Idem 1.ª sobre el cap. 1.º de la epístola á los de Filipo.—Idem 12.ª sobre el cap. 4.º de la 1.ª á Timotheo, núm. 4.

(2) Hom. 11.ª sobre los Hechos de los apóstoles, núm. 3.

nal, del cual no es posible formar cabal idea, sin tener á la vista los textos originales. El Santo argumenta, formula objeciones que resuelve á su manera, busca comparaciones más ó ménos atinadas, y con frecuencia interpreta de una manera un tanto fantástica muchos textos de las Escrituras. Debemos advertir que estas doctrinas, segun veremos, las han profesado todos, y fuera fácil tarea repetir el mismo trabajo con San Basilio, San Ambrosio ó San Agustin. Nos parece escusado refutar esta doctrina del derecho divino trasladado de la política á la vida social: todo procede de Dios; pero en la evidencia de esta verdad todo cabe, ó más bien, nada puede deducirse de ella, y ménos lo que pretendian aquellos piadosos varones.

Acerca del derecho á la subsistencia, y de la iniquidad é injusticia de la posesion de las riquezas, ya en la esencia de estas, ya en su origen, existe unanimidad completa: no les era dado concebir la riqueza de unos sin el empobrecimiento de otros (1). San Gerónimo se expresa de la siguiente manera en su carta á Hedibia: «Todas las riquezas proceden de la iniquidad, porque uno no puede ganar si otro no pierde; siendo ciertísimo el proverbio que dice: todo rico es inícuo ó heredero de un inícuo (2).» San Anselmo no hace más que parafrasear el mismo texto (3).

Este juicio sobre la iniquidad de las riquezas fué moneda

(1) San Crisóstomo.—Hom. 40.^a sobre la epístola 1.^a á los de Corinto, número 4.—San Gerónimo.—Carta á Hedibia. Cuestion 1.^a—San Cesáreo, sermon 70.^o, sobre el amor y la caridad, núm. 2 (atribuido á San Agustin 270.^o)

(2) El texto de San Gerónimo ha tenido bastante desgracia cuantas veces fué citado. El Sr. Castelar, en el discurso pronunciado en el Congreso de Diputados, el dia 24 de Octubre de 1870, pone en boca de un Padre de la Iglesia (sin citarlo) el dicho "Todo rico es ladron ó hijo de ladron." Es posible que la vasta erudicion del Sr. Castelar conozca lo que ha escapado á nuestras investigaciones; pero si fuese el texto desfigurado de San Gerónimo, preciso es confesar no estuvo acertado en la sustitucion: el ladron caia bajo la jurisdiccion de las leyes civiles, el iníquo arreglaba la manera de burlarlas, aunque ante el tribunal de Dios estuviese condenado á arder eternamente en compañía del ladron. (San Gerónimo.—Diálogos contra los Pelagianos, lib. 1.^o) Alápide sustituye *injusto* por *iníquo*, que no es lo mismo, por más que el origen de ambas palabras sea parecido. El P. Salvador de Leon cita bien, pero lo mismo que Alápide lo refiere á los Comentarios sobre el cap. 5.^o de Jeremías. Donde se encuentra es en el lugar ántes citado.

(3) San Anselmo.—Hom. 12.^a sobre San Lúcas.

corriente entre todos los doctores de la Iglesia, y tendremos ocasion de desarrollarlo en una historia del préstamo: todos se apoyan en aquel texto del Eclesiástico (sin afirmar no sea todavía más antigua la creencia). «Si eres rico, no estarás inocente de delito» (1). San Pablo enumera los riesgos que corre el rico para salvarse (2). El Apóstol Santiago maldice y condena á los ricos (3). Y San Pedro Crisólogo al decir: «que el oro engendra la crueldad, enseña el hurto, aconseja el fraude, y ordena el latrocinio (4),» ¿hace otra cosa más que exagerar la palabra de San Basilio en el sermón sobre «la riqueza y la pobreza?» «¿Quién es el padre de la mentira? ¿Quién es el fabricante del engaño? ¿Quién es el fraguador del perjurio? ¿No son las riquezas?»

Pero involuntariamente faltamos á nuestro propósito, penetrando en un terreno que habremos de recorrer en la historia del préstamo, y volviendo á la cuestion presente, habremos de consignar que los Santos Padres más ilustrados, los que más moderacion muestran en su lenguaje, no están exentos de las preocupaciones de su tiempo. San Gregorio el Grande sólo difiere de San Crisóstomo en su templanza; por lo demás, la doctrina es idéntica. «Nuestros bienes *no son nuestros*, sino recibidos de quien nos crió, y por eso tanto ménos debemos retenerlos privadamente, cuanto más propios sean para la utilidad comun..... Repartid con humildad vuestros bienes al prógimo, pues sabeis *no ser vuestro* lo que poseeis (5).» «De otra manera se debe amonestar á los que ni codician los bienes ajenos, ni dan de los suyos. Deben tener aprendido, que la tierra de donde todos procedemos *es comun* para todos los hombres, y por eso procura el sustento *igualmente (communiter)* á todos los hombres. En vano, pues, se consideran *inocentes* los que guardan para su uso *privado* los dones que Dios ha hecho *comunes*. Los que no dan de lo recibido, caminan en la matanza de sus

(1) Eclis., cap. 7.^o, v. 10.

(2) Epístola 1.^a á Timotheo, cap. 10.^o, v. 9-10.

(3) Santiago, epístola canónica, cap. 5.^o, v. 1-2-3.

(4) San Pedro Cris., serm. 29.^o

(5) San Gregorio el Grande, lib. 1.^o, Hom. 7.^a sobre Ezequiel.

»prójimos; porque diariamente destruyen todo lo que para
 »sí guardan de los recursos de los pobres moribundos. Por-
 »que, cuando damos al pobre cualquiera cosa necesaria, no
 »damos de *lo nuestro*, le devolvemos lo *suyo*, y cumplimos
 »con un deber de *justicia* más que ejercemos una obra de
 »misericordia.» Cita varios textos de la Escritura y hace
 observar que: «al ordenar Dios la caridad, no la llamó mise-
 »ricordia, sino justicia; pues es justo disfruten todos igual-
 »mente (*communiter*) lo distribuido por el amo de todos (1).»

Esto mismo, amplificado, encontramos cinco siglos más tarde en los escritos de San Damian (Pedro), escritor poco original, cuyo estilo, un tanto grosero y exagerado, se ve empedrado de trozos de la Escritura y de los Santos Padres, no citados como textos, según lo practican ordinariamente los escritores cristianos, sino enlazados con su propio discurso, formando un todo el conjunto. Si de los escritos de este autor se segregase lo que no le pertenece, sus obras, no muy voluminosas, quedarían reducidas á bien poco. Dicho escritor no tiene, como San Crisóstomo, la disculpa de la pasión ó del arrebató del entusiasmo; es un razonador frío, que entabla una discusión ó polémica como pudiera hacerlo el mismo Proudhon. La doctrina está clara y valientemente formulada, y la consecuencia la saca el mismo santo en la Epístola que citamos, resumida en un conocido refrán castellano (2).

De considerar al pobre con derecho á los bienes del rico, pasamos á la consecuencia que ya vimos formulada por San Crisóstomo. Si el rico ha de conservar sus bienes, es tan sólo como mero administrador de ellos, á quien Dios no concede otro privilegio que el de tomar del fondo comun que administra lo indispensable para su sustento y el de su familia: lo demás no le pertenece; al darlo no da lo suyo, y al

(1) Idem, instrucciones á los obispos, parte 3.^a, cap. 21.

(2) San Pedro Damian, opúsc. 9.^o De la limosna, cap. 1.^o—Idem, libro 6.^o, epístola 32. A los ermitaños del monte de San Bernabé Ganurgense. Casi con las mismas palabras se encuentra en Salviano, quien á su vez lo tomó de San Crisóstomo. Si no hay mucha originalidad hay, en cambio, unanimidad de pareceres.

guardarlo roba lo ageno (1). Administracion un tanto peligrosa y comprometida, pues, segun San Bernardo, «nadie administra lo ageno sin pecado» (2).

Dejamos en este primer artículo sentado el derecho del pobre á los bienes del rico, en un todo conforme con la doctrina defendida por los socialistas de todas las escuelas. Nadie tiene derecho, dicen, á lo supérfluo mientras haya quien carezca de lo necesario; el rico holgazan nada en la opulencia, mientras el pobre, agoviado bajo el peso del trabajo, perece en la miseria. En el siguiente artículo veremos desarrollarse esta doctrina en las demás ramas del socialismo, la semilla dar su fruto y del principio brotar las consecuencias.

PEDRO P. DE LA SALA.

(1) San Agustín.—Disertacion sobre el salmo 95.º, núm. 5.—Idem, salmo 147.º—Idem, serm. 50.º sobre las palabras de Ageo, cap. 2.º, v. 9, número 2.—Idem, id. 41.º sobre el cap. 7.º de San Mateo, cap. 11.º, núm. 12.—Idem 125.º sobre el cap. 5.º del Evangelio de San Juan, núm. 8.—San Cesáreo, sermón 76.º sobre el amor de los pobres (276.º ap. de San Agust.)—Idem 27.º, del pago del diezmo (277.º, San Agust.)—Idem 99.º, de la limosna (308.º, San Agust.)—Idem 29.º, sobre el cap. 7.º de San Math. (69.º, San Agust.)—San Ambrosio, libro de Nabot, cap. 8.º, núm. 38.—Idem 15.º, de la muerte de su hermano Satiro, lib. 1.º—Salviano, á la Iglesia católica (ó contra la avaricia), lib. 1.º

(2) San Bernardo, sobre la manera de vivir santamente, sermón 8.º, del desprecio del mundo.

EL ESPIRITUALISMO Y EL MATERIALISMO ⁽¹⁾

II.

MATERIALISMO.

Antes de proceder á la crítica de una hipótesis cuyo mismo nombre ha llegado á ser un estigma, y que en términos generales puede caracterizarse como la reduccion de los fenómenos de la vida y el espíritu á condiciones de que se excluye todo lo que es extra-orgánico y metempírico, es necesario que yo defina claramente el modo de interpretarla, que en mi sentir es discutible, y su relacion con las doctrinas que considero válidas. La doctrina del organicismo, en cuanto rechaza un agente extra-orgánico como causa de los fenómenos de la vida y el espíritu, es decididamente opuesta al espiritualismo; pero no lo es ménos respecto del materialismo y el sensualismo, tales como generalmente se enseñan y entienden, no ciertamente en su intento de reducir los fenómenos á condiciones orgánicas, armonizándolas con todos los otros hechos físicos, sino al insistir en la especialidad de las condiciones, y en la necesidad de una explicacion sintética que comprenda la totalidad de los factores pasados y presentes, en vez de explicar analíticamente el producto por medio de uno ó varios de los factores. Yerra el materialismo por ser á un tiempo analítico y abstracto en su explicacion de los fenómenos. Se apoya en la materia y la fuerza como abstracciones, allí donde vé el organicismo materia y

(1) Véase la REVISTA CONTEMPORÁNEA, t. III, núm. 11.—15 de Mayo de 1876.

fuerza específicamente determinadas bajo condiciones complejas y peculiares. El organicismo es fisiológico, y por tanto opuesto radicalmente al espiritualismo, que es metafisiológico en su proposición fundamental de que la vida y la conciencia no son de ningún modo actividades de la materia (1); pero opuesta es también la doctrina organicista al materialismo, que es físico-químico, donde debiera ser fisiológico: mecánico y objetivo, donde debiera ser psicológico y subjetivo.

El terreno de su oposición al materialismo y al sensualismo, se verá más claramente á medida que avancemos en nuestra crítica. No imagine en tanto ninguno de los lectores que deseo sustraerme al ódio que ha caído sobre las tentativas de explicar la vida y el espíritu, por medio de la exposición de sus condiciones materiales, lo cual en realidad es explicarlos en su aspecto objetivo. Creo que la doctrina materialista y sensualista es defectuosa, pero el propósito que la ha animado y que ha sostenido las investigaciones de aquellos que la profesan en frente de los prejuicios populares y de la indignación moral, es acreedor á mis más calorosas simpatías. Y sin embargo, en el estudio del organismo aprendí á separarme de los materialistas y sensualistas. Si yo pudiera explicarme la reducción de todos los fenómenos de la vida á la física y á la química, la reducción de todos los fenómenos del espíritu á la sensación y del pensamiento á una «propiedad de las celdas cerebrales,» ninguno se llamaría materialista más decididamente que yo. La retórica vituperiosa de sus adversarios no quebrantaría mi convicción de que la doctrina que expresa con mayor precisión los hechos observados es también la que se distingue por una moralidad más elevada.

Démonos, primeramente, exacta cuenta de los términos. El materialismo es un término susceptible de tantas aplica-

(1) Todas las pruebas son favorables al punto de vista de que las funciones superiores no dependen de la complejidad de la constitución ni de la cantidad de materia. Pueden ocurrir diferencias de facultades que no dependen de diferencias relativas á la materia y sus fuerzas.—Lionel Beale. *On Life and on Vital Action in Health and Disease*. Lectures at the College of Physicians reported in *Lancet*.—May 22, 1875.

ciones y se emplea para caracterizar y estigmatizar tantas opiniones, que necesitamos indispensablemente una definición. Se aplica algunas veces á la tentativa estrictamente científica de explicar el Universo objetivo en los términos de materia y fuerza. Limitase en otras ocasiones á la hipótesis del atomismo. En este ensayo está limitado á la explicacion de los fenómenos vitales por medio de leyes físicas y químicas, sin consideracion á la especialidad de las condiciones orgánicas y tambien á la explicacion de los fenómenos del espíritu sin la debida consideracion á la complejidad de las condiciones psíquicas, así vitales como sociales.

El materialismo ha sido caracterizado con profundidad por Comte, como la tentativa de explicar con los términos de un orden inferior los fenómenos de un orden más elevado. Esto no nos descubre tan sólo el defecto del método, sino que nos revela tambien la secreta repugnancia que excita comunmente esa tentativa. El materialismo no es la reduccion de los fenómenos á condiciones materiales sino de los de un orden más elevado á un orden inferior, y esto se advierte de igual modo en las tentativas de los físicos para reducir la Química á la Física; de los químicos, para reducir la Biología á leyes químicas, y de los biólogos, para reducir la Sociología á leyes biológicas, sin consideracion á todas las especiales condiciones que implica cada problema (1). Todo el mundo advierte que es absurdo explicar la moral por medio de la mecánica ó la escultura por medio de la geometría, aunque los principios mecánicos estén comprendidos esencialmente en la moral y los principios geométricos en la escultura. Esto, sin embargo, es tan solo una explicacion del materialismo en términos muy generales.

La objecion que se hace al materialismo cuando se pre-

(1) Un verdadero filósofo reconoce al materialismo así en la tendencia del vulgo actual de los matemáticos á realizar la absorcion de la geometría ó la mecánica por el cálculo, como en la usurpacion más pronunciada de la física por el conjunto de las matemáticas ó de la química por la física ó sobre todo de la biología por la química, ó en fin, en el hecho de estar dispuestos constantemente los más notables biólogos á concebir la ciencia social como un simple corolario ó apéndice de la suya.—Comte, *Systeme de Politique Positive* i. 51.

tende que quiere explicar los fenómenos en términos de materia y fuerza y que descansa en el postulado: «no hay fuerza sin materia ni materia sin fuerza,» es objecion que deja á una parte por ociosa el método científico. No lo es ménos la objecion de que ese postulado excluye toda idea de espíritu ó fuerza que no sea una forma de la actividad de la materia. El único sentido en que el término *espiritual* puede emplearse científicamente es aquel en que se identifica con la conciencia, y el materialista lo aceptaria de buen grado. El mérito grande del materialismo y al cual se debe su progresiva efectividad, á despecho de la oposicion que se le hace, consiste en que siempre se ha apoyado en la experiencia sensible y en que ha rechazado la idea de que los fenómenos se entienden mejor cuando son referidos á agentes metempíricos, y de que se conocen mejor cuando se les asigna una causa misteriosa que no cuando se les asigna causas cuya accion se reconoce en casos más sencillos. Negando de esta suerte los agentes extra-orgánicos y convirtiendo la atencion á las condiciones susceptibles de ser observadas, sustituyendo leyes que son expresiones ideales de hechos observados á entidades de las cuales se imagina que dirigen el organismo, se ha encerrado en la region de la experiencia posible, en la cual las hipótesis más atrevidas están sujetas á ser verificadas y comprobadas.

Sus defectos se han visto, sin embargo, patentemente. Es verdad que ha rechazado la vaga é ilusoria concepcion de un espíritu incognoscible ó la personificacion de una abstraccion lógica (alma); pero en cambio ha aceptado las no ménos ilusorias concepciones de un cerebro, «órgano de la inteligencia» y del pensamiento, como propiedad de las celdas cerebrales. El alma es aislada por el espiritualista del organismo, suponiendo que el organismo está animado, influido, formado por ella. El materialista cae á su vez inconsciamente en un error parecido; por medio de una abstraccion aísla del resto del organismo al cerebro y supone que los fenómenos mentales son movimientos que ocurren en este cerebro, y desatiende el hecho importantísimo de que sea cual fuere la funcion del cerebro, ese órgano es uno no más en un organismo complejo, en el cual guardan todas las partes recíproca depen-

dencia y en que se despliega una energía comun, de suerte que no es dado aislar del resto las funciones de ese órgano, á no ser en el análisis ideal, por la misma razon que tenemos para creer que no se puede aislar del cuerpo al alma. Páreceme que tiene ese error biológico de que hablo una gran trascendencia, y por haberlo visto claramente llegué al descubrimiento, que ha de ser detalladamente expuesto en lo sucesivo, de que todo fenómeno mental es una funcion de los sentidos, el cerebro y los músculos. Hasta donde es dado separar un grupo de fenómenos orgánicos del todo, es esa separacion la única que me parece científicamente legitimada, y ella nos capacita á tratar de los fenómenos físicos, como funciones de una determinada parte del mecanismo orgánico, asignándolas al sistema neuro-muscular, del mismo modo que asignamos la digestion al tubo alimenticio y la locomocion á los miembros. En cada caso fija el análisis la atencion en un grupo de órganos, sin referirse abiertamente á los otros, aunque implica referencia á su cooperacion. No consiste solamente el error del materialismo en desatender la naturaleza artificial de ese análisis, sino en llevarlo más allá del grupo especial de órganos y en fijarse en un sólo elemento del grupo. Uno ó dos ejemplos bastarán á aclarar el punto.

En 1834, el químico Couerbe (1) anunció su descubrimiento de cuatro sustancias crasas en el cerebro, que contienen fósforo. Este fué un hecho químico, en el cual fundó preposteramente las conclusiones de que el fósforo es el principio excitante del cerebro; que la falta de fósforo reduce el cerebro de un hombre al de un bruto; que el exceso ocasiona la locura y la falta el idiotismo, y que una debida proporcion dá lugar á las más sublimes ideas y produce esa admirable armonía que llaman alma los espiritualistas (pág. 191). Otros químicos han encontrado fósforo desde entónces en diversas formas, y en las escuelas ha resonado este grito de combate: «Sin fósforo no hay pensamiento.»

El biólogo sintético participará de la repulsion que ex-

(1) *Annales de Chimie.*

perimentan los espiritualistas contra este modo de entender los fenómenos. No necesitamos insistir en la dificultad inicial de averiguar el preciso estado en que el fósforo existe en el cerebro viviente, puesto que al separarlo por procedimientos de oxidación de las combinaciones que allí se dan, hacemos dudoso que sea ó no el ácido fosfórico que así se aísla resultado del proceso de oxidación, ni hemos menester insistir en el hecho de que hay más fósforo en los huesos que en el cerebro; basta que el aislar un elemento de un grupo complejo más elevado, es en sí mismo un artificio perjudicial, ó que si procede dar de esta suerte el predominio á un elemento, no será el fósforo el que lo tenga, pues sólo tenemos una huella, un indicio de este, sino el agua, que forma un 80 por 100 de la sustancia cerebral.

No es tan extravagante, pero es también muy poco filosófica, la explicación común de la memoria, que puede verse en muchos tratados modernos, y según la cual las celdas cerebrales retienen las impresiones sensibles, no de otra suerte que los cuerpos fosforescentes retienen las impresiones lumínicas y las planchas fotográficas los efectos de luz. Por admisibles que estas explicaciones sean, metafísicamente hablando, aceptarlas como expresión de los procesos físicos es adoptar el materialismo en su aspecto más falaz. La más vaga concepción espiritualista nos parece preferible. El piadoso Carlos Bonnet observaba sarcásticamente y con exactitud, que «las almas son muy convenientes. Están siempre dispuestas á hacer algo. Como no podemos verlas, ni tocarlas, ni sabemos nada de ellas, podemos atribuirles con fiadamente todo lo que queremos, puesto que es imposible demostrar que no pueden efectuar lo que decimos. Con la idea de un alma está ligada ordinariamente la de una sustancia muy activa, continuamente activa. Esto basta para darla entero crédito. Las dificultades de la investigación hacen todo lo demás (1).»

Pero si las almas son, como se ve, subterfugios convenientes, son, á lo ménos, tan racionales como las modernas celdas nérveas centrales, á propósito de las cuales dícense mu-

(1) Bonnet, *Palingénésie Philosophique*.

chos disparates, sobre todo por los que no las conocen más que por segunda mano. No puedo permitirme expresar mi opinión sobre trozos como los que abajo transcribo (1), y que muy fácilmente podrían multiplicarse. No se compadece, á la verdad, con nuestros hábitos científicos la noción de un espíritu cuya morada es el cuerpo; pero la noción de las circunvoluciones cerebrales como asiento de la inteligencia no me parece ménos abiertamente opuesta á la filosofía biológica que la investigacion de un sólo centro de vida. Las objeciones son de dos clases: psicológicamente es un error considerar la inteligencia como una simple funcion pues es la expresion abstracta de muchas funciones complejas: fisiológicamente es un error considerar el cerebro como órgano de esa abstraccion, pues sólo es uno de los órganos de un complejo grupo de órganos, cuya accion una es indispensable. Cada órgano de la sensibilidad tiene su particular funcion; pero no hay órgano de la sensacion, pues esta no es más que la expresion abstracta de todas las sensaciones concretas. Lo mismo debe decirse de la inteligencia.

Con razon ha observado Virchow que el sistema nervioso es un aparato compuesto de un número extremadamente grande de partes, de un valor relativamente igual, sin punto central que pueda discernirse. A medida que hacemos más escrupulosamente nuestras investigaciones histológicas, multiplícanse más los elementos, y la acabada composicion del sistema nervioso prueba que ha sido dispuesto en un plan análogo al que se sigue en otras partes del cuerpo. Un número infinito de elementos celulares manifiéstanse al lado unos de otros más ó ménos autonomicamente é independientes en gran parte. Y dice el mismo autor en otra ocasion: «Puede parecer muy conveniente decir que el sistema nervioso constituye la unidad real del cuerpo en cuanto no hay

(1) Dia vendrá tal vez en que un análisis más completo de la sustancia cerebral dará cuenta de las maravillosas manifestaciones del entendimiento... Quizás se llegará á encontrar en un metaloide ó metal desconocido hasta hoy el principal agente de la vida cerebral... Transmitidas por los nervios de nuestros sentidos, percíbelas la sustancia gris del cerebro. Riche. *De l'Organisme* 1869, p. 4, 35 y 7. Al leer estas frases es preciso preguntarse si no es este materialismo más prepósteros aún que el espiritualismo que combate.

ningun otro sistema que disfrute de tan completa diseminacion por los órganos. Pero aún esta amplia diseminacion y las numerosas conexiones que existen entre las partes individuales del sistema nervioso no demuestran que sea ese el centro de la accion orgánica.

Hemos encontrado en el sistema nervioso pequeños elementos celulares definidos que sirven de centros motores, mas no encontramos una sola célula ganglionar en que se origine todo movimiento. Las sensaciones se reúnen ciertamente en determinadas celdas ganglionales, y sin embargo, no hallamos tampoco ninguna célula aislada que pueda designarse como centro de todas las sensaciones, tropezando en cambio con un gran número de centros muy pequeños (1).

No ha sido demostrada ninguna unidad anatómica ni fisiológica, ni es posible demostrar un centro semejante. La unidad está en el organismo todo. No es el cerebro el que siente y cree, sino el hombre. Si en una interpretacion amplia puede decirse que la inteligencia es una funcion del organismo, como puede llamarse funcion del organismo á la vida, ó si en un sentido más restringido y analítico puede llamarse á la inteligencia una funcion del sistema nervioso, y extendiendo más el artificio una funcion del cerebro, desaparecerá todo peligro desde el punto en que un explícito reconocimiento del artificio se nos haga presente. Pero las varias hipótesis materialistas prescinden de esto y tratan de explicar con un factor lo que es en realidad producto de muchos. Es necesario, para facilitar la investigacion, que localicemos ciertas funciones mentales, las de la vision, audicion y las de otros sentidos, no ménos que la de percibir, concebir, amar, imitar, etc., del mismo modo que localizamos las funciones vitales de la digestion, secrecion, mocion, etcétera, y sin embargo, estamos tan léjos de suponer que el órgano de la vista es el que percibe los objetos ó concibe un símbolo, como de suponer que el estómago es el que mueve los miembros. La hipótesis de que la percepcion y la concep

(1) Virchow *Cellular Pathology*. 229-284.

cion, la emocion y la volicion son propiedades de las células cerebrales, como la gravitacion es una propiedad de la materia, no es más racional que la suposicion de que los productos de un sistema de ferro-carriles son propiedades del vapor. No es esto negar la importancia de las células cerebrales, aunque entiendo que se la exagera grandemente; lo que niego es que un elemento cualquiera de un grupo muy complejo pueda admitirse científicamente como causa de un resultado altamente complejo. Asignar el pensamiento á las células cerebrales está en singular disparidad con la negacion universal de tal propiedad con respecto de otras células de idéntica estructura en la médula espinal. El espiritualista puede considerar al cerebro como órgano del pensamiento; pero los materialistas, que lo consideran como una propiedad última de las células nérveas, caen en flagrante contradiccion al negar esa propiedad á tales células donde quiera que las hallen. Aunque las células cerebrales fueran de tanta importancia en el mecanismo psíquico como el muéllereal en el mecanismo de un reloj, negariamos que las sensaciones y el pensamiento son propiedades de esas células. La inteligencia no es una propiedad, no es siquiera una simple funcion; es el conjunto de todos los fenómenos de la sensibilidad, y sólo puede explicarse por medio de las condiciones orgánicas de estos fenómenos. Del mismo modo la vida no es una propiedad, ni una funcion, sino el conjunto de propiedades y funciones orgánicas.

El error á que ahora nos referimos es en psicología análogo al psicológico de explicar todos los fenómenos psíquicos como sensaciones trasformadas, y equivalente al de explicar todos los fenómenos psíquicos como manifestaciones del pensamiento y formas de la actividad del espíritu. Caen, igualmente, el sensualista y el espiritualista en el error de la explicacion analítica. A no ser que el sensualista considere incluido en el término sensacion mucho más que la reaccion de un órgano de la sensibilidad externa, no puede dar un paso, y si reconoce, como es debido, la cooperacion de las condiciones físicas de que dependen el juicio, la comparacion, la atencion, la abstraccion, y por medio de las cuales efectúanse

las llamadas *transformaciones*, cae, por consecuencia, en otras condiciones orgánicas además de las de la sensación. Del mismo modo el espiritualista no puede deducir fuera del pensamiento puro las imágenes y percepciones sin la cooperación de los sentidos, lo cual es como decir que el espíritu ha menester el organismo corporal para esas mismas manifestaciones que se consideran como productos del pensamiento.

El análisis y la síntesis son la sístole y diástole de la ciencia, y ámbas son indispensables. En el análisis de los hechos orgánicos aparecen algunos como constantes y fundamentales y otros como variables y derivados. Tratamos de clasificar estos, de desprender los fenómenos derivados de los que yacen bajo ellos y de fijar la modificación de las condiciones permanentes. El fisiólogo señala de esta suerte las diferencias de estructura que capacitan á las diversas secreciones á que se cumplan por órganos fundamentalmente análogos, á todos los movimientos á que se cumplan por órganos musculares y á todas las sensaciones por órganos nérveos. Pero enseña también que si bien todas estas funciones se distinguen analíticamente por las modificaciones de la estructura, de tal modo que á cada función corresponde un órgano, todas están unidas, sin embargo, en la síntesis vital del organismo por su comunidad de estructura y de propiedades vitales. El psicólogo debe imitar este procedimiento.

Dice con verdad von Baer que las gentes están generalmente ansiosas de algún objeto tangible como causa y que se deleitan cuando puede decirse que la vida es una cosa que se les puede revelar como una corriente eléctrica ó un precipitado químico (1). Esto ha dado origen á las hipótesis anti-fisiológicas de la vida como electricidad, oxidación, etc., que asignan la vida á la sangre ó á la fuerza nérvea. Contrastando con esta tendencia analítica aparece la que borra necesarias distinciones é identifica los mundos orgánico é inorgánico, asignando de esta suerte la vida y la conciencia á las moléculas últimas de materia, en vez de fijarse para el intento en las combinaciones especiales de la misma. D'Holbach creía

(1) Von Baer. *Zur Entwicklung Geschichte*.

que no es improbable que el universo todo esté dotado de conciencia, idea que á menudo se ha presentado bajo formas místicas y panteistas, y para muchos es de necesidad lógica la conclusion de que todo el universo en movimiento ha de ser viviente, puesto que la vida depende del movimiento molecular. No suponen con análogos fundamentos que el universo es una manufactura de algodón, y sin embargo, los fenómenos que como vida se clasifican no son ménos especiales ni dependen ménos de cierta especialidad de condiciones materiales que los fenómenos que se observan en una manufactura de algodón.

Los organicistas insisten en la unidad material de los fenómenos orgánicos é inorgánicos, al mismo tiempo que sostienen con igual decision la diversidad fenomenal que procede de la especialidad de las condiciones. Ellos no dicen, como La Mettrie y los materialistas propiamente dichos, que el hombre es una máquina y que su alma no es otra cosa más que la actividad de las fibras cerebrales: saben que el hombre no es una máquina y que las fibras cerebrales, por activas que aparezcan, no son un alma. No ignoran tampoco, y las estudian por el contrario afanosamente, las relaciones mecánicas y químicas que se advierten en los fenómenos de la vida y la mente; pero están tan distantes de atribuirles esos fenómenos como de explicar una sinfonía enumerando los instrumentos de cuerda y de viento que hay en la orquesta y las leyes matemáticas de los sonidos.

Intervienen tantos hechos mecánicos y químicos en la digestion, que muchos fisiólogos se han contentado con explicaciones puramente mecánicas ó químicas. Los diversos movimientos de masticacion, trituracion y rotacion estomacal (*stomachal rotation*) son incuestionablemente importantes elementos del proceso digestivo, y tanto es así que Borelli y la escuela de los intromecánicos estuvieron dispuestos á explicar mecánicamente dicha funcion. La imposibilidad de explicar la digestion sin el concurso de las descomposiciones y transformaciones químicas producidas por los fluidos ácidos y alcalinos, rectificó, sin embargo, su precipitado juicio y mostró que el proceso mecánico es simplemente preparato-

rio, capacitando al proceso químico para realizarse de una manera más efectiva. Habiendo mostrado Spallanzani y sus sucesores la acción de los fluidos salivares, gástricos é intestinales, y probado que aún fuera del organismo estos fluidos efectúan la descomposición del alimento, originóse así la creencia de que la digestión es un proceso puramente químico. Pero esto fué también sustituir al todo con una parte y confundir el proceso químico con el fisiológico. Porque la descomposición puede efectuarse en el laboratorio, se consintió que usurpara el puesto de la digestión efectuada en el organismo. Como observaba sarcásticamente W. Hunter, «para explicar la digestión, algunos convirtieron al estómago en un molino; otros prefirieron considerarlo como un puchero, y algunos como una artesa, y en tanto el estómago no era ni un molino, ni un puchero, ni una artesa, sino un estómago» (1).

El fisiólogo que se ocupa en un fenómeno orgánico y no en un fenómeno mecánico ó químico, necesita tener en cuenta todas las condiciones que aquel implica, y halla que implica mucho más que trituración y descomposición (*disintegration*), los cuales son precisamente procesos que dependen de la incitación y regulación de un sistema de sensibilidad y moción. La misma secreción de los fluidos que efectúan la quimificación y las contracciones musculares están determinadas por excitación refleja ó por la excitación más remota todavía de los estados de sensibilidad en la forma de emoción ó deseo (2).

Bastaría un ejemplo para que se advierta que la explicación química de un proceso fisiológico ha de ser muy equivocada. Como sabe que el jugo gástrico es ácido y que á esta acidez corresponden sus propiedades digestivas, prohíbe el químico la aplicación de los álcalis en los casos de débil secreción gástrica, porque el álcali neutralizaría el ácido y debilitaría

(1) Hunter. *Introductory lectures*. 1784, p. 95.

(2) Uno de los medios á que se acude para obtener una buena cantidad de saliva con objeto de estudiarla consiste en colocar á un animal hambriento delante del alimento, impidiéndole que lo alcance. El deseo, de este modo excitado, es causa de que el fluido salga copiosamente.

más de esta suerte al ya debilitado estómago. Sin embargo, el fisiólogo, sabiendo que un álcali estimula al estómago á mayor actividad secretoria, comprende que si bien ese álcali neutralizará hasta cierto punto al ácido, este efecto químico estará ámpliamente compensado con el efecto fisiológico de acrecentar la secrecion, y receta por consiguiente una pequeña dosis de carbonato de soda para ayuda de la digestion.

Los organicistas aplauden las tentativas de averiguar la accion de los procesos físicos y químicos en el complejo proceso fisiológico, y se limitan á protestar contra la idea de que un proceso fisiológico puede ser explicado sin estudiar en conjunto las condiciones orgánicas. Declaran en el lenguaje de Bichat, que hablar de fisiología como física animal, no es más razonable que hablar de astronomía como fisiología de las estrellas (1). Del mismo modo y con análogos argumentos, debemos protestar contra la explicacion de los fenómenos mentales, por medio de los movimientos cerebrales, por importantes que estos sean considerados como factores en el grupo complejo de las condiciones biológicas y sociológicas. Aunque son indispensables los impulsos personales y egoistas en la vida moral, la tentativa de reducir la vida moral á sólo estos impulsos sin la cooperacion de impulsos impersonales y ajenos del egoismo y la grandiosa influencia de las condiciones sociales, es el materialismo contra el cual protestan los organicistas. En una palabra, se puede distinguir al organicismo por la constancia con que sostiene la hipótesis de que los fenómenos orgánicos agrupados bajo los términos Vida y Espíritu, son actividades, no de un sólo elemento, que está dentro ó fuera del organismo, sino actividades del organismo todo en correspondencia con un medio físico ó social. Del mismo modo que el organismo es el que vive, tambien es el organismo el que se mueve y siente.

(1) Bichat, *Recherches sur la vie et la mort*. Art. VII, pár. I. Dice tambien muy oportunamente este autor lo que sigue: "Se analiza la orina, la saliva, la bñlis, etc., tomadas indistintamente en tal ó cual sujeto, y del exámen que hacemos resulta la química animal, sea; pero no es la química fisiológica; es, digámoslo así, la *anatomía cada-vérica de los fluidos*."

Ignoro que algun escritor haya llevado anteriormente hasta este punto los principios del organicismo. Las opiniones tradicionales con respecto á la mente, y el predominio de la tendencia analítica, han hecho que la atencion se fije exclusivamente en el cerebro y han localizado en éste la abstraccion. Pero, si los defensores del organicismo no han extendido á esta los principios adoptados para explicar la vida, la corriente de la moderna fisiología sigue en mi sentir esta direccion.

No quisiera que el lector interpretara mal mis palabras, suponiendo que trato de arrojar algun descrédito en el análisis fisiológico y la localizacion de los fenómenos especiales en especiales partes del organismo. Cuando digo que el hombre es el que piensa y no el cerebro, no trato de sugerir al que leyere que el cerebro no es el más importante factor de los esenciales en el proceso. Sin el sistema nervioso no podria haber nada parecido á lo que llamamos sentimiento, sin un cerebro ó supremo centro nervioso sólo podria haber algo ó nada de esa compleja agrupacion de estados sensitivos que conocemos con los nombres de emocion, pensamiento y voluntad. El cerebro y el sistema nervioso sólo son, sin embargo, partes de un organismo viviente, y sus funciones son tan sólo *especializaciones* de las propiedades generales de ese organismo; separando al cerebro de los procesos vitales que se cumplen por todo el organismo, deja de ser el instrumento de la conciencia. Los materialistas sostienen que el cerebro piensa y siente, como el estómago digiere y los pulmones respiran. Yo contesto: sí; pero el estómago no digiere, ni los pulmones respiran cuando no forman partes de un organismo viviente. Una idea puede interrumpir la digestion, un pequeño exceso de ácido carbónico puede suspender la respiracion; por el mismo motivo que una secrecion retenida llena la mente de tristeza, un exceso de ácido carbónico la llena de estupor, una lombriz la perturba y una arteria obstruida la inutiliza.

Todo esto me lleva á la observacion de que la doctrina evolucionista es en sí misma una protesta contra las explicaciones mecánicas del materialismo, puesto que su afirmacion

fundamental es que todo fenómeno de un orden más elevado y complejo, surgiendo de las condiciones de un orden precedente, se origina en esa misma diferencia de complejidad. No pide sólo la evolución correlación entre las partes, sino diferenciación en ellas y correlación de estados; en otros términos, el fenómeno tiene antecedentes históricos, del mismo modo que antecedentes mecánicos, siendo cada estado efecto y resultado de los anteriores. Así acontece que no puede fecundizarse el óvulo hasta que desaparece la vesícula germinal, y que esa excitación de un órgano de la sensibilidad no produce sensaciones hasta que el organismo está educado para esa reacción, y la irradiación general de aquella excitación se ha restringido á determinado conducto. Instintos que presentan un aspecto mecánico, están subordinados, sin embargo, á esta ley del desarrollo y desaparecen cuando se interrumpe la sucesión regular de los experimentos.

Habiendo indicado brevemente los campos en que deben encerrarse las hipótesis espiritualista y materialista, resumiré las consideraciones que anteceden con algunas palabras referentes á la actitud moral en que de una manera tan injustificada se han colocado los espiritualistas. Algo tienen de semejante esas dos hipótesis á los partidos conservador y radical de la política. Representan puntos de vista unilaterales del orden y el progreso. El organicismo pretende que llega á la conciliación de estas opiniones, demostrando que el progreso es el desarrollo del orden. En tanto, el espiritualista y el conservador son fuertes cuando se oponen resueltamente á las explicaciones inadecuadas y á los cambios bruscos, como el materialista y el radical son fuertes también cuando protestan contra los prejuicios y los privilegios, insistiendo en los hechos actuales y en las inferencias razonables. Pero, así el espiritualista como el conservador (*tory*), se han dejado arrastrar, á echar sobre su protesta el peso de una amenaza, reclamando el monopolio de la pureza moral. Ya es tiempo de que renuncie el espiritualismo á sus exclusivas pretensiones con respecto á las aspiraciones elevadas y á los fines ideales, cesando de aseverar que todas las otras hipótesis son falsas porque son desoladoras. Ha suspendido sobre nuestras cabe-

zas la amenaza de que si no aceptamos la hipótesis espiritualista, se entenderá que negamos la conciencia, la justicia, el amor á la humanidad, que no reconocemos la superioridad del hombre sobre el bruto y que desterramos del mundo la poesía al mismo tiempo que la moralidad. O aceptamos un agente extra-orgánico del cual no podemos saber cosa alguna, ó habremos de negar todo lo que el hombre considera más precioso, todas esas «influencias espirituales que dignifican la existencia.» Es tan poderoso el efecto de esta incesante retórica, que son pocos los hombres que tienen el valor de confesar que no creen en un agente extra-orgánico, y muchos de aquellos que lo confiesan se ven compelidos á tomar una actitud igualmente ofensiva, contestando á las amenazas con provocativos epigramas y ruidosas paradojas.

Mirando con calma las cosas, es óbvio que los llamados «hechos espirituales» no sufren perturbacion ninguna, á consecuencia de las hipótesis que aspiran á hacer comprensible su génesis. El hecho de que los hombres simpatizan con los hombres y padecen cuando ven á otros padecer, no se alterará aunque las pruebas inductivas nos lleven á la conclusion de que esta disposicion á la simpatía es una evolucion que arranca de los sentimientos personales. El hecho de que el hombre tiene necesidades morales é intelectuales no variará aunque se acepte la conclusion de que la naturaleza humana es un desarrollo más elevado de la naturaleza simiana. El hombre no pierde su carácter de sér moral porque sus remotos ascendientes fueron inmorales. Ni bastará ninguna hipótesis relativa al alma para desconcertar nuestra certidumbre con respecto á los hechos expresados en ese término (1), y esos hechos son los que tenemos que estudiar y reducir á órden sistemático. Para nosotros, la cuestion consiste únicamente en averiguar cuál manera de clasificarlos y explicarlos nos capacita á regir mejor la vida. Esta cuestion no debe ser planteada por la retórica, ni debe ser perturbado

(1) *Ob die Seele*, dice Kant, *eine einfache Substanz sei oder nicht, das kann uns zur Erklarung der Erscheinungen derselben ganz gleichgultig seyn.* Prolegómenos, pár. 44. (Que el alma sea ó no una sustancia simple puede considerarse indiferente para la explicacion de los fenómenos.)

su exámen con amenazas. Prevenir los ánimos contra las opiniones, no porque son falsas, sino porque se supone que conducen á la revocacion de otras opiniones, no es digno de una inteligencia séria. El saludable espíritu moral de investigación es el que nos lleva á buscar pacientemente la verdad, decidiéndose por todo aquello que mejor se compadece con otra verdad cualquiera y aceptando su misma amargura, por amargo que sea. El espíritu enfermizo é inmoral de investigación es el que consiente que las inclinaciones nos dicten las conclusiones que hemos de sostener, apartando la vista de todo aquello que amenaza perturbar nuestras opiniones y abrazando con calor todo lo que alimenta y lisonjea nuestros prejuicios.

Se debe rechazar el materialismo porque su método no es fisiológico, no porque contraría nuestras aspiraciones, no porque es instintivamente repudiado. La vulgar apelacion al instinto es singularmente engañosa. Antes de admitir un sentimiento como árbitro en cuestiones teóricas, es preciso demostrar que está directamente relacionado con ellas. Os pueden desagradar un judío y un hombre que miente, podeis sentir instintiva repugnancia á escuchar música en una iglesia ó á contraer deudas superiores á vuestros recursos, pero nadie pretenderá que vuestro sentimiento es igualmente justificado en cada uno de estos casos, aunque sea en todos ellos igualmente poderoso. Una repugnancia instintiva contra el materialismo, admitamos por un momento que existe semejante instinto, solo puede ser válida suponiendo que el instinto es el único regulador de la vida y el pensamiento. Ahora bien: desde el punto que toda la fuerza de la cultura moral consiste precisamente en la supresion de algunos instintos y en saber regirlos todos, se sigue claramente que el instinto no debe dominar á la vida, y *a fortiori* que no es el árbitro de la ciencia.

Considerada atentamente, se advierte que esta intuitiva repulsion es principalmente un resíduo de la vieja supersticion, que se oponia al estudio de la naturaleza, supersticion que consideraba á la ciencia como cosa semejante á la brujería. El materialismo, y con él, por supuesto, el organicismo,

es condenado como una tentativa de «arrancar á la vida su misterio.» ¿Qué razon hay, despues de todo, para no arrancar á la vida el misterio en que está envuelta, si á tanto alcanzan nuestras fuerzas? En los tiempos pre-científicos, los hombres que sometian á la pública consideracion explicaciones del universo en sus relaciones naturales y sobrenaturales, eran reverenciados como maestros mientras se encerraban en los límites de las especulaciones teológicas y metafísicas; de aquí que los hombres que trataban de averiguar experimentalmente los procesos más simples de la naturaleza, eran despreciados como impíos. Aún en nuestros dias subsiste la idea de que demanda la piedad que no nos acerquemos demasiado al misterio de la vida ni profanemos el santo templo introduciendo en su recinto los instrumentos que se usan en el laboratorio. Se nota sin dificultad que los escritores que se creen ultrajados por todas las tentativas que tienen por objeto la explicacion de los fenómenos del órden moral por medio de las leyes naturales, que confunden lastimosamente con las mecánicas, muéstranse ansiosos de referir en último término todos los fenómenos á las leyes morales, es decir, de explicar los hechos de ménos complejidad por los más complejos. Creen absurdo que se proceda de los procesos fisiológicos á los psicológicos y sociológicos al través de la creciente complejidad de las condiciones, pero entienden que es racional explicar los procesos fisiológicos por la accion reguladora de un alma ó espíritu.

La objecion que se hace contra el materialismo á propósito de su punto de vista mecánico es válida, porque descansa en la distincion fundamental de un organismo y una máquina. Generalmente significa, sin embargo, más que esto. Se entiende por *mecánico* el intento de reducir los fenómenos á séries subordinadas de posiciones de la materia. Esta es la idea generalizada del mecanismo: la subordinacion de las partes á la coordinada unidad de accion, y en este sentido es aplicable de igual manera á un organismo que á una máquina de vapor. El terror que inspiran las consecuencias atribuidas á la doctrina de que los fenómenos vitales é intelectuales dependen de la accion material se acrecienta al fijarse en las connotaciones del término mecanismo, considerado en

sus aplicaciones á las máquinas; de aquí que el punto de vista mecánico venga á representar aquel que sustituye la causalidad de un orden rigurosamente sucesivo determinado por la estructura y conexiones de los órganos á esa espontaneidad de acción, que es proclamada como nota característica de la vida y que es querida porque parece la única base de la responsabilidad moral. Hasta tal punto ha llevado á algunos adversarios del punto de vista mecánico esta repugnancia á aceptar conceptos definidos y ordenados de causalidad, en lugar del de una espontaneidad irreductible á ley, que se han opuesto á las tentativas de aplicar la de asociación, porque haría que los fenómenos mentales fuesen ménos misteriosos. Han preferido invocar el instinto ó las ideas fundamentales, juzgando que esto es más profundo y religioso.

Si consideramos, sin embargo, el organismo como un mecanismo vital ó un mecanismo sensitivo, nos libramos de las connotaciones que extraviarnos pudieran; y al mismo tiempo que admitimos todos los hechos que justifican la idea de espontaneidad y libre albedrío, los explicamos en una rigurosa dependencia de la causalidad orgánica. No es mi ánimo negar que esta explicación es difícil, y me limito á decir que la espiritualista es ilusoria.

GEORGE HENRY LEWES.

(*Fortnightly Review*.)

NUBES Y OLAS

Nubes que el cielo surcan desgajadas,
cual girones que lleva el vendaval;
ondas que siguen con eterno viaje
rodando sobre el mar.

¿Qué son las ilusiones y deseos
que el alma llenan de continuo afán?
Nubes y olas: caminan y caminan
y no llegan jamás.

R. BLANCO ASENJO.



LA CUESTION DE ORIENTE

ELEMENTOS BELIGERANTES QUE PROVOCA

No puede estar muy lejos, si es que no ha llegado ya, el momento en que se efectúe una de aquellas grandes alteraciones en la distribución del territorio ocupado por las naciones de nuestro continente, distribución á que los polemistas han aplicado la locucion de hacer ó rehacer el *mapa de Europa*.

La historia ha consignado cómo se ha efectuado la grandiosa operacion en los siglos precedentes, y para no hablar de épocas anteriores á la dominacion romana, sabido es que al universal señorío del pueblo rey siguió la irrupcion de los bárbaros del Norte, creadores del feudalismo, de cuyo establecimiento, modificado por el influjo del renacimiento, salió más tarde la fundacion de las grandes monarquías.

Coetáneamente con el accidentado imperio de Occidente, célebre rival del de Roma antigua, coexistieron ó fueron formándose los reinos de Francia, de España, de Inglaterra, de Polonia, los Estados Escandinavos, Hungría y Bohemia, y hasta el siglo XVI mantuviéronse tambien las repúblicas italianas de la Edad Media.

La invasion de los turcos, nivelando por el pié los restos del imperio de Oriente, trajo al sistema europeo el elemento de poder, representado por la Puerta Otomana, al paso que el siglo XVII señaló la entrada de la asiática Moscovia en el concierto de las potencias continentales.

Pero desde Carlo-Magno, que aspiró á restablecer en su persona augusta la corona de los Césares, designio que no le permitió realizar en beneficio de su descendencia el espíritu

separatista que el feudalismo hizo prevalecer, ninguna de las naciones entre las que se dividió la superficie de Europa, inspiraron á las demás el temor de verse absorbidas por una potencia preponderante.

Este honor ó esta desgracia estaba reservada á Cárlos V, quien como emperador de Alemania, rey de Hungría y de Bohemia, señor de Flandes, cuyo territorio comprendia todo el que hoy ocupa Bélgica y Holanda, como poseedor además de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, de Córcega y del Milanesado, que entónces abrazaba la casi totalidad de los Estados poseidos más tarde por la casa de Saboya, todavía Cárlos I de España juntaba á tan vastos dominios la Península Ibérica y todo el continente de las dos Américas, acabadas de descubrir por nuestros intrépidos navegantes, y como si algo faltara á tanta grandeza, mucho antes todavía de que su hijo se posesionase de las islas Filipinas, Cárlos de Gante vióse dueño de todo el rico archipiélago Índico al que se daba el nombre de las islas de las especerías.

Las naciones se alarmaron ante un poder tan colosal; pero Cárlos no tuvo ni tiempo ni medios para consolidar la monarquía universal, á la que se le acusó aspiraba, y aunque antes de su abdicacion dividió su vasto imperio entre su primogénito Felipe II y su hermano Fernando, todavía siguió tenaz en Europa la liga formada contra Cárlos y sus sucesores.

Pero las guerras llamadas de religion, coincidiendo con el desmoronamiento del poder de los señores feudales, facilitaron y aceleraron el advenimiento de las monarquías absolutas, las que si bien no lo eran en la completa acepcion de la palabra, pues en todos los Estados habia leyes fundamentales más ó ménos observadas, el eclipse que experimentaron las franquicias populares nacidas de las luchas entre los reyes y los grandes, dejó á los primeros dueños casi absolutos de la vida y de la hacienda de sus súbditos.

Grandemenre acredita este condensado juicio histórico de los siglos XVI y XVII el espectáculo que al mundo diera la monarquía de Luis XIV por un lado, y la de nuestro cuitado Cárlos II por otro.

La revolucion que en el dominio de la ciencia introdujeron el renacimiento primero y la reforma de Lutero despues, prepararon la explosion estallada á fines del siglo XVIII, cuya iniciativa pertenece á la Francia y á sus enciclopedistas.

Como el objeto del presente estudio se limita á caracterizar las épocas en las que se han verificado en grande escala las mutaciones de dominio en nuestra Europa, fuerza me es pasar por alto lo concerniente á los demás grandes hechos sociales que han venido trasformando el mundo moderno.

El que principalmente sobresale como cociente de la lucha sostenida por las naciones, primero contra la España de Carlos V y más tarde contra la Francia de Luis XIV, lo constituye la máxima ó principio de derecho público á que se ha dado el nombre de *equilibrio europeo*, ó sea de la distribucion del poder entre las naciones. En obediencia de aquel principio se formaron todas las alianzas, se sostuvieron las guerras y se concluyeron los tratados de paz que llenan la historia de Europa en los dos últimos siglos.

La revolucion de 1789 revivió y áun exageró aquel principio, complicando la resistencia provocada por el espíritu conquistador y absorbente ostentado por la Francia revolucionaria, con la antipatía que en los gabinetes hallaron las doctrinas perturbadoras, que en las puntas de sus bayonetas llevaban los ejércitos franceses al seno de países regidos por las instituciones ultra-autoritarias que siguieron á la decadencia de las franquicias populares salidas de las entrañas de la Edad Media.

Mas aunque las conquistas hechas por la revolucion francesa y por el primer imperio no estaban destinadas á consolidarse, ni debian sobrevivir á la caida de Napoleon I, no por eso dejaron de producir cambios radicales en la distribucion de los territorios de que la Francia habia privado á sus antiguos poseedores. El primer efecto precursor de los sacudimientos que iba á multiplicar la revolucion francesa, lo fué la inícuca particion del reino de Polonia que á sí mismas se adjudicaron la Rusia, Prusia y el Austria. El Congreso de

Viena, albacea de los despojos del efímero imperio fundado por Napoleón I, generalizó en grande escala los repartos arbitrarios de que había dado ejemplo el gran conquistador revolucionario. Austria recibió de manos del Congreso la herencia de todas las posesiones de la estinguida república de Venecia. Rusia se apropió todo el antiguo reino de Polonia, ménos la Galitzia, que quedó en poder de Austria y del Ducado de Posen que conservó la Prusia, engrandecida ésta con los territorios de los cuatro electorados eclesiásticos que pertenecieron al suprimido imperio de Alemania y con los que habían constituido las pertenencias de las numerosas familias reinantes *mediatizadas* por Napoleón. Los aliados vencedores de éste y que habían proclamado ser su intento restablecer el *statu quo ante bellum*, y devolver á cada Estado sus anteriores dominios, se adjudicaron la parte del león, repartiéndose entre sí los despojos del vasto cuanto fugaz imperio francés.

En el despecho de su cautiverio en Santa Elena, Napoleón, que había sido vencido por el espíritu de independencia de los pueblos sublevados contra su invasor despotismo, inventó la teoría de las nacionalidades, legando á la historia inverosímiles proyectos de paz universal y de un equilibrio fundado en la existencia de grandes naciones compuestas de las diferentes razas en que Europa está dividida.

En algo habían contribuido sin embargo las lecciones de la adversidad á efecto de dar voga á las teorías de las nacionalidades. Obedeciendo al genio de la suya propia, España dió al mundo en 1808 el grandioso ejemplo de cómo un pueblo vendido y desarmado se basta á sí mismo para reivindicar sus fueros y hacer respetar su independencia.

Alemania, vejada y oprimida durante largos años por los ejércitos franceses, imitaba nuestro ejemplo, levantándose en masa en 1813 y tomando la revancha de las insignes derrotas que había sufrido. Al mismo principio, á igual ejemplo cedían los rusos, incendiando su histórica capital, Moscou, para privar á Napoleón de los cuarteles de invierno con que había soñado y aniquilar sus hasta entónces invencibles huestes, en las nieves del helado clima que se había atrevido á invadir.

Inglaterra, que habia sido la inspiradora, la tesorera y el alma de las coaliciones que acabaron por dar en tierra con el poder de Napoleon, regida por los torys en 1815 y embriagada con su triunfo, desertó la bella mision que la Providencia le habia deparado, abandonando á los rencores y á la codicia de los reyes los pueblos que al grito de libertad se habian alzado en España, en Alemania y en Italia contra el duro yugo de Napoleon. El gabinete inglés desconoció lastimosamente el papel que le tocaba haber representado en el Congreso de Viena, donde su voz habria bastado para contener el despotismo que la santa alianza hizo pesar sobre las naciones del continente, hasta que el inesperado glorioso grito lanzado por el pueblo de París en Julio de 1830, detuvo la corriente reaccionaria y lanzó del trono al monarca impuesto á la Francia en 1814 por las bayonetas extranjeras, sustituyendo la rama de Cárlos X por el príncipe elegido por la Cámara de diputados que habia sido convocada para sancionar la flagrante violacion de la Carta constitucional de Luis XVIII.

Otro episodio de una nacionalidad triunfante habia precedido al destronamiento de la rama mayor de los Borbones. La Grecia, insurreccionada contra los turcos, habia despertado un género de helenismo semi-clásico y semi-liberal, tan universal y pronunciado en favor de los griegos, que él bastó para arrastrar á los mismos gabinetes, de por sí inclinados á sostener los derechos de la Puerta Otomana.

El cañon de Navarino, destruyendo las escuadras turca y egipcia, fué el primer acto de asentimiento y de complicidad de los gabinetes á la obra de desmembracion, precursora de la caida del imperio otomano.

Un hecho de carácter muy trascendental, y que ínterin conservó su genuino objetivo se impuso á la Europa y al que debió probablemente España haber sacudido para siempre el yugo del viejo absolutismo que la habia oprimido durante siglos, dominó la política exterior de Europa desde 1830 á 1840, hecho de tanta importancia que no dejó de hacer sentir su influjo hasta mucho más tarde. Refiérome á la nueva é insólita novedad de haberse, por primera vez, inscrito en los

anales de la diplomacia un tratado de cordial é íntima alianza entre la Inglaterra y la Francia, naciones cuya tradicional hostilidad era tenida por condicion indeclinable de su recíproca existencia.

Luis Felipe, al ascender al trono enarbolando la bandera tricolor, aceptaba implícitamente el deber de modificar la política exterior de la Francia, para lo cual, en los primeros años de su reinado, la fortuna le presentó coyunturas propicias, que su anhelo por conciliarse la amistad de los gabinetes le hizo descuidar.

Las insurrecciones de Italia y de Polonia, estalladas en 1831, ofrecían á la Francia oportuna y fácil ocasion, ya que no para conquistas ni para la revision de los tratados de 1815, lo que hubiera sido prematuro, al ménos para haber hecho respetar en Italia el principio de *no intervencion*, proclamado en la tribuna por Mr. Laffitte, jefe del primer gabinete de la monarquía de Julio, y para haber reclamado, respecto á Polonia, la observancia del Tratado de Viena, que aseguraba la independendencia de este antiguo reino bajo un gobierno separado del de Rusia. Inglaterra se mostraba inclinada á una demostracion en favor de la Polonia; pero tuvo que desistir de su intento, porque consultada la Francia sobre si estaria dispuesta á hacer causa comun con su aliada en la demanda, segun declaracion hecha en el Parlamento por el venerable lord Grey, la Francia declinó la invitacion.

El *desaprovechamiento* de la alianza inglesa constituye la falta capital del reinado de Luis Felipe. En el asombro que siguió á las jornadas de Julio, conmovida la Francia y la Europa, incierto el rey de su reconocimiento por los gabinetes, temeroso de la guerra, recibió con júbilo el anuncio de que el gabinete tory, presidido por el duque de Wellington, se apresuraba á declarar que, respetando la voluntad del pueblo francés, reconocia al nuevo rey que acababa de darse.

Luis Felipe, viendo á los whigs, por tantos años alejados del poder, que volvian á ocuparle á consecuencia del cambio producido en la opinion pública de Inglaterra por la revolucion que acababa de efectuarse en Francia, aconsejado el rey por Tayllerand, concibió la esperanza de una alianza in-

glesa para buscar en ella un punto de apoyo contra la equívoca actitud de los gabinetes del Norte. Pero la idea de una alianza anglo-francesa mirábase en Europa como una ilusión, como un contrasentido, y más particularmente en Francia, donde tantos resentimientos y amargos recuerdos la rechazaban. El príncipe de Tayllerand era el único hombre de Estado que creía en la posibilidad de semejante alianza; pero incierto del éxito de la tentativa, el gobierno francés armaba á toda prisa y habia llamado al viejo mariscal Soult para que con premura organizase un ejército. La opinion, sin embargo, mostrábase adversa á la idea de semejante alianza. La mayoría de la prensa comenzó por rechazarla. Sólo un periódico de París, *Le Constitutionnel*, se atrevió á publicar una série de artículos destinados á demostrar que carecia de fundamento natural y permanente la inveterada hostilidad entre los dos pueblos. Que no teniendo ya territorios que disputarse en América ni en Asia, el antagonismo de las dos naciones ántes les era perjudicial que útil; que Inglaterra habia cometido un error crasísimo en haber creado su inmensa deuda para suscitar enemigos á la revolucion francesa; que los intereses mercantiles de los dos pueblos, léjos de estar contrapuestos, ganarian con la alianza, y que la ilustracion á que habian llegado, y la analogía de intereses morales y materiales creados por las instituciones que los regian, debian hacer relegar en la esfera de las preocupaciones indignas de dos grandes naciones instruidas, prósperas y llamadas á marchar á la cabeza de la civilizacion, la antigua prevencion tory contra el jacobinismo francés, y la manoseada y vulgar especie del tradicional maquiavelismo de la *pérfida Albion*; que los dos pueblos estaban llamados á crear en el mundo una nueva situacion y á ser los iniciadores y los protectores de la libertad constitucional.

Con asombro é incredulidad recibió la opinion iniciativa tan inesperada, y por de pronto, la prensa parisiense impugnó la doctrina expuesta en *Le Constitutionnel* por el autor del presente artículo (1), quien sostuvo en las columnas de aquel

(1) Emigrado político desde 1823, el autor, despues de haber recorrido

periódico con perseverancia y éxito la discusion por él promovida, habiéndole cabido la satisfaccion de que á consecuencia de ella la prensa liberal acabase por adoptar el lema de la alianza inglesa, que sólo continuó siendo combatida y rechazada por la prensa legitimista.

Los resultados correspondieron de todo punto á las premisas fundadas en la alianza. La dinastía de Julio fué unánimemente reconocida por los gabinetes; la Bélgica adquirió su independendencia; se firmó el tratado de la cuádruple alianza, que protegió la libertad en España y en Portugal y aseguró la corona sobre las sienes de Doña María Da Gloria y de Doña Isabel, y para siempre habria quedado afirmada la preponderancia de aquella memorable alianza, y con ella el ascendiente de las ideas liberales en Europa (despojadas éstas del carácter trastornador que más tarde llegaron á adquirir), si la Francia hubiese permanecido fiel al principio de la alianza.

Pero Luis Felipe, apenas vióse asegurado en su trono y reconocido en Europa, ambicionó la amistad de los gabinetes absolutistas, y para conseguirla no se hizo escrúpulo de sacrificar, en su esencia al ménos, los principios que representaba. Temeroso y débil, no se atrevió á sostener en Italia la no intervencion que habia proclamado el gabinete Laffitte, retrocedió ante la empresa de favorecer á la Polonia, y por complacer al viejo Metternich, observó respecto á España una neutralidad tan parcialmente favorable á D. Cárlos, que á ella se debió la prolongacion de la guerra civil y las agitaciones que esterilizaron en gran parte los seis años que aquella duró. No obstante, empero, la doblez que caracterizó la política exterior de Luis Felipe, la alianza inglesa se mantenía al ménos ostensiblemente, y ella bastó para que en todas las cuestiones en que los dos gabinetes de París y Lóndres se

por estudio la América del Sur y el continente europeo, se habia fijado en París en 1828, donde despues de haber fundado, en union con varios de sus discípulos, el periódico *Le Temps*, cuyos redactores tan señalada parte tomaron en la Revolucion de Julio, dirigiéndola desde sus oficinas y organizado el Gobierno Provisional en el *Hotel de Ville*, era en 1831 uno de los redactores habituales de *Le Constitutionnel* en la época en que este periódico gozó de mayor influjo y circulacion.

decidieron á mostrar una voluntad resuelta, los tres gabinetes del Norte cedieron siempre, dando en ello evidente prueba de la fuerza que mandaba la alianza occidental y de lo mucho que, usando de prudencia y energía, hubieran podido hacer la Francia y la Inglaterra, si se hubiesen mantenido cordialmente unidas.

Muy de paso por no distraer la atención de mis lectores de los objetos de actualidad que el presente estudio abraza, pasaré por alto otros hechos diplomáticos que corroborarian de todo punto las precedentes observaciones; pero que hacen innecesario las deducciones que se desprenden del curso y desarrollo que tuvieron todas las cuestiones internacionales de alguna importancia que surgieron en Europa, ínterin que el gobierno del rey Luis Felipe se mantuvo fiel al espíritu liberal que dictó el tratado de la cuádruple alianza.

A fuerza de querer estar bien con Inglaterra y con las potencias continentales, el rey de los franceses llegó á inspirar desconfianza á la una y á las otras. El gabinete inglés, disgustado ya por las vacilaciones de la Francia respecto á la cuestión española y la no muy disimulada protección que dispensaba á D. Carlos, se desesperaba de no poder recabar tampoco de su aliada una resolución vigorosa respecto á las sempiternas dificultades que no cesaba de suscitar la cuestión de Oriente, y cansado de las duplicidades de la diplomacia francesa en Madrid, en Constantinopla y en el Cairo, lord Palmerston se acercó á los gabinetes del Norte y concluyó con ellos el tratado de 15 de Julio de 1840, que arreglaba los asuntos de Turquía y de Egipto sin la participación de la Francia, y dejaba á esta aislada en Europa y expuesta á la alternativa de aceptar una lucha desigual, ó de pasar por una humillación que al cabo aceptó Luis Felipe, después de haber usado un lenguaje belicoso y procedido á armamentos que rebajaron todavía más la consideración de su gobierno.

Las bodas españolas acabaron de indisponer á la Inglaterra con la dinastía de Orleans, y el movimiento de fermentación en Italia provocado por la exaltación de Pio IX á la cátedra de San Pedro, pusieron el colmo á la impaciencia y al disgusto de los franceses al ver que en ninguna parte su go-

bierno ejercia el influjo preponderante anhelado por el orgullo nacional.

La caida de Luis Felipe estuvo en gran parte preparada por los errores de su política exterior, agravados por hechos relativos á la política interior, doble causa á la que es de atribuir el cataclismo que los sucesos de que París fué teatro el 24 de Febrero de 1848 desencadenaron sobre Europa y conmovieron tan profundamente á los Gabinetes y á los pueblos. De aquel cataclismo surgió el segundo imperio, el que, renovando sobre un terreno enteramente práctico la alianza que con Inglaterra habia malogrado Luis Felipe, señaló con la guerra de Crimea la era cuyas consecuencias pesaron sobre la Europa y el mundo, desde la paz de París de 1856 hasta que estalló la, para la Francia desastrosa, guerra de 1870.

Sobre la guerra de Crimea y sobre la situacion que, no sólo para el Oriente, sino para todo el continente europeo, creó el más brillante período del segundo imperio, tengo escrito un libro (1), del que bastaria reproducir citas para evidenciar que si actualmente vuelve á presentarse amenazador é incierto el problema de la adjudicacion de la herencia del imperio de Osman, previsto estaba que así sucederia si no se empleaban los medios que estuvieron al alcance de la alianza occidental para haber asegurado por largos años la paz, la libertad y la prosperidad de Europa.

Rusia, cuya calculadora y perseverante política encierra eventualidades que han de pesar hondamente sobre los destinos de la humanidad, pudo ser reducida en 1855 á un estado que la hubiese privado de los medios de ser la futura perturbadora del universo, resultado que habria bastado para obtener que el emperador Napoleon, fiel á las consecuencias que en beneficio de la civilizacion y de la libertad se hubiesen naturalmente seguido del mantenimiento de la alianza occidental, ya malograda por culpa de Luis Felipe, no aban-

(1) *La guerra de Oriente, considerada en sí misma y bajo el punto de vista de la parte que España pudiera verse llamada á tomar en la contienda europea*, por D. Andrés Borrego.

donara á la Inglaterra en lo más árduo y decisivo de la guerra de Crimea, cuando la Francia forzó á su aliada á hacer la paz, por decirlo así, á la *trágala*, habiendo Napoleón tendido á Rusia la mano amiga, que permitió á ésta salir de la contienda, en la que hubiera debido quedar prostrada con sólo algunas ligeras averías, de las que no tardó en reponerse.

Admirable es á todas luces la habilidad, la perseverancia con que, en los momentos en que la alianza occidental parecia más omnipotente, Rusia consumase la sumision de los circasianos y estuviese meditando las conquistas asiáticas, que tanto la van acercando del corazon del imperio índico.

De haber obrado con perseverancia y concierto Inglaterra y Francia habrian permaneciendo unidas, pesado sobre los gabinetes y la opinion de los pueblos, en términos que habrian puesto en sus manos los medios de haber arrancado á la Rusia las amenazadoras conquistas que ha efectuado en los últimos cincuenta años, obra para la que la alianza occidental no hubiera tenido necesidad de enviar sus ejércitos al interior del imperio moscovita; pues segun lo demostré en mi libro, sólo se requería haber dado proteccion á las naciones oprimidas, á los alemanes del Báltico, á los polacos, á los circasianos, á los armenios, á los georgianos, para no hablar de las belicosas tribus del Asia Central, que tan fácil habria sido ayudar á sacudir la coyunda moscovita.

Malogróse de nuevo la oportuna ocasion de haber asentado el imperio otomano sobre bases conciliadoras al propio tiempo que duraderas, que hubiesen asegurado la independendencia de la Puerta, la organizacion interior de sus Estados, las relaciones permanentes que la unieran á los principados danubianos y demás provincias tributarias, y por último, puesto bajo la garantía colectiva de Europa, los derechos como los deberes de las poblaciones cristianas que hubiesen de permanecer en la dependencia directa de la Puerta.

Todo esto dejó de hacerse por efecto de lo que podremos llamar la defeccion de Napoleon III, del espíritu genuino de la alianza, reproduciéndose con ello en otro orden de hechos

lo que ya se habia experimentado en el primer período de la alianza durante el reinado de Luis Felipe.

La situacion del imperio otomano era ya tan precaria en 1855, que se necesitó que la intervencion de las potencias occidentales opusiese sus ejércitos y sus escuadras para prevenir los efectos del *ab-irato* que impulsó al emperador Nicolás á ocupar militarmente los principados danubianos. La paz de París remedió más aparente que realmente á los peligros que no podian dejar de surgir de la artificial existencia del imperio otomano, que incapaz como lo habia sido de defenderse contra las armas de su vasallo el virey de Egipto, lo era mucho más todavía de resistir á la Rusia, á no haber acudido en su defensa los ejércitos de la Francia y de Inglaterra.

No habiendo obrado los aliados al tiempo de ajustarse la paz de París de la manera que les cumplia haberlo hecho, si realmente aspiraban á que la generosa resolucion que los llevó á la Crimea y al mar Negro produjese efectos saludables y duraderos, la indeclinable consecuencia de la falta cometida no podia ser otra que la de que continuasen pesando sobre los destinos de Europa todos los inconvenientes de la ausencia de la política liberal y salvadora que la alianza occidental estaba destinada á haber hecho prevalecer.

Consecuencia de no haberse realizado el perfecto acuerdo entre los gabinetes de París y de Lóndres, al que es más que verosímil se hubiesen adherido la mayoría de las naciones regidas por instituciones liberales, fué la extraviada manera como vinieron resolviéndose las cuestiones de carácter internacional surgidas en los años que siguieron á la paz de París, época del mayor auge y preponderancia que alcanzó el reinado de Napoleon III.

Habia éste seguido en Italia una política de aventura que lo llevó más allá de lo que se habia propuesto, política que descontentó al Papa y no satisfizo á los italianos, que trajo la absorcion de toda la Península por el Piamonte, y que despues de haber consentido que se diera en Castelfidardo el golpe de gracia al poder temporal, quiso apuntalarlo más tarde caprichosamente en Montana; política vacilante y egois.

ta, que fué la misma que llevó las armas de la Francia á Méjico, y que, negándose más tarde á cooperar con Inglaterra para proteger á Dinamarca de las excentricidades del germanismo, dió pábulo á la guerra entre Prusia y Austria y á la humillacion de esta última potencia, privándose la Francia de sus resultas de un aliado que más tarde debia echar de ménos, y sirviendo poderosamente Napoleon con tan errada conducta los secretos designios de la Prusia, rival cuyá pujanza tuvo la *miopía* de desconocer hasta verse aplastado por ella.

La guerra de 1870, imprudentemente empeñada por el segundo imperio, guerra que es verosímil no hubiese estallado si hubiese vivido lord Palmerston é interpuéstose Inglaterra para impedirla, cual habria verosímilmente acontecido de haberse encontrado regida la Gran Bretaña por uno de sus finados hombres de Estado del temple de lord Chatam, de Pitt ó de Canning, en vez de estarlo á la sazón por un economista y un gran filósofo como Mr. Gladstone; aquella guerra condujo á dos resultados importantísimos: á la supremacía militar y política del restablecido imperio aleman, y á la libertad en que colocó á la Rusia para desgarrar el tratado de París.

Al consumir aquel acto audaz, el gabinete de San Petersburgo se colocó en la cómoda situacion de poder esperar tranquilamente los acontecimientos, disimulando sus ambiciosos proyectos bajo la inofensiva capa de protectora de sus correligionarios vasallos de la Puerta, actitud que de por sí sola patentiza la falsa posicion á que esta última potencia quedaba reducida. En efecto, los musulmanes indígenas que pueblan las provincias europeas han cesado de ser la raza conquistadora que por la superioridad de sus armas se hizo dueña de Constantinopla, reduciendo á servidumbre las provincias del decaido imperio de los Paleólogos. Y como al paso que han perdido los turcos la superioridad militar que hizo su grandeza, constituyen una minoría de dos ó tres millones de creyentes campados en medio de once millones de cristianos, fáltanles al mismo tiempo aquellas dotes de supremacía intelectual, aquel espíritu de civilizacion que justifica el ascendiente de las minorías ilustradas, cuyo gobierno, como el de los in-

gleses en la India, se impone á nacionalidades y á razas con las que nada tienen de comun.

Por otra parte, no es exagerado considerar como virtualmente disuelto un vasto imperio del que se han segregado las provincias más importantes y más pobladas que constituyen su territorio europeo. Sucesivamente se han disgregado de la obediencia de la Puerta Otomana, la Moldavia, la Valaquia, la Grecia, la Sérvia y el Montenegro, actualmente se hallan en estado de abierta rebelion la Herzegovina y la Bosnia, cuyo ejemplo alienta á la Bulgaria, al Epiro, á la Macedonia, y pudiera añadirse que la Albania no se halla exenta de peligros, aunque su poblacion musulmana, siempre en minoría, sea algo más crecida en esta que en aquellas provincias.

Ahora bien: ¿cabe en lo verosímil que semejante situacion puede prolongarse? ¿Es siquiera posible mantener semejante *statu quo*? Examinemos fría é imparcialmente en qué manera cabe que la solucion del problema no sea negativa.

Desde luego hay que convenir en que un acuerdo, asaz inverosímil, de las grandes potencias podria prolongar la existencia del imperio, imponiendo la irresistible voluntad de los gabinetes á las poblaciones cristianas, mediante al otorgamiento de franquicias y garantías que hiciesen tolerable la continuacion de su dependencia del gobierno de Constantinopla.

Otro medio seria el de la autonomía completa de las provincias cuya poblacion en su mayoría se compone de cristianos, reconociéndose dichas provincias como tributarias del sultan.

Los ménos pesimistas consideran posible, y de ello se está haciendo actualmente eco la prensa extranjera, que en mira de evitar que la guerra se generalice tomando parte en ella las grandes potencias, la diplomacia habria convenido en aplicar el principio de no intervencion á la lucha de que están siendo teatro las provincias turcas, dejando al gobierno y á los sublevados en completa libertad de emplear unos y otros sus peculiares medios de ataque y de defensa.

Si fuera admisible que este insólido pacto se llevase á cabo y que quedasen musulmanes y cristianos entregados á sus

propias fuerzas, inevitablemente se llegaría á uno de estos dos resultados: á una atroz guerra de exterminio, que el sentimiento público de Europa no toleraría y cuyos horrores renovarían el espectáculo de lo que sucedió con la Grecia en 1827, cuando la opinion arrastró á los gabinetes á lo que no tenían voluntad de hacer, ó tambien podría acontecer que la Rusia viese realizados sus deseos por medio de la victoria de los cristianos sobre los musulmanes.

Mas todavía en este último caso la dificultad quedaria en pié, porque ¿qué será de la Turquía de Europa en la encontrada hipótesis de que venciesen los cristianos ó de que los horrores de la lucha forzasen á las grandes potencias á intervenir?

Un Congreso europeo podría ser la manera ménos peligrosa de llegar á un arreglo que efectuase una gran transaccion en medio de las complicaciones á que naturalmente conduce el mortal decaimiento del imperio turco. Y si este temperamento, el más suave en que puede pensarse, no es el que se adopta y se deja que las cosas lleven su curso, por muy poco tiempo podrá detenerse que la crisis suprema surja de nuevo, presentándose al fin decisiva y fatal. ¿Cuáles serian entónces las consecuencias? La intervencion directa ó indirecta de la Rusia no podría ménos de traer indeclinablemente la expulsion ó el avasallamiento de los turcos, dejando á la Rusia por árbitro supremo de la herencia del enfermo. Ahora bien: ¿podria semejante intervencion ser evitada por la diplomacia? Si lo fuese, ya hemos dicho que no podría conducir á otra cosa sino al aplazamiento de la cuestion, ínterin que un concierto europeo no viniese á dar asiento y condiciones de estabilidad al establecimiento que haya de sustituir á lo que actualmente existe.

Y suponiendo, como es de toda verosimilitud suponerlo, que más ó ménos tarde aparezca una accion ostensible ó disimulada de parte de la Rusia y dirigida, ya sea á precipitar un desenlace ayudando á los sérvios y demás insurrectos, ya sea prestándose cautelosamente á que se convenga en la continuacion de un *statu quo* que, cualquiera que fuese, no podría ménos de redundar en provecho de la Rusia, ¿qué re

sistencia cabe oponer de parte de los demás gabinetes á los designios de esta potencia?

Si la alianza occidental iniciada en 1830 en las circunstancias y para los fines que hemos explicado hubiese seguido los derroteros en que debió continuar inspirándose y que tan cumplidamente habian satisfecho, no sólo á los intereses de los gabinetes contratantes, sino tambien al de las naciones que por aquellos años habian hecho su entrada en la órbita de los pueblos libres, perspectiva que tantos bienes entrañaba y que hemos demostrado, se malogró merced á las timideces de Luis Felipe y á las irresoluciones y excentricidades de Luis Napoleon, aquella alianza habria dado por fruto la más conveniente y equitativa distribucion del poder entre las naciones, y bastado para haber hecho del equilibrio europeo otra cosa de lo que es. La Italia habria podido quedar emancipada de las dominaciones extranjeras sin haber por ello adquirido la potente posicion en que se ha colocado. Podria haber una confederacion escandinava que flanquease á la Rusia por el Báltico, y la unidad germánica hubiese podido efectuarse en condiciones diversas de las que han realizado las armas de la Prusia, al paso que Inglaterra, Francia, España y Portugal podrian haber tendido la mano á Austria y á la Alemania meridional para, en union con una Italia emancipada, haber constituido y consolidado una robusta alianza occidental liberal y conservadora que, dueña del mundo, hubiera podido arreglar, al mismo tiempo que á su gusto, en conformidad á los intereses generales de la civilizacion, todas las cuestiones de carácter internacional.

En vez de semejante estado de cosas, ¿cuál es la situacion en la que Europa se encuentra ante la crisis de Oriente que se le viene encima? A Inglaterra, á la que decididamente no conviene que la Rusia vea realizados á mansalva sus gigantescos proyectos de dominacion, ¿qué medios le quedan de impedirlo? Siempre necesitó aquella potencia de aliados para tomar parte en las contiendas del continente, en las que tan poderoso influjo ejerció Inglaterra en el pasado y en el presente siglo. ¿Pero dónde iria á buscar actualmente aliados á los que pueda convenir hacer causa comun con ella?

La Francia de hoy no es la Francia de 1854 y 55. Le falta el prestigio de que gozaba entónces, y no obstante su no decaída pujanza y su asombrosa prosperidad financiera, le falta también la suficiente fuerza por tener á su costado y al Sur de su territorio, fuerzas de magnitud tan grande que amenguan las suyas propias. Además, no podría esta nación sacar actualmente de la alianza inglesa ventajas comparables á las que puede encontrar uniéndose á la Rusia y asociándose á sus proyectos, y aún puede calcularse, sin temor de errar, que si la Francia lograra atraer á Italia á su órbita ligándose con ella á Rusia, la Francia podría aspirar á una restauración de su perdido influjo, al paso que Italia viera también realizados los últimos ensueños de su asombroso engrandecimiento.

Y para no dejar de hacerme cargo de todas las eventualidades que encierra la hipótesis de la renovación de una alianza anglo-francesa, ¿podría el gobierno del mariscal MacMahon repetir lo que hizo Napoleón III, enviando por mar un numeroso ejército á las orillas del Danubio? No es verosímil que la Francia pudiera efectuarlo impunemente, teniendo á sus puertas celoso y vigilante al imperio alemán.

Estas consideraciones autorizan la opinión de que no bastaría la alianza anglo-francesa para oponerse á los progresos de una insurrección general de los cristianos en Oriente, favorecida por la Rusia. Pero llevemos más allá la investigación y veamos hasta qué punto la adhesión del Austria á la política inglesa podría influir en los resultados de la lucha. En la hipótesis de que Italia entrara en la coalición y en la de que guardando España neutralidad completa, la Francia se viera dispensada de la necesidad de distraer un sólo batallón para cubrir la línea del Pirineo, la cuestión variaría enteramente de condiciones y de aspecto, y la liga occidental podría razonablemente esperar hacer victoriosamente frente á la Rusia.

Pero tiempo es de que volvamos la vista hácia donde en nuestro sentir está el nudo del gran problema. ¿Qué papel haría Alemania en presencia de eventualidades capaces de trastornar de arriba á abajo el equilibrio que con tanto

afan, peligros, fortuna y gloria ha logrado la Prusia inclinar á su favor? ¿Podria ver sin enojo una coalicion á la que su restablecido glorioso imperio fuese extraño y permaneciese inactivo, viendo disponer de la suerte de Turquía y levantarse á sus puertas un formidable imperio eslavo? Para nadie podia ser dudoso que el gabinete de Berlin estará siempre dispuesto á aprovechar la primera ocasion que se le presente á efecto de completar la unidad territorial de su nuevo imperio, atrayendo al giron del mismo las provincias alemanas que aún posee el Austria.

De suponer es, sin embargo, atendida la consumada habilidad que caracteriza la política del príncipe de Bismark, que ántes de consentir indiferente en la formacion de una alianza en la que Alemania no haga un papel preponderante, el gran canciller se entienda y ajuste con Mr. Disraeli, conciertos capaces de hacer cambiar enteramente de aspecto á la crisis oriental.

Como de no pensarse en un apuntalamiento provisorio del gobierno del sultan, los gabinetes que aspiren á que su herencia no caiga en manos de la potencia que secularmente ha venido minando la existencia de Turquía, tendrán que pensar y que fijarse en algo definitivo, la alianza anglo-alemana, que en un interés verdaderamente europeo atrajese á la Francia y á Italia, podria encontrar compensaciones para todas las aspiraciones legítimas, asentando sobre bases duraderas un equilibrio ménos arbitrario que el que estableció el Congreso de Viena. En el arreglo que se hiciese de los Estados que hasta de presente ha poseido Turquía y que estamos viendo se le escapan de las manos, podrian muy bien hallarse compensaciones suficientes para desinteresar al Austria de los sacrificios á que consintiese en Alemania á favor del imperio, el que á su vez y sin menoscabo de sus intereses, ni de su gloria, podria restituir á la Francia sus arrebatadas provincias y aún grangearse la amistad de su vecina, alargándole la limosna de algunos territorios que ninguna falta hacen á Alemania del lado acá del Rhin.

El arreglo que rápidamente y en perspectiva acabo de bosquejar nada tiene de utópico, de exagerado, ni de violento.

Mucho más lo han sido las adjudicaciones de territorios y mutaciones de dominio que hemos visto efectuarse en los últimos años en Alemania y en Dinamarca. Cuanto dejo indicado, no sólo se halla en la naturaleza de las cosas, sino que conciliaría los intereses rivales y conduciría á asentar la paz sobre la doble base de la posible conservación de la Turquía que agoniza y la de Austria que necesita vigorizar su existencia, trayendo así y refundiendo elementos afines. De semejante desenlace podría también salir la única solución templada de la cuestión oriental, por medio de la formación de una confederación danubiana que tuviese al sultán por cabeza y á Constantinopla por capital. No tiene la diplomacia otro medio de conjurar el panlavismo que el de ir agrupando las razas eslavas que viven al Sur del Danubio, bajo la tutela del Austria, movimiento que derechamente favorecería el completo desarrollo del imperio alemán, el que además de redondearse por medio de las compensaciones ofrecidas al Austria, podría aspirar hasta á recuperar sus perdidas provincias del Báltico, y si la Rusia, la gran expoliadora de territorios de un siglo á esta parte, territorios que después de haber arrancado por la fuerza ha tenido la fortuna de guardar porque nadie se ha presentado á disputárselos, no obstante lo fácil que sería hácerse los perder, con sólo ayudar á las nacionalidades que los moscovitas oprimen á orillas del Báltico, del mar Negro, y en los dilatados y feraces territorios de que se ha apoderado en el Asia Menor; si la Rusia, decíamos, no se mostrase tratable, hasta podría pensarse, sin grandes dificultades, en reconstruir el reino de Polonia, toda vez que la Prusia y el Austria quedasen compensadas y engrandecidas en los términos y por los medios que acabamos de indicar.

Lo que de lógico, de moderado y conciliador me he limitado á formular ligeramente, sin haberlo desenvuelto con la amplitud que hubiera podido serlo, apoyándolo en consideraciones que á la vez satisfarían á los intereses de la diplomacia, á los de los pueblos de cuyo destino se trata, y en términos que hubieran merecido la aprobación del mundo civilizado, podrá no ser el plan que sigan los gabinetes; pero del mismo modo que el tiempo se encargó de justificar las apreciaciones

expuestas en nuestro libro de la *Guerra de Oriente*; del mismo modo que cuando todavía la lucha se hallaba empeñada en Crimea y por nadie se hablaba de paz, vino esta más tarde á concluirse dentro de una de las tres hipótesis á que predije tendria que ajustarse dicha paz el dia en que se firmase (1), preveo y anuncio ahora que las complicaciones, la guerra, la ruptura del equilibrio europeo, ó en su defecto el aplazamiento de una crisis que cada dia irá haciéndose más inevitable, son consecuencias que sólo podrán remediarse á falta de un concierto general entre todos los gabinetes, mediante á un acuerdo entre Inglaterra y Alemania, acuerdo al que Francia, Austria é Italia puedan acceder con ventaja. Fuera de semejante avenencia, ó la Rusia veria realizados sus designios precipitando la caida del imperio otomano y la expulsion de los turcos de Europa, ó podrá contentarse por ahora con debilitar á Turquía en términos que preparen y faciliten para más adelante lo que no crea el czar llegado todavía el momento de que se realice.

En resúmen, y para concluir, la catástrofe de la desaparicion del Imperio Turco, una guerra general, ó el inseguro y precario aplazamiento de la cuestion de Oriente, se hallan, en mi juicio, pendientes de la actitud que adopte el gabinete de Berlin, aliándose á Inglaterra y siendo ámbas potencias las reguladoras del equilibrio europeo, ó si, por el contrario, no se separa Alemania de Rusia y se entiende con ella, Inglaterra y sus aliados, si es que los encuentra, pueden prepararse á una guerra en la que todas las probabilidades estarán por parte de la alianza ruso-alemana.

ANDRÉS BORREGO.

Madrid 5 de Julio de 1876.

En nada están llamados á influir los sucesos parciales que vaya ofreciendo la ya comenzada guerra entre la Turquía y sus súbditos insurrectos, en lo que de exacto ó de errado

(1) *La Guerra de Oriente*, cap. 11, pág. 143.

tengan las apreciaciones del artículo que precede, toda vez que su objeto no ha sido el de estimar los resultados de una contienda entre los actuales beligerantes, sino el de señalar las indeclinables relaciones que existen entre lo que representan y significan las poblaciones cristianas sometidas á la Puerta y los intereses de las grandes potencias.

Los sérvios y los montenegrinos, abandonados á sí mismos, es probable que fuesen vencidos por los turcos, perspectiva que modificaria grandemente en contra de estos el que la insurreccion de las poblaciones cristianas se generalizase en las provincias hasta ahora pacíficas. Todavía en este caso, sin embargo, no seria imposible que el fanatismo musulman, reclutando numerosas masas, sacadas de sus provincias de Asia, sostuviese la lucha armada contra los cristianos y obtuviese ventajas.

Semejante eventualidad realizaria una de nuestras precedentes apreciaciones; la de que la guerra tomaria un carácter de esterminio que no podria ser tolerado por la opinion pública de Europa. Además, debe ser tenido por imposible (y sobre este punto nuestra afirmativa es absoluta) que los cristianos sublevados sostengan la lucha, sin verse ayudados más ó ménos por la Rusia, sin que la misma duracion de la contienda deje de influir de tal manera en el carácter que, á no dudarlo, tomaria, que no podrian dejar de realizarse las contingencias que dejamos expuestas.

A. B.

VIRGILIO Y TENNYSON

¡Virgilio y Tennyson! El uno nacido setenta años ántes de Jesucristo; el otro mil ochocientos diez despues, ¿qué pueden tener de comun, separados por tan gran intervalo de años, y rodeados de circunstancias tan distintas? El uno es el poeta del déspota pagano Augusto, nacido en una época en que «la sabiduría del mundo no llegaba á conocer á Dios;» cuando si existia alguna creencia en el corazon de los hombres se hallaba dividida «entre muchos dioses;» el otro es el poeta laureado de la reina Victoria, un adorador del verdadero y único Dios, un cristiano y un defensor de las verdades cristianas; ¿cómo podrá trazarse un paralelo entre los dos?

Los elementos de sus épocas, religion, política y costumbres tienen pocos puntos de contacto. Pero estos no son más que accidentes. Despues de la importancia que se debe conceder á estas influencias que los aislan, todavía queda en ámbos mucho que admite comparacion, sobre todo en las obras con que ámbos han enriquecido al mundo.

El objeto del artículo presente es trazar este parangon; presentar ante los ojos de nuestros lectores algunos pasajes de Virgilio y de Tennyson que muestren claramente la afinidad de sus espíritus, la analogía de sus dotes y su esmerado cultivo; parecen hechos en un mismo molde, hombres que tienen los mismos gustos y los mismos estudios, que piensan sobre muchos puntos de un modo semejante, que sienten igualmente y escriben de un modo parecido; poetas

verdaderamente hermanos, unidos por lazos invisibles, que sólo pueden describir los que detenidamente estudien sus poemas. Y en primer lugar, ámbos tienen de comun el que son atentos observadores de los fenómenos físicos, investigadores de las leyes de la naturaleza, exploradores del cielo, del mar y de todo lo que crece y se mueve sobre el haz de la tierra. Especialmente se señalan ámbos por su amor á la astronomía. Tomemos por ejemplo estos magníficos renglones de las Geórgicas II 475 para hacer patente la intensa afición de Virgilio á esta gran ciencia. *Me rero primum* (1):

«¡Sagradas musas, en cuya belleza fascinadora mi corazón se arroba y mi fantasía se inspira, de quien soy devoto sacerdote y cuya sagrada cinta llevo, escuchad la súplica primera de vuestro poeta! Señaladme el camino de las fugaces estrellas, los abismos del cielo y de la tierra. Enseñadme los variados trabajos de la luna, y de dónde proceden los eclipses del sol; por qué se levantan las mareas sobre el Océano, y á qué oscuras guaridas se retiran; qué es lo que puede hacer temblar la tierra; cuál es la causa que retarda las noches del verano y acorta los días del invierno.»

Además de estas líneas (como quiera que le fué concedida aquella súplica al poeta) se encuentran en Virgilio numerosas alusiones á la aparición y á la desaparición de los signos y al lugar que ocupan en el firmamento. Muchas de estas noticias se encuentran en las Geórgicas, especialmente la invocación á César en la Geórgica I, donde el poeta en un raptó de lisonja discurre sobre la futura apoteosis de su patrono y le invita á añadir una nueva constelación al Zodiaco:

«Bendecirás con tus rayos el estío, y sentado cerca de Libra,

(1). Estos versos de Virgilio están vertidos al inglés por Dryden, y de él los traducimos nosotros. Como no se trata de mostrar la belleza literaria del texto, sino la analogía que guarda su pensamiento con otro de Tennyson, no juzgamos que hay grave inconveniente en traducir del inglés en vez de acudir al original latino ó bien á alguna traducción española de reconocido mérito.
—(Nota del T.)

pasarás los días. ¿No tienes reservado en la extensión del cielo un lugar entre Scorpion y Virgo?

Scorpion, presto á obedecer tu voluntad, ya contrae sus garras y te cede la mitad de sus dominios.»

En la misma Geórgica se aconseja al labrador que investigue, no ménos cuidadosamente que el marino, el curso de las estrellas, y regule por este la sementera. La cebada debe sembrarse estando el sol en Libra; también el lino y las adormideras: el mijo, las judías y la alfalfa «en la primavera, cuando el sol cabalga sobre Tauro,» representado así poéticamente:

«Cuando con sus cuernos de oro en carrera tendida destruye Tauro las barreras del año, y Argos y Leo abandonan las regiones del Norte.»

El trigo no debe sembrarse hasta que Pléiades y la Corona se ven en el horizonte; la algarroba y las lentejas pueden plantarse desde la aparición de Arcturno hasta la mitad del invierno. Volviendo á la Geórgica III, vemos á los Scitas calificados como una raza de salvajes que viven bajo el Carro de Cárlos (Geórgica III, 382), y el pastor debe guarecer su rebaño contra los rigores del invierno en lugares situados al Mediodía, «cuando el niño Aquario rocía con lluvias la clausura del año (Geórgica III, 304),» mientras en la Geórgica IV, 231, encontramos esta poética pintura de las dos estaciones en que se recoge la miel; la una en Mayo y la otra á fin de Octubre, correspondiendo con la aparición y desaparición de Pléiades:

«Dos cosechas de miel se recogen en el año: la primera cuando Pléiades hermosa se levanta en el horizonte, abandonando con desprecio el salado retiro de los mares. La segunda, cuando viendo su aterrado carro al acuoso Scorpion volver sus pasos con negro cortejo de tempestades y huracanes, de nuevo se sumerje, y encuentra protección en lo profundo.»

Comparemos con estos los siguientes versos de Tennyson,

en que se describen los fenómenos celestes. Los tres primeros extractos son de la *Princesa*:

«El mundo fué en un principio una niebla ténue de luz, hasta que en el centro aparecieron las corrientes de estrellas convertidas en soles, que girando arrojaron de sí los planetas.

Como aquellas tres estrellas de la airada zona del Gigante, que brillan con mayor fulgor en las noches heladas, y como el fiero Syrio muda de color alternando entre el rojo y la esmeralda, hace reverberar su armadura hasta que viene á apagar su brillo la mañana.»

En estas graciosas líneas del *Viaje*, se describe alguno de los aspectos de nuestro satélite:

«A lo léjos corre solitaria la luna á través de la superficie desierta y palpitante del Océano; y hace brillar rulando el argentado disco de su escudo.»

Lo que sigue es de *El último torneo*, en que se describe la aurora boreal:

«Ellos encienden la torre cuya mitad, que la noche del otoño como el vivo Norte enrojecen á través de Aliot y de Alior, avanza, así como Moal vió avanzar las aguas por el Este. Y fluyen por bajo del monte y se sumergen perezosamente en el mar.»

En el pasaje siguiente, que está tomado de *Mand*, se conoce la estacion por la situacion de los signos contemplados en una noche clara por encima del horizonte:

«Debe cortarse en la época del año en que el manto de la noche se refleja espléndido sobre la llanura cubierta de rocío, y las brillantes tintas de Narciso, el Carro y la estrellada Geminis se suspenden como gloriosas coronas sobre el sepulcro de Orion.»

Esta imagen del sepulcro se encuentra reproducida en *In memoriam*, donde se describe á Vénus siguiendo el bajel de Júpiter:

«Y por último, vuelve de las regiones apartadas, ántes que la roja estrella hubiese caído en el sepulcro de su padre.»

En el mismo grupo de composiciones, el poeta encuentra en los cambios de situación de la misma estrella cierta analogía en su propia condición:

«Dulce Hesper—Rurphor, que tienes dos nombres no siendo más que una; tú, como mi presente y mi pasado, cambiaste de lugar; pero eres la misma.»

Estas citas demuestran claramente el amor de Tennyson á la astronomía. Demuestran que, como Virgilio, era un observador atento de las estrellas, y que como Virgilio, también era capaz de vestir con ropajes poéticos lo que aprendía acerca del movimiento y cambio de los astros.

Otro punto de contacto entre los dos poetas, se halla en sus descripciones y sus constantes referencias al mar. Ambos es preciso que hayan tenido ocasión de verlo en todas sus fases. Ambos debieron vivir, según creemos, mucha parte de su vida, escuchando el ruido de sus olas, y ámbos han sobresalido en su pintura.

Veamos un pasaje de la *Geórgica* III, que es un símil para hacer ver los mugidos y la acometida de un toro cuando se apresta á luchar con otro. *Fluctus uti*, etc.:

«Como una ola que allá en medio del océano comienza á blanquear y levanta sobre las aguas su turgente curva; más tarde corre inmensa á la ribera y ruge aterradora al romperse contra los peñascos, mientras el agua brama y hierve en espumoso torbellino y despide de su profundo seno montones de oscura arena.»

La agitación de los mares por la acción de los vientos, á

quienes Eolo abrió las puertas, se describe de un modo admirable en otro pasaje de la *Enéida*:

«Los vientos salieron en tropel como formando un escuadrón, y con los torbellinos levantaron densas nubes de polvo. Échanse sobre el mar y le revuelven desde lo más profundo el Euro, el Noto é igualmente el Ábrego, arrojando sobre la orilla desmedidas olas.»

Formando contraste con esta, tenemos en el mismo libro la bien conocida descripción de una bahía. *Est in recessu*, etcétera:

«Bastante retirada se encuentra una bahía á la que una isla preserva de las furias del océano, y forma un puerto seguro para los buques que allí arriben.

No necesitan los buques en este sitio echar á la playa guindalezas ni pesadas áncoras, porque las tempestades no son de temer allí.»

Tomemos otro ejemplo de las descripciones que Virgilio ha hecho del mar, sacado de la *Enéida*, lib. XI, cuando se relata el combate de la caballería troyana con la de los etruscos, en el cual, siendo ámbas alternativamente perseguidoras y perseguidas, el poeta las compara al vaiven de las olas. *Qualis ubi alterno*, etc.:

«Así, hinchándose las olas con rugido atronador chocan y se rechazan cayendo sobre la playa, saltan sobre las rocas, avanzan sobre la tierra y con ímpetu espelen sobre ella la arena. Después, con no ménos ruido y furor vuelven sobre sus pasos, salen de la tierra y buscan el maternal regazo del océano, llevando consigo la arena y las piedras que habían traído.»

Estas citas no agotan, por supuesto, las descripciones que Virgilio hace del mar. Otros muchos parajes encontrará el

lector donde se manifieste que lo habia observado con atencion, y que era capaz de describirlo en tempestad y en calma. Pero volvamos á Mr. Tennyson y veamos si no ha igualado y áun sobrepujado al poeta romano en la verdad y belleza de las pinturas que ha hecho de este elemento.

Este es el mar que Mr. Tennyson vió cuando muchacho en la extensa y tempestuosa costa de Lincolnshire:

«*Locksley Hall*, que á gran distancia ojea las arenosas playas y los cóncavos arrecifes del océano, dentro de los cuales ruge el agua formando cataratas.»

El mismo mar se introduce por vía de símil en el último torneo.

«Como la cresta de una arqueada y magestuosa ola, se escucha en la medrosa noche caer sobre la desnuda playa, y rompe cubriendo de espuma un gran espacio, extinguiéndose lentamente sobre la jaspeada arena, que iluminan los rayos de la luna, hasta quedar en nada.»

En *Mand* volvemos á encontrar la ribera y el mar:

«El silencioso anillo nupcial de luciente záfiro que rodea á la tierra.»

Y

«Escuchando ahora el flujo de las aguas cuyos bramidos parecen anunciar naufragios, y el grito aterrador de la ribera que las olas desean arrastrar consigo.»

Los que visiten las Agujas de Freshwaterand podrán verificar la fidelidad de esta descripcion, así como la de la que sigue, sacada de *Los sueños del mar*. El autor coloca la escena en una profunda caverna de la costa tapizada de arena y rodeada de escollos:

«Mientras los dos duermen, una hinchada marea se le-

vanta, que tocando en las primeras rocas despide á chorros los vapores del turbulento mar, y la escala formando sábanas de fragosa espuma que caen despues en inmensa catarata.»

Como pintura del mar, esta es perfecta y no podrá ménos de ser un modelo para los que quieran hacerlas. Presentaremos otros dos vigorosos renglones, y será la última cita que hagamos sobre el mismo asunto. Está tomada de *Boadicoa*, cuando los bretones cercaron armados á su reina:

«Rugian lo mismo que las impetuosas olas al estrellarse y blanquear sobre los precipicios.»

Y este de *Enoch Ardén*:

«El vasto cilindro de agua atronando sobre el arrecife.»

Los ejemplos citados señalan semejanzas entre Virgilio y Tennyson en su manera de describir el mar, en la esmerada pintura de sus movimientos y exacta y minuciosa observacion de sus variadas fases.

Otro punto de semejanza encontramos en los trozos marciales de ámbos poetas y en la aficion que muestran á todas las pompas y atavíos de la guerra. Que Virgilio ha imitado á Homero en esto, y Mr. Tennyson ha utilizado esta imitacion, no puede dudarse. Pero hay algo más que una imitacion en su manera de tratar los asuntos guerreros. Escriben sobre ellos *con amore*, como hombres que se «han embriagado con los vapores de la batalla,» para quienes la guerra ejerce una especie de fascinacion, y que por la fuerza del génio poético son capaces de representarse y de hacer que sus lectores se representen todos los incidentes de un combate, el sonido de los clarines, el brillo siniestro de las armas, «y los gritos atronadores de los caudillos.»

Entre la multitud de ejemplos que pudiéramos citar, vamos á tomar los dos siguientes trozos de Virgilio.

El primero es la vigorosa descripcion del encuentro entre Mezencio y Eneas, con la cual termina el libro X de la Eneida.

«Cesó de hablar, y al pronunciar la última palabra, lanza al adversario una saeta; despues girando cual rápidos anillos, otros y otros tiros. El potente escudo los resiste todos. Una y otra vez chocando las lanzas furiosamente, gira de derecha á izquierda; una y otra vez al girar se pone en frente del acerado y espeso bosque que el Troyano tiene planteado en su escudo.»

«Impaciente por fin de la tardanza, cansado de manejar la lanza é indignado por la desigualdad del combate, abandona su cautelosa defensa, y saliendo con irresistible ímpetu, clava la acerada javalina en las sienes del animoso alazan. El valiente corcel se alza, se agita moribundo con la herida, y cae despues pesadamente sobre el ginete, dejándole hundido en el polvo.»

Lo que sigue es del libro IX de la Eneida cuando Pándaro muere á manos de Turno:

«Entónces levantó su brazo á la mayor altura que pudo y dirigióle desde lo alto con tal empuje, que el furioso golpe partió en dos la espaciosa frente y las imberbes mejillas. El gigante se desploma con ruido aterrador; sus poderosos miembros oprimen la agitada tierra; el afilado acero divide cerebro, cara y espaldas, y el rostro cuelga partido de ámbos lados.»

Comparemos ahora con estos los siguientes pasajes de Mr. Tennyson, por los cuales, creemos que debe ser colocado como Virgilio entre los mejores pintores de hechos de armas. Están tomados de la *Princesa*.

«El palenque estaba presto; armados y adornados con plumas nuestros cascos, penetramos en él, y esperamos cincuenta frente á cincuenta, hasta que sonó la terrible trompeta. Resuena un segundo grito y despues el tercero, á los cuales responde el galopar de los corceles y el choque de las lanzas; los ginetes se encuentran frente á frente y cierran en el medio, con el ruido pavoroso del terremoto y del trueno.»

Los caballos se levantan sobre las ancas, las lanzas saltan en mil astillas, y los yelmos al chocar levantan chispas de fuego. Parte de ellos, permanecen inmóviles como rocas; parte, torna y gira, pero sin perder su puesto; algunos caen sobre la tierra, y se levantan después á la rastra; otros se revuelcan entre los pies de los caballos. Del brazo de Arac como del de un gigante llueven golpes formidables.—Cyril, viendo esto, embiste contra el príncipe, y aunque su yelmo está pintado de colores, es fuerte, flexible y propio para el combate; pero aunque fuese más fuerte y más flexible, lo mismo hubiera sido derribado: por último clavé la espuela; sentí mis venas dilatarse con fiero ardor; por un momento nos mantuvimos mano á mano, espada con espada y caballo con caballo, hasta que me decidí y lancé un grito; brilló el acero, no conseguí cortar más que la pluma del casco, la vida y el amor huyeron de mí, la oscuridad me envolvió y caí.»

Muchos otros trozos tan vigorosos como este pudiéramos citar, describiendo batallas y combates en los *idilios del rey*. Nos contentaremos con citar dos (de *Elena*, el que sigue), y servirá también para mostrar las maravillosas facultades de Tennyson para describir el mar.

«Inclinaron sus lanzas y espolearon á sus corceles; tendidas sus plumas hácia atrás por el viento que levantaban en su carrera: como una ola turbulenta en el anchuroso mar del Norte que verdea hácia su cumbre y avanza su tempestuosa cresta que se deshace en polvo contra el dique, destruye á una barca y abate á quien la gobierna, así abaten ellos á Sir Lancelot y su corcel, y atraviesan con afiladas lanzas su casco, dividiendo y destruyendo la cabeza.»

Y si no, tomemos estas dos líneas de *Gareth y Lynette*, en las cuales Mr. Tennyson ha reproducido quizá inconscientemente la suerte de Pándaro:

«Y sir Gareth hendió de un golpe el cráneo, cayendo la mitad á un lado y la mitad á otro.»

Separándonos de las guerras y combates, salidas y retiradas, y de todos los espantosos incidentes de la batalla, en cuya descripción ámbos poetas han sobresalido, y tratando de buscar una fase opuesta en que también puedan establecerse puntos de semejanza entre los dos, los encontramos en la ternura que distingue á Virgilio y Tennyson. El episodio de Orfeo y Euridice (Geórgica IV, 453); el hado de Priamo (Eneida, lib. II, 506); la descripción del despecho amoroso de Dido (Eneida, lib. IV, 69); los lamentos del jóven Marcolo (Eneida VI, 860); la historia de Niso y Eurialo, con los conmovedores arrebatos de dolor de la madre al saber el triste fin de su hijo (Eneida IX, 481).

*«Hunc ego te, Euryale, aspicio? Tunc illa senectæ,
Sera mea requies potuisti linquere solam, crudelis? (1).»*

La muerte de Palas, cuando el ciervo herido de Silvia buscó refugio en su vivienda y demandando piedad atronó la casa con sus gritos (Eneida VII, 502), son pasajes que acreditan el sentimiento de Virgilio. La ternura de Mr. Tennyson se conoce en todos sus poemas, y será bastante mencionar *The May Queen*, *The Lord of Burleigh*, *The Grandmother*, *Elaine* y *Guinevere*, los versos que encabezan sus *Idilios*, *These to His Memory* é *In memoriam*, para que veamos resplandecer esta cualidad.

Y así como en la ternura, también pueden compararse estos poetas en cierta melancolía que les produce el espectáculo de la vida humana, su brevedad y miseria, y todas las enfermedades á que se encuentra sujeta la carne. Así Virgilio en la Geórgica III, 66, dice:

*«Optima quoque, dies miseris mortalibus ovi prima fugit,
subeunt morbi tristisque senectus,*

Et labor et duræ rapit inclementia mortis.»

(1) ¿Es así como te veo, Eurialo? ¿Tú, el último solaz de mi vejez, pudiste así dejarme sola, cruel?

«Los mejores días de la juventud huyen pronto para los míseros mortales, sobrevienen las tristes enfermedades de la vejez, y el trabajo y la inclemencia de la muerte cruel nos va arrebatando.»

También en el apóstrofe de Mosencio á su caballo de guerra (Encida X, 861):

*Rhœbo diu, res si qua diu mortalibus ulla est,
Viximus.»*

«¡Oh, Rhebo! Nosotros hemos vivido mucho tiempo, si algo puede durar mucho para los mortales.»

Comparemos con estos sentimientos los siguientes de Mr. Tennyson en *Mand*:

«Nosotros no somos otra cosa que muñecos, el hombre con su orgullo y la hermosa en la flor de su juventud. Lo aseguramos con toda nuestra alma; los hombres somos una raza de pequeños.»

Y estos de su *Lucrecio*:

«Cansado de estar tanto ó de estar tan poco en nuestra pequeña vida. ¡Pobre pequeña vida! que en ménos de media encuentra una ó dos flores y también su fin.»

La analogía aquí es algo más que accidental; se origina en la identidad de sentimientos en ámbos corazones.

Todavía existe otro punto de semejanza, y es en la filosofía que uno y otro profesaban. Teniendo en cuenta las diferencias de la época, de la educación y de las circunstancias externas, es preciso convenir, no obstante, en que Virgilio y Mr. Tennyson tenían pensamientos muy análogos acerca del *summum bonum* de la vida. Ambos son quietistas, partidarios del amor sin pasión, de la divina tranquilidad: colocan la felicidad en la vida campestre, que no turba la ambición,

libre de los cuidados de la alabanza ó vituperio de los humanos; maestros de sí mismos y no sectarios de un cualquiera. Este es el ideal que se ve en las Geórgicas de Virgilio (G. II, 490):

«Feliz el hombre que estudiando las leyes de la naturaleza mediante los efectos conocidos, puede trazar las misteriosas causas de estos. Su espíritu se encuentra tranquilo, sin temor de la fortuna y resignado á la muerte. Y feliz aquel que ocupa sus ócios en cubrir de flores la enramada de su casa y admira las fuerzas de la tierra, y cuya alma, cerrada al soborno de la córte, es capaz de ver sus insidiosos cebos y su exornada esclavitud, y no espera las lisonjas de la gente ni teme su desagrado.»

Aquí está ahora la reproduccion de Mr. Tennyson en *Mand*:

«Porque no desear ni admirar (si un hombre pudiera lograr esto), seria mucho mejor que pasear todo el dia como el sultan de la antigüedad por su jardin de especias aromáticas.»

Y del mismo poema:

«Pudiera mi vida ser la de un filósofo, vagando por las apacibles arboledas, donde si no consiguiera ser feliz, disfrutaria al ménos de sosiego.....
..... como un Estóico ó como un sábio Epicúreo.»

Tambien en *A Dedication* con tonos muy solemnes desea para el objeto de la composicion:

«Ojalá pueda confiar siempre en sí mismo, y desdeñando la lisonja y la censura, como el que presiente ya el mundo infinito, alcance la sábia indiferencia del sábio.»

Pero ya es tiempo de que reanudemos el hilo de nuestro

estudio. Hemos tratado de demostrar que Virgilio y Tennyson tienen mucho de comun, que mantienen puntos de semejanza en su estudio de los fenómenos físicos; en su amor á la astronomía; en sus descripciones del mar; en las de los combates; en su afición á los espectáculos bélicos; en su ternura y melancolía; en sus consideraciones sobre la vida humana; en su filosofía, y en fijar la dicha del hombre en la tranquilidad.

El parangon pudo haberse llevado más léjos; y tratado por otro escritor más competente, seria más completo. Nada se ha dicho aquí de la habilidad en la composicion, de las bellezas artísticas de la frase, de la perfeccion acabada de la forma, de su refinamiento; nada de la admirable melodía del ritmo, del uso de la onomatopeya, de la maravillosa delicadeza de los epítetos, del esplendor de los frases y de la elevacion del estilo; nada de los numerosos *feliciter dicta* y de los rasgos dramáticos, puntos en los cuales ámbos aparecen como maestros, ámbos han vivido sin rival en su propia generacion. Pero aparte de estos puntos de comparacion, pensamos que se ha aducido lo bastante para demostrar la tésis que hemos presentado, la de que existe semejanza, y no ligera ni superficial, entre los dos poetas; semejanza todavía más estrecha que entre Macedon y Monmouth, fundada en analogías de disposicion y de génio; todas visibles en varios de sus escritos.

Ambos, debemos añadir, eran poetas doctos, en relacion al nivel de cultura de su tiempo, y ámbos eran poetas del campo, amantes de los jardines y de las flores, atentos siempre á todo lo que se mueve ó se arrastra, ó se encarama ó vuela. Ambos son aficionados á la naturaleza muda y observadores diligentes de sus costumbres. Ambos son parecidos en el temperamento, cauteloso y reservado, huyendo de la multitud y de la fama popular. Ambos han sonado en el oido de los reyes y ámbos han logrado su estimacion y favor. Hasta en el continente ó en las circunstancias externas, si hemos de dar crédito á la tradicion, los dos son parecidos: altos, lánguidos en sus movimientos, anchos de espalda, llevando en sus formas el sello de la fuerza. Ambos, al parecer;

han gozado tambien de bastante desahogo y se han visto libres de esos pequeños cuidados que alejan la inspiracion:

«*Nam si Virgilio puer et tolerabili desset
Hos pitium caderent omnes a crinibus hydri:
Surda nihil gemeret grave buccina*» (1).

JUVENAL VII. 69.

Y aunque, como Mr. Tennyson se halla felizmente entre nosotros, seria impertinente llevar demasiado léjos el parangon, en cuanto á la fortuna, reputacion y otras cosas semejantes; los futuros comentaristas quizá vean en las siguientes líneas de la «Vida de Virgilio,» de Mr. Conington, una descripcion aplicable *mutatis nominibus* á los dos poetas:—«En su fortuna y en sus amigos, Virgilio era un hombre feliz. Una herencia cuantiosa le permitia gozar con todo desahogo del tiempo y de las comodidades de la vida. Era un hombre amable y dulce, libre de la mezquina pasion de la envidia y de los celos. Su fama quedó sentada en vida y se acrecentó con la muerte como una herencia en que cada romano tenia parte. Sus obras llegaron á ser libros de texto en las escuelas antes de morir Augusto, y continuaron siéndolo muchos siglos despues. Los cultos poemas de Virgilio pronto dieron ocupacion á los comentaristas y críticos. Aulo Gelio tiene numerosas notas sobre Virgilio; y Macrovio ha llenado cuatro volúmenes con observaciones críticas sobre sus poemas.»

¡Cuánto de esto es verdad ya para nuestro poeta! ¡y qué bien puede profetizarse lo que le espera en los años venideros! Ya no hay duda que las obras de Mr. Tennyson ocuparán un lugar eminente en la educacion clásica del porvenir, y se verán, como el Virgilio de nuestra juventud, en manos de los niños de escuela, manoseadas y desencuaderadas, como acontece ordinariamente con esta clase de lite-

(1) Porque si Virgilio no tuviera una morada decente y algun servidor, las serpientes de la inspiracion caerian de sus cabellos y la bocina de guerra no lanzaria los bélicos sonidos.

ratura. Sus mejores poemas han ejercitado ya la habilidad de nuestros más acreditados helenistas y latinistas; ya aparecen ó ya asoman á las manos volúmenes de notas que aumenten las dificultades del texto; y el espíritu se estremece ya con los azotes que el Orbilio del porvenir descargará sobre el discípulo que vaya á la escuela sin llevar aprendidas sus líneas de Tennyson, ó que no sea capaz, cuando se lo manden, de interpretar los cantos XIV ó CX de *In memoriam*.

UN RECTOR DE LINCOLNSHIRE.

(A. P. U.)

A LESBIA.

(ORIGINAL DE CATULO.)

Decias que yo sólo
gozaba de tu afecto,
y yo te amaba entónces
cual padre cariñoso al hijo tierno.

Hoy que ya te conozco,
aunque te adoro ciego,
para mí ya no tienes
tantos hechizos ni tan alto precio.

De tu falaz perfidia
tal es el fruto cierto,
que al mirar tus traiciones
te adoro más, pero te estimo ménos.

Traducción de M. DE LA REVILLA.

LO QUE EMPRENDE EL PERIÓDICO MODERNO.

Si no estoy equivocado, Mr. Cobden fué quien dijo que los periódicos debían de ser fieles á su nombre, y contentarse meramente con reunir y publicar noticias (1). En los últimos años se han realizado casi todas las ideas de Mr. Cobden en un grado que él mismo jamás pudo imaginarse; pero la que se refiere á la verdadera función de los periódicos, incuestionablemente no ha echado raíces en el mundo. Nuestros periódicos no han cesado por cierto de expresar opiniones al mismo tiempo que publicaban noticias, y en ningun tiempo tomó la prensa inglesa parte más activa é importante que ahora en discutir todos los puntos de interés y en formar la opinion acerca de los mismos. Escribir en un periódico no es hoy acaso lo que fué en otro tiempo. Tal es la opinion de los más ancianos, que hablan echando de ménos aquellos dias en los que Mr. Barnes y el capitan Sterling manejaban los truenos del *Times*, Mr. Fonblanque daba al mundo sus ensayos políticos en el *Examiner* y Mr. Rintoul era el génio que dirigia el *Spectator*. Inclinado estoy, sin embargo, á creer que en esta, como en otras muchas cosas, los viejos no son, despues de todo, los guias más seguros. Ven el pasado á través de las nieblas de los años, y miran al mismo tiempo al presente con ojos de los que ya toda ilusion ha desaparecido. El periodismo de hoy, tomado en globo, es más im-

(1) No resulta en la traduccion la idea del original. En Inglaterra los periódicos se llaman *news papers* ó *papeles de noticias*.—Nota de la R. C.

personal que el de la generacion pasada. El mundo exterior no sabe ya quiénes son los hombres que forjan los rayos, ni pertenecen al dominio público los nombres de los que entre ellos son más distinguidos. Pero los que están entre bastidores no habian de encontrar grandes dificultades en mencionar escritores dignos de figurar con cualquiera de los que he mencionado, y cuyos servicios están en este momento dedicados exclusivamente á la imprenta periódica. La verdad es, yo así lo pienso, no que se escriba poco bueno al presente, sino que de lo bueno se escribe demasiado. Dia tras dia toma uno su periódico al sentarse á almorzar, y encuentra que contiene tres ó cuatro estudiados ensayos, sobre cuestiones que han venido al mundo durante las últimas veinticuatro horas y no ántes. Pasa la vista por encima y se va á su *club*, donde halla cuatro ó cinco periódicos más, y en cada uno el mismo número de *ensayos* sobre la misma clase de asuntos: más tarde, en el mismo dia, vuelve á la desdeñada mesa, en la que están los periódicos de provincias, y allí encuentra más ensayos sobre las mismas materias, poco inferiores, si acaso lo son algo, á los de los de Londres. ¿Es asombroso que llegue á cansarse de este empacho de buenos escritos, y que mucho ántes del dichoso momento en que los periódicos de la tarde llegan á sus manos se confiese que la lectura de muchos artículos de fondo es una fatiga para el espíritu?

Sea de esto lo que quiera, es cuando ménos cierto que en ningun tiempo fueron tantos los hombres ocupados en las más altas esferas del periodismo; que nunca se remuneró con tanta largueza el escribir en periódicos, y que jamás ocupó en sociedad tan buena posicion como en los dias que corren el que se contenta con ser pura y simplemente periodista y como tal es conocido. No es el propósito de este artículo tratar de los que dirigen las opiniones de la prensa inglesa. Mucho podria decirse de ese periodismo moderno que se manifiesta en los artículos de fondo de nuestros diarios; pero no es mi intencion decirlo ahora. Con todo, me veo forzado, al empezar, á declarar que en la cuestion de escribir bien, lo mismo que en casi todos conceptos, creo que la imprenta

periódica de hoy es, no solamente igual, sino superior á la de cualquier época pasada.

Mucho se ha adelantado durante los diez años últimos en muchos de los departamentos en que se emplean la habilidad é industria de los hombres; pero en ninguna parte se ha visto cambio tan grande en ese período de tiempo como en nuestros periódicos. Hablo de ellos ahora, no como órganos de la opinion pública, sino como instrumentos para reunir y publicar noticias. Acaso parezca atrevido decirlo, y sin embargo, cualquiera que tome un número del *Times* de 1864 y lo compare cuidadosamente con otro del mismo *Times* de 1876, descubrirá la revolucion radical operada en este intervalo en el modo de confeccionar el periódico. Aparentemente, en muchos conceptos es el mismo en 1879 que en 1864. Hay el mismo número de artículos de fondo y las mismas reseñas del Parlamento y de los tribunales. En el aspecto exterior de la hoja no hay mucha diferencia tampoco; pero el exámen cuidadoso hará ver cuán grande es el cambio verificado. Quizás la manera más sencilla de describir ese cambio seria decir que el *Times* dá ahora todas las mañanas las noticias de ayer, en vez de las de anteayer.

El telégrafo ha venido por último á desempeñar un gran papel como medio de surtir de noticias á la imprenta, y por su conducto á todo el mundo, y se ha operado una revolucion maravillosa en el conjunto del sistema de hacer periódicos. El lector que abre hoy un periódico de la mañana—y cuenta que no me refiero en esto solamente al *Times*, sino tambien á otros muchos—se encuentra desde luego frente á frente con toda la anchurosa llanura de la civilizacion. Sabe de qué modo la noche anterior una muchedumbre entusiasta asistió al estreno de una obra de Dumas en el *Theatre Francais*, y lee un juicio crítico acerca de la misma, que los *parisiens* no tendrán hasta algunas horas despues. Se le introduce en los misterios de la última crisis ministerial de Versalles y en los secretos de la intriga diplomática más reciente de Constantinopla. Este párrafo le dá cuenta de cómo un príncipe inglés pasó ayer el dia cazando en alguna estacion remota de la India central, y aquel de cómo ha habido una gran fiesta á la misma hora en

San Francisco de California. Innecesario es explotar más el punto, porque todo el que lee un diario de la mañana ¿quién no lo lee? no tiene más que fijar su vista en el último número que tenga en su poder para completar el cuadro que yo no he hecho más que indicar. Durante los diez años últimos, la prensa ha venido á ser el espejo, no de una nacion, sino del mundo entero.

Verdad es, y no hay para qué decirlo, que aún en los buenos dias pasados en que se hacian los periódicos sin ayuda ninguna de ferro-carriles ó telégrafos, daban aquellos á sus lectores las noticias de todos los cuadrantes del globo, con mayor ó menor amplitud. Pero se trataba entónces de sucesos muy anteriores á la fecha en que se narraban al público. Sin remontarnos más que á doce años há, teniamos que esperar dos dias por una carta de París y semanas enteras por nuevas de la India, Australia y hasta de América. El diario de hoy, sin embargo, todo nos lo cuenta de primera mano. Antes de morir las llamas del gran incendio en la ciudad del Oeste, habia sabido el público inglés la destruccion de Chicago, y el asesinato del pobre lord Mayo horas ántes de que la triste relacion hubiera circulado por la misma Calcutta. Todo es fresco y nuevo, y todo por consecuencia tiene vida é interés. La diferencia entre el diario de hoy y el de otros tiempos es, en resúmen, la que existe entre una fotografía instantánea y uno de aquellos retratos con que teniamos que darnos por contentos ántes de la invencion de la fotografía.

Al baron de Reuter debe, indudablemente, de atribuirse la introduccion de este surtido de noticias telegráficas extranjeras, que es ahora rasgo tan prominente en todos los periódicos ingleses. El baron Reuter es un hombre de sagacidad y emprendedor, y la habilidad que ha desplegado estableciendo una organizacion de corresponsales por todo el mundo—que incluye muchos sitios que no solamente están remotos, sino que son casi desconocidos,—bien merece la gratitud del lector inglés de periódicos. Pero, por extraño que parezca, el baron ha sido uno de los mayores enemigos para la actividad periódica que han producido los dias en que vivimos. Cuando empezó sus operaciones en Lóndres, halló difícil inducir á los

diarios *á penique* que entónces luchaban á que hicieran uso de sus telegramas; pero perseveró, y pulgada á pulgada fué ganando la confianza, quizás no del público, pero sí de los propietarios de periódicos, conforme fué extendiendo el campo de sus trabajos. Una hermosa mañana imprimió el *Times* sus telegramas, y desde aquel día supo el baron que estaba hecha su fortuna. Si el *Times* obró sábiamente ó no al recurrir á Reuter en busca de noticias extranjeras, cosa es que no hemos de discutir aquí. Es punto que ha sido ardientemente debatido más de una vez por los que hacen periódicos; pero que, puede decirse, apenas interesa á la masa del público. Lo que está fuera de toda duda, sin embargo, es que la acción del primer diario al adoptar los telegramas de Reuter impidió que en muchos años pudieran las empresas periodísticas desplegar su celo en ese terreno en que tanto han hecho ver ahora. El *Times* aceptaba al baron Reuter como su corresponsal general extranjero, en cuanto á noticias telegráficas hacia referencia, y no habia, por tanto, razón para que no hicieran lo mismo los otros periódicos de la mañana. Así vino á suceder que, durante muchos años, la única fuente para obtener las últimas noticias del extranjero, era la oficina del baron Reuter: y como todos los diarios del Reino-Unido se apresuraron á inscribirse en la lista del baron Reuter, el *Times*, en punto tan importante, estaba colocado al mismo nivel que el *Little Pedlington Chronicle*.

Andando el tiempo llegó á ser intolerable este estado de cosas, no ya para el *Times* solamente, sino para los otros periódicos grandes de la metrópoli. Durante la guerra de 1870 fué cuando los propietarios de diferentes periódicos se dieron cuenta exacta del nuevo cometido que les estaba reservado, y realmente desde dicha época empieza la nueva era del periodismo inglés. Todo el mundo recuerda la febril ansiedad del público británico por noticias durante aquellos meses de otoño é invierno, en que los ejércitos alemanes estaban marchando y peleando en la Lorena ó sitiando vigilantemente á París. Era tiempo aquel en que parecia que se habian secado todos los pozos del interés popular y en que los hombres de nada podian hablar y en nada sabian pensar fuera de

la guerra. Los editores vieron á costa suya que nadie se cuidaba de libros ni semanarios. Todo el sentimiento público corria por el momento en una direccion, y los propietarios de los periódicos se vieron obligados á satisfacer la demanda que de este modo habia nacido. Cuán varonilmente se esforzaron para conseguirlo, cosa es todavía fresca en el recuerdo de la mayor parte. Corresponsales de todos los principales periódicos de Lóndres fueron despachados á todos y á cada uno de los puntos en que parecia probable que hubiera lucha. Cada cuerpo de ejército tenia una cohorte de gente de pluma inglesa agregada á su cuartel general; las ciudades sitiadas tenian *corresponsales sitiados*, que lograban por medios ocultos referir la historia de sus sufrimientos al curioso pueblo británico, y fueran los que quisieran los peligros ó privaciones que se encontraran, en donde quiera que habia algo que ver se encontraba un corresponsal de periódico inglés en el terreno para verlo y relatar á sus lectores de Inglaterra lo que hubiera pasado. La gente bonachona que, sentada en casa con comodidad en sus sillones de brazos, leia los horrores de aquella horrible campaña, no tenia idea de los peligros y sufrimientos aguantados por sus servidores de la imprenta, cuya obligacion era tenerlos al tanto de lo que sucedia en Francia durante dias tan preñados de acontecimientos. Algunos fueron cogidos como espías y sujetos á indignidades, cuyo sólo recuerdo es tormento indescriptible; otros quedaron lisiados para toda su vida por balas de cañon de aquellos con quienes no tenian motivo ninguno de querella, y otros muertos en el acto; pero el resultado de sus realmente heróicos trabajos era que los lectores ingleses de periódicos adquirian un conocimiento mucho más íntimo y exacto de la guerra y de su curso que el que poseian los mismos combatientes. La rivalidad en aquel tiempo entre los periódicos diversos de Lóndres fué reñidísima. Ser el primero en dar las noticias de cualquier incidente especial ó gran acontecimiento de la guerra era la ambicion de todos. Los telégrafos en Francia estaban en su mayor parte destruidos ó en manos de las autoridades militares, y por consecuencia no eran utilizables para los propósitos del corresponsal de periódicos. Era,

por lo tanto, necesario procurarse medios especiales para la pronta trasmision de noticias importantes. Casi todo el mundo sabe cómo el Dr. Russell—quien habia enviado el parte del combate del primer dia en Sedan, por un mensajero que fué muerto en el camino, de cuyo cuerpo fué recobrado el despacho despues de algunas semanas—viajó en tren especial y en vapor especial desde la frontera belga á Londres, inmediatamente después de la terminacion de la gran batalla, escribiendo el parte de ella en el viaje, y saliendo de Lóndres otra vez para el cuartel general del ejército aleman, inmediatamente después de depositar sus cuartillas en la redaccion del *Times*. Los que leian en este diario la brillante descripcion del mortífero encuentro, tres dias despues de haberse verificado, no tenian idea del esfuerzo físico, del dispendio de dinero que habian sido necesarios para colocarla ante sus ojos. Otros periódicos de Lóndres tomaron tambien en este período medidas especiales propias para facilitar la trasmision de noticias, y cuando ménos un diario popular tuvo durante la guerra agentes de expedicion regulares en diferentes puertos de mar de Francia y Bélgica con el único objeto de recibir y despachar por la via más rápida que fuera posible las cartas de sus diferentes corresponsales.

Inmediatamente despues del desenlace de la guerra, espolado el *Times* por la rivalidad del *Daily News*, que le iba pisando los talones, empezó á publicar en sus columnas despachos telegráficos diarios de París de considerable extension. Al principio, no se diferenciaban en gran cosa los despachos del diario principal de los de los periódicos á *penique*. Pero ántes de mucho tiempo el peso del metal inclinó la balanza. La imprenta diaria á *penique* se habia distinguido honrosísimamente durante la guerra, y en muchas ocasiones, no sólo se habia mantenido al nivel del *Times*, sino que le habia tomado la delantera. El coste y los esfuerzos así hechos habian sido, sin embargo, enormes; y no es sorprendente que cuando llegó el fin de la guerra y se estableció la justa y natural reaccion, los propietarios y directores de estos periódicos empezaran á comprender que tenian legítimo derecho á algun descanso. Los del *Times* aprovecharon el momento en que

más fuerte era este sentimiento con objeto de dar uno de los pasos más atrevidos que registra la historia de la empresa periodística moderna. A gran costa alquilaron un alambre telegráfico especial que iba desde las oficinas del *Times* en Londres á una sucursal suya en París: y de este modo pusieron, por decirlo así, el despacho de su corresponsal en París bajo el mismo techo que el del director del periódico en Londres.

Tendré que decir todavía algo más con referencia á *alambreres especiales*; pero será conveniente dejar aquí sentado que el sistema de arrendar á un periódico el uso exclusivo de un alambre por un cierto número de horas del día, ó mejor dicho de la noche, fué introducido por las antiguas compañías de telégrafos unos diez años há, cuando uno ó dos de los periódicos de Escocia se sirvieron los primeros de este modo de conseguir las últimas noticias de Londres. En el Reino-Unido el gobierno da en alquiler ahora alambres á los periódicos de provincias por quinientas libras esterlinas al año, estando cada alambre al servicio del que lo alquila desde las seis de la tarde á igual hora de la mañana siguiente. El coste del alambre especial de París para el *Times* es más de cinco veces el de un alambre inglés especial, y sólo se le permite usarlo desde las nueve de la noche á las tres de la madrugada, ó sean seis horas diarias. Pero subido como era el precio y limitado el uso del alambre, claramente previeron los propietarios del *Times* que nada hacia tan fuerte su posición sobre el continente como el adoptar esta medida sin precedente para el agotamiento del gran depósito de noticias de Europa. Es peculiar la posición del *Times* entre los diarios de todo el mundo. Tiene poco de comun con la de sus rivales, aun los más distinguidos. *Como una estrella* vive aislado, preocupándose todavía ménos que sus contemporáneos con los asuntos puramente domésticos de Inglaterra; pero aspirando siempre á ejercer su influencia en la más espaciosa arena de la política internacional. En un sentido podría sin riesgo decirse que la gran reputación que el diario de *Printing House Square* tiene en Inglaterra está reflejada de fuera. Los ingleses ven cuán por completo creen todos los políticos

del continente en el *diario principal*; saben que las opiniones de éste son citadas por los que se sientan en tronos, sus críticas respondidas por los dueños de muchas legiones, y como es muy natural, les hace tener mayor respeto todavía por él, que el que de no ser así le rendirían. El *Times*, sabedor de la importancia de mantener esta peculiar y sin par reputación, resolvió plantar, y valga la frase, un pié en el continente y establecer en el corazón de Francia, no ya un mero correspondiente, sino una parte integrante de sí mismo. Cuán satisfactorios fueron los resultados de tan atrevido experimento es casi innecesario decirlo. Día tras día, desde que se abrió esa oficina sucursal en París, eslabonada con la de Blackfriars por la cuerda viva de la electricidad, no solamente los lectores ingleses, sino la parte más inteligente del público francés, han buscado el *Times* para esos anales instantáneos, fidedignos y gráficos de las interminables variaciones en el barómetro político de Francia. Allí también han encontrado las últimas y más auténticas nuevas de todas partes del continente: murmullos de guerra de Berlín; indicaciones de Viena sobre nuevas perturbaciones en Oriente; declaraciones personales de política en Madrid ó el Vaticano. La generalidad de los lectores escasamente puede darse cuenta de cuanto así se les dá una y otra mañana; pero no hay exageración al decir que esta correspondencia del *Times*, desde la fecha de la apertura de la sucursal en París, es en conjunto el más notable timbre que el mundo ha visto en empresa periodística. No se hubiera conseguido tanto naturalmente á no haber estado los esfuerzos de los propietarios del *Times* secundados por hombres tan admirablemente bien calificados en los puestos para que fueron nombrados. Pero el *Times* ha tenido siempre la fortuna de asegurarse los servicios de hábiles y fieles servidores, y claro que áun con la ayuda de estos, nunca hubiera conservado su gran posición en las consultas de Europa sin la sábia actividad que le indujo á hacer el mayor uso posible del nuevo sistema de telegrafía.

Y no ha parado aquí, á pesar de ser tan grande, la iniciativa de este diario. Poco después de desembarcar el príncipe de Gales en la India, sus directores firmaron un con-

trato con la compañía del telégrafo indo-europeo, por el cual, mediante el pago de una suma, con poca diferencia, igual al costo del alambre de París, se concedía al *Times* el uso especial del telégrafo indio durante un corto tiempo, los domingos por la noche. Desde entónces han encontrado los lectores ingleses al sentarse al desayuno en las mañanas del lunes, gráficas cartas, de una á dos columnas de extension, describiendo con todos los detalles necesarios la vida del príncipe de Gales en la India hasta el dia ántes. Segun se ha dicho, el contrato entre el *Times* y la susodicha compañía telegráfica es por tres años: así es que podemos esperar que durante todo este tiempo seguirá presentándonos una provision semanal de las noticias más frescas de la India. Aún más recientemente hemos visto un documento que ocupaba varias columnas, telegrafiado de Washington á Lóndres para su publicacion en el *Times*, y no hace muchos dias que se dijo que, conociendo los propietarios del mismo el sentido en que corre la política moderna, habian abierto negociaciones para el arriendo de un alambre especial desde Berlin.

Y no hay que suponer que el *Times* es el sólo en este espíritu de empresa que despliega. De año en año van engrosando las cuentas de los diferentes periódicos de Lóndres por noticias telegráficas, conforme va creciendo el número de estas que diariamente dan á sus lectores. El *Daily Telegraph*, á cuyos especiales esfuerzos puedo ahora referirme, ha llegado últimamente tan léjos en este punto, que, á imitacion del *Times*, ha alquilado un alambre expreso entre París y Lóndres. No por esto ha de decirse que es tan valioso el alambre para el uno como para el otro, porque el *Daily Telegraph* no es el *Times*, y sus relaciones con el mundo político del continente son muy diferentes de las del gran caudillo de la imprenta. Pero algo hay, que es en verdad para dejar perplejo, en el sólo hecho de que un periódico que cuesta un penique pueda adoptar este costoso y exclusivo modo de obtener noticias especiales y de última hora. En otros métodos, sin embargo, es donde el *Daily Telegraph* ha hecho ver recientemente ese espíritu de empresa

que siempre ha animado á sus propietarios. En un concepto ha tomado una medida digna de encomio, que no debe dejarse pasar sin reconocimiento. Nombrando corresponsales con sueldo en todas las principales ciudades del Reino Unido, ha conseguido dar á sus suscritores una columna diaria de noticias de provincias, que parece proveer á la generalidad de los lectores con cuanto pueda desear respecto á los movimientos de nuestra vida nacional fuera de los límites de Lóndres. Los periódicos de la capital, con una estrechez de miras que verdaderamente era provincialismo, habian descuidado mucho tiempo este importante ramo de su competencia; y áun ahora, cuando se le dedica más atención, el lector tiene que recurrir al *Daily Telegraph* si desea algo parecido á una completa reseña de nuestras noticias del interior.

No me hallo dispuesto á decir que el *Telegraph* ha sido siempre tan sábio en sus empresas como lo fué en este caso. Una alianza—que ha sido anunciada públicamente y á la cual, por tanto, puedo referirme sin pecar de indiscreto—entre el diario de *Fleet Street* y el *Herald* de Nueva-York parece haber producido el efecto de distraer algunas de las energías de sus propietarios por canales que si no pueden llamarse ilegítimos, son de todos modos extraños, noveleros y ostentosos. El curioso golpe de fortuna logrado por el propietario del *Herald* cuando su celoso é infatigable agente, Mr. Stanley, consiguió encontrar y llevar socorros al Dr. Livingstone, ha tenido una influencia embriagadora en algunos propietarios de periódicos. Jamás con toda seguridad se vió ántes semejante hazaña periodística; y ciertamente, nunca obtuvo un periódico anuncio más espléndido. Cualesquiera que hayan podido ser los motivos de Mr. Gordon Bennett, es lo cierto al ménos que su acción con respecto á Livingstone ha colocado al mundo entero civilizado en deuda de gratitud con él. El *Daily Telegraph*, inspirado por el triunfo de Mr. Stanley, se trazó una línea en la misma dirección, y echándose encima el gasto de una de las expediciones de Mr. George Smith en busca de las interesantes tablillas caldeas, pudo identificar su nombre con algunas noticias muy curiosas, que lo son tanto

más por ser antiquísimas. Desde entónces ha entrado en un arreglo, en union con el *New-York Herald*, para la segunda expedicion africana de Mr. Stanley. Por ese arreglo las cartas de Mr. Stanley llegan primero á las oficinas del periódico inglés, y se publican, por tanto, simultáneamente en las columnas de los dos diarios. Parece que debe haber habido algun tropiezo en este convenio. Pocos meses hace, de cualquier modo que sea, pelearon el *Herald* y el *Telegraph* sobre uno de los despachos, y pusieron al público en el secreto. Esperamos que estos emprendedores gigantes del periodismo habrán arreglado ya sus diferencias, y que nada vendrá á oscurecer el triunfo de su invasion como aliados en el Africa central. El lector admitirá por todo esto que la empresa periodística necesita haber experimentado un maravilloso desarrollo para que un diario á *penique* pueda tomar parte tan importante en lo que incuestionablemente es tarea grande y digna de elogio.

Una de las operaciones del *New-York Herald*, para lograr obtener más pronto las noticias de un país lejano, no tuvo la suerte de conseguir el buen resultado que indudablemente merecia. Mr. Gordon Bennett, como es bien sabido, sufragó una parte considerable de los gastos del armamento de la *Pandora* para su expedicion á las regiones árticas al mando del capitan Allen Young. La recompensa que por ello tenia, era que se admitiera á su bordo á Mr. M'Gahan, el experto periodista que acompañó á Khiva á las tropas rusas como representante del *New-York Herald*; esperando naturalmente que Mr. M'Gahan monopolizaria para su diario y para el asociado con él en Inglaterra la posesion exclusiva de las últimas noticias referentes á la expedicion ártica del capitan Nares, que la *Pandora* debia de seguir y ayudar hasta cierto punto. Aquí, sin embargo, entró en juego otro elemento; el de una rivalidad no muy limpia. Otro periódico americano solicitó que se admitiera en el buque á un representante suyo, y al ver que se habian tomado las debidas precauciones contra la presencia de periodista alguno rival en la expedicion, para no quedarse chasqueado, dió instrucciones á un agente suyo de Lóndres para que consiguiera de alguno de

los que iban á bordo que escribiera las correspondencias. Fué el agente á Portsmouth un dia ó dos ántes de levar anclas el buque; encontró allí que entre la tripulacion ordinaria habia uno de esos marineros *leguleyos y catedráticos*, y sin ninguna dificultad aseguró sus servicios á poca costa en nombre del susodicho periódico. Se le encargó sencillamente que llevara un diario extracto del viaje, y que no perdiera oportunidad de ir enviando las sucesivas porciones de él por los buques que fueran encontrándose. Esta fué la parte más dura y grave del caso en cuanto al *Herald* y á su coadjutor inglés se referia. Mr. M'Gahan, en la más firme persuasion de que solamente él entre las personas que á bordo iban estaba interesado en el periodismo, ignorando probablemente hasta la existencia de un *escribidor* á proa, llenó su deber segun las instrucciones que tenia. Reunió cuantos informes pudo concernientes al viaje de su barco y á la expedicion del capitan Nares, componiendo con estos informes una narracion interesantísima y muy instructiva. Pero guardaba consigo las cuartillas hasta poder presentar de una vez al mundo toda la historia, y se encontró á su regreso que el valor de su narracion estaba ya descontado en gran parte, si es que no estaba destruido por completo por la prévia publicacion de aquellos toscos extractos del cuaderno de bitácora del *catedrático* que el agente del **** de Nueva-Yok habia obtenido tan diestra y astutamente.

La rivalidad implacable que produjo el caso anterior nos recuerda otro periódico de Lóndres que ha desplegado tambien notabilísima actividad en diferentes conceptos. El *Daily News* á los principios de la guerra de 1870, no estuvo ni con mucho á la cabeza de los periódicos á *penique* de Lóndres; pero no puede dudarse de que ocupaba esa posicion á la terminacion de la guerra. Pocos habrán olvidado el generoso cumplido que le hizo el *Times*, copiando de sus columnas el parte de la rendicion del ejército de Metz. Podria decirse que el triunfo del *Daily News* durante la guerra fué debido, no tanto á superioridad alguna de parte de sus corresponsales, como á los bien dispuestos arreglos que hizo para procurar y publicar su despacho con la prontitud mayor posible

Cuando estalló la guerra con el rey de los Ashantees, ansioso estuvo el *Daily News* de mantener la reputacion que habia ganado durante la invasion de Francia, en tanto que sus rivales, el *Standard* y el *Daily Telegraph*, lo estaban igualmente de conseguir para ellos la misma fama. Los tres periódicos tenian, no hay necesidad de decirlo, sus corresponsales en el cuartel general de Sir Garnet Wolseley, y terriblemente sufrieron los efectos del pestilente clima. Pero no se contentaron los periódicos meramente con enviar corresponsales al campo. Despacharon otras personas pertenecientes á sus redacciones á Madera y Lisboa, con la sola obligacion de apresurar el envio de las noticias importantes de los corresponsales militares. Cuán desesperadamente trabajaron cada uno de estos agentes para lograr ser el primero, ha sido, si mal no recuerdo, ya dicho ántes de ahora. Lo cierto es que se han contado una porcion de extrañas descripciones de los recursos de que individualmente se valian, cuando se esperaba un correo de la Costa del Oro, para poder adelantarse á los demás en transmitir á Inglaterra las noticias más importantes de las cartas del cuartel general. En una ocasion el *Daily News* dejó atrás á todos sus colegas, con las noticias de un suceso importante de la guerra; mas esta ventaja fué obtenida del modo que sigue: las cartas recibidas en Lisboa eran siempre llevadas á la cuarentena y fumigadas ántes de ser entregadas áun á los que más prisa manifestaban por ellas. El representante del *Daily News*, al cabo de todo esto, indujo á un dependiente de la cuarentena á que abriera la carta del corresponsal de su periódico y á que la pusiera contra la reja de la ventana del cuarto de fumigaciones: pudo de este modo leerla desde fuera, y tomar á escape nota de sus contenidos sin que aquella estuviera en su poder. No son estos pequeños incidentes quizás dignos de apuntarse: y sin embargo, pueden arrojar una nueva luz sobre la cantidad y calidad de esa empresa con que estoy ocupándome, y á la que debe el público inglés la posesion de las noticias más frescas hasta de los parajes más remotos.

Un rasgo de la empresa moderna periodística, en cuanto á la imprenta americana se refiere, apenas ha podido echar

raíces en este país. Es esta la práctica de las *entrevistas* (1) con distinguidas personas y de publicar relaciones completas de su aspecto personal y de la conversacion. En América el *interviewer* (2) es ya institucion reconocida del país, y los periodistas que brillan en este peculiarísimo ramo del arte, están seguros de obtener una buena plaza y un sueldo grande. Temo, sin embargo, que no hay que atribuir la abstinencia en la prensa inglesa de la impertinente práctica de entremeterse con los hombres públicos enteramente á instintos virtuosos. Nuestros hábitos sociales son totalmente opuestos á que se tolere semejante costumbre; y el *interviewer* inglés, que emulando á su colega americano, intentase obtener acceso á Mr. Disraeli ó á Mr. Carlyle, encontraria muy probablemente algo peor todavía que un simple resalto. Pero donde quiera que puede intentarse con resultado, no parece que los *reporters* ingleses estén dispuestos á absterse de hacerlo. El *Daily News* es responsable por la introduccion de una forma particular de la costumbre en los periódicos de este país. Los representantes de dicho periódico no sujetan á interrogatorios á los presidentes del gabinete ni á los autores de nota; pero se pegan á aquellas personas vulgares cuya suerte, por extraordinarias circunstancias, ha llegado á hacerse interesante para el público. Por este sistema buscaron á algunos de los marineros de la *Megæra*, y nos dieron, con las mismas palabras de ellos, la descripcion del último viaje de ese buque de tan mala estrella. Cuando dos de los que sobrevivieron al desgraciado *La Plata* fueron recogidos en la bahía de Vizcaya, en cuyas aguas estuvieron flotando en una guindola por espacio de veinticuatro horas, el *interviewer* del mismo periódico los descubrió, y obtuvo de ellos una tierna relacion para beneficio de sus lectores. Es menester hacer justicia á la gran habilidad literaria que demostró en ámbas ocasiones el *interviewer*, y no puede decirse que en casos tales sea ilegítima la costumbre. Pero

(1) Apenas responde esta palabra á la idea que expresa ya en el periodismo inglés el verbo *to interview*.

(2) El *interviewer* ó *reporter*, va á ver, persigue materialmente, á la persona, de importancia en algun sentido, para interrogarla.—(N. de la R. C.)

cuando se va á interrogar á las mujeres de los asesinos y á otras personas que por su desgracia se ven mezcladas en tragedias causantes de disgusto y espanto, y que llegan á atraer la atención pública del momento, hay que decir que el espíritu emprendedor del periódico se manifiesta de un modo muy cuestionable. Si el *Daily News* fué el primer diario inglés que se trazó la línea de procurar las últimas impresiones personales en los grandes desastres marítimos, no le fueron en zaga sus colegas en seguir su ejemplo, y la costumbre, si peca ahora, es más bien por exceso. Cuando eran esperados en Plymouth los tres únicos náufragos salvados entre la gran multitud de hombres y mujeres perdida en el *Cospatrik*, casi todos los periódicos de Inglaterra manifestaron ansiedad por ser los primeros en interrogarlos. Salieron vapores especiales para interceptar el paquete en que venían: los esperaba un tren *express* para llevarlos á Lóndres, con tal de que consintieran viajar en él con los representantes de un diario dado; y cuando por fin llegaron, casi los hizo pedazos una turba de *reporters* á cual más ansioso de obtener algún informe ó detalle especial. Los lectores de periódicos deben de admitir que la empresa de los que se ocupan en proveerles de noticias es llevada á una extensión extrema, cuando tanto dinero y tanta energía se emplean para que una noticia cualquiera se publique unas cuantas horas ántes. Pero esta rábia por las últimas nuevas no se detiene en alquilar vapores y trenes especiales. Dos ó tres años há el emprendedor propietario de una de las agencias de noticias en Lóndres, con motivo de la regata de botes de la Universidad, llevó en el vapor, á bordo del cual acompañaba á los botes, un cable eléctrico, por medio del cual pudo tener á toda Inglaterra al tanto del progreso de las dotaciones de los mismos en los *veinte minutos* que duró la regata.

No es sólo la prensa metropolitana, sin embargo, la que dá señales de este vehemente deseo de conseguir todas las últimas reseñas en todos los públicos acontecimientos. La prensa de provincias ha dado últimamente mayores pasos aún que la de la capital, y, si ha de decirse la verdad, la

última ha tomado de la primera muchas indicaciones para el desarrollo de su empresa. Los alambres especiales, por ejemplo, que el *Times* y el *Daily Telegraph* han alquilado ahora entre Lóndres y París, eran cosa familiar ya para los periódicos de provincias hace diez años. Ciertos periódicos principales de las grandes ciudades de Inglaterra y Escocia, entre los cuales descuellan el *Scotsman*, el *Glasgow Herald*, el *Manchester Guardian* y el *Leeds Mercury*, poseen alambres de su propiedad entre sus oficinas principales en la ciudad en que se publican y sus sucursales en las inmediaciones de *Fleet Street* en Lóndres. Por medio de estos alambres, y de los empleados que trabajan con ellos, los periódicos principales de provincias pueden competir con los mayores de Lóndres en la publicación de las últimas noticias metropolitanas. Los cuatro periódicos que he nombrado, y podrían mencionarse otros no ménos dignos, dan por regla general mejores reseñas parlamentarias que los diarios de Lóndres. No solamente tienen alambres especiales desde sus oficinas en Edimburgo ó Leeds á sus oficinas en Lóndres, sino desde estas últimas á la Cámara de los Comunes. El director á distancia de cuatrocientas millas, sentado en su despacho en Edimburgo, queda así en constante é instantánea comunicacion con el Parlamento cuando está en sesion. Sabe hora por hora, minuto por minuto, durante toda la noche lo que está sucediendo en la Cámara, quién está hablando y quién tiene pedida la palabra. Apenas los secretarios (*tellers*) declaran al presidente el resultado de una votacion cuando aparecen los mismos números en el escritorio del director en Glasgow ó Manchester, y puede así escribir sobre ellos las noticias parlamentarias del dia al mismo tiempo que su rival de Lóndres. Y no es de ningun modo para las noticias parlamentarias solamente por lo que los periódicos de provincias han incurrido en gastos tan grandes como son los de tener alambres especiales y oficinas abiertas en Lóndres. Noticias de todas clases van por esos alambres á estos diarios, cuyos directores tienen la mira de hacer á sus lectores lo más independientes que sea posible de la prensa de la metrópoli. Una mejora muy señalada se ha verificado de esta manera

en el carácter de los principales periódicos de provincias. Ya no dan á sus lectores las noticias que han salido en Lóndres el dia ántes, sino que publican todos los sucesos importantes simultáneamente con los periódicos de la capital: y en vez de esperar á ver lo que el *Times*, el *Standard* ó el *Pall Mall Gazette* tengan que decir sobre un asunto particular, expresan sus opiniones propias en artículos de fondo que ven la luz pública al mismo tiempo que los de los grandes diarios de Lóndres. No es este lugar propio para discutir esa cuestion de los méritos relativos de la prensa metropolitana y de la provincial, que Mr. Gladstone es tan aficionado á suscitar; pero los que tengan costumbre de ver los principales periódicos de fuera de la capital estarán prontos á admitir que el nuevo sistema de dirigirlos aumenta inmensamente su frescura é interés, si es que no aumenta su valor é importancia.

Un gran rasgo de la imprenta provincial ha sido, podria decirse que desde tiempo inmemorial, la carta del corresponsal de Lóndres. Muchas son las chanzonetas puestas en curso de vez en cuando á costa de este tipo, y razon ha habido en verdad para algunas de ellas. Pero la actividad demostrada en los últimos años por los propietarios de los periódicos de provincia ha hecho mucho para redimir la fama de *Nuestro corresponsal de Lóndres* del reproche que ántes le era inherente. No es un secreto que los que hoy surten á los principales periódicos de fuera de Lóndres con lo que se charla en la capital sobre puntos políticos y sociales, no son ya aquellos alquilones de Grub Street de otros dias, ni están ahora tan alejados de la vida de *club*, que entónces era puramente imaginaria, como en aquel tiempo en que cada periodiquito semanal de provincias tenia su *rondador de clubs* propio. Más de un miembro del Parlamento se ha prestado sin reparos á desempeñar el trabajo y á cobrar el sueldo de corresponsal de Lóndres, y hombres de reputacion hecha en literatura, y de buena posicion en sociedad han sido igualmente gustosos en preparar este género de noticias para los lectores de provincias. Que lo que por esto se paga hoy no es una insignificancia, como lo fué en un tiempo, se concederá desde que yo diga que sé de una carta de Lóndres que cuesta cien libras

esterlinas al mes. Es, sin embargo, equivocacion suponer que una sola persona sea autor de ninguna de las cartas de Lóndres que aparecen ahora en los mejores periódicos de provincias. Cooperan á ella generalmente dos ó tres caballeros, que se mueven en diferentes círculos de sociedad, los cuales son liberalmente pagados por cualquier artículo nuevo de noticias exclusivas que lleven á los diarios de que dependen. Ganan de este modo las cartas esa variedad en tono é informes que las recomienda al lector. Está de moda mirar desdeñosamente las noticias y profecías de los corresponsales que en Lóndres tienen los periódicos de provincias: pero los que más íntimamente conozcan el asunto serán los primeros en admitir que estos dan á menudo los primeros informes, no solamente acerca de los movimientos interesantes de la vida social, sino tambien de sucesos políticos interesantes. Podria nombrar dos ó tres periódicos semanales de Lóndres, que han ganado una gran reputacion por su supuesto conocimiento de lo que en sociedad se hace, cuya principal fuente para el surtido de sus noticias especiales ha sido la correspondencia de Lóndres publicada en la prensa de provincias. Apenas es necesario decir que la correspondencia londonense de los principales periódicos de que estoy tratando, es siempre enviada por telégrafo. Esta parte de las noticias es considerada de tanta importancia, que no me cabe duda de que seria preferida á un discurso del mismo jefe del ministerio si el director del periódico tuviese que escoger entre uno y otro. No es en Lóndres solamente donde los periódicos de provincia mantienen corresponsales. Muchos de ellos han copiado hasta tal punto á la prensa de Lóndres, que tienen ahora corresponsales propios en París, Nueva-York y muchas más ciudades del extranjero. El *Manchester Guardian* fué, segun creo, el único periódico que tuvo un corresponsal en Metz durante el sitio: y á ese caballero (Mr. Robinson) se debe la idea del *globo correo* tan utilizado despues en París. Deseando enviar un despacho á un periódico inglés de provincias, cuyo representante era, se le ocurrió la posibilidad de usar un globo de juguete para sacar su carta más allá de las líneas, y de esta manera introdujo en el mundo este nuevo mensa-

jero de correos que tan familiar se hizo más tarde. ¿Cómo, después de esto, pueden mofarse los periódicos de Londres de los de provincias?

Un método en el cual los periódicos que no son de la capital han hecho ver recientemente su actividad, no ha obtenido la fortuna de ganar la benévola consideración de los que manejan la prensa metropolitana. Siendo Londres un lugar muy grande, y teniendo sus periódicos que alimentar, no sólo á Londres, sino á todo el país, necesario es que sus grandes diarios se publiquen por la mañana muy temprano (generalmente de tres y media á cuatro de la madrugada) para que estén repartidos en los distritos de la capital y suburbios á la hora del almuerzo. Los periódicos de provincia, con su venta relativamente limitada y con su área de circulación más pequeña, no están bajo esta presión; y en ciudades como Manchester, Leeds, Newcastle y Glasgow las ediciones locales de los diarios no necesitan entrar en prensa hasta las cinco, y aún más tarde. Queda, pues, por esto una hora completa entre aquella en que se hace la tirada de los periódicos de Londres y aquella en que se empieza en los diarios de las ciudades que he nombrado. Algunos señores muy activos, unidos á uno de los periódicos de provincia, han discurrido un plan para aprovechar esta hora de una manera novísima. Su idea fué emplearla en telegrafiar algunas de las noticias de los periódicos de Londres del mismo día á las oficinas de los suyos, de modo que los lectores del periódico de provincias pueden tener actualmente la flor y nata de las noticias de la prensa de Londres del mismo día en el periódico que se encuentran en la mesa cuando van á desayunarse. Cosa extraña es que parece que esta atrevida idea se ha cumplido con buen resultado en uno ó dos casos; y el lector de periódicos en Escocia ó en el Norte de Inglaterra que fija su atención en un diario local y particular, sabe ahora, á la hora del almuerzo, lo que tiene que decir el *Times* de la misma mañana sobre la última cuestión política del día, ó cuál es el último telegrama recibido por el *Daily News* de sus corresponsales en el continente. No parece que los propietarios de periódicos en Londres aprecien

el cumplimiento que así se les tributa, y hace unos pocos meses resolvieron llevar la guerra al territorio del enemigo alterando la hora de su publicación y enviando sus periódicos á provincias en *trenes especiales para periódicos*, que están arreglados para que lleguen á las grandes ciudades del Norte de Inglaterra ántes del mediodía. Es de este modo posible tener un ejemplar del *Times* ó de cualquiera otro diario de Lóndres en Manchester ó Bradford á las diez de la mañana; y en Birmingham se reparten los periódicos de la capital al mismo tiempo que los de la localidad. Sea el que quiera el coste de este género de actividad para los propietarios de periódicos, es evidente que el público sale ganancioso, en tanto que la competencia que origina seguramente provocará todavía más actividad y nos llevará á quién sabe qué regiones de perfección periodística.

Hay un nuevo rasgo de periodismo diario que pertenece por igual á la imprenta de Lóndres y á la de provincias, y que por lo mismo puede ser apreciado con la mayor oportunidad en este punto. El lector vulgar ha visto indudablemente entre complacido y confuso, durante los doce últimos meses, la aparición diaria de cartas de variaciones del tiempo que figuran ahora, no solamente en la mayor parte de los periódicos de la metrópoli, sino también en los de fuera. ¡Este seguramente es el más nuevo descubrimiento de la actividad periodística! ¿Quién que tuviera el hábito de leer un periódico veinte años há, podría haber imaginado que en 1876 había de contener este cada día una carta demostrando de una manera á la vez gráfica y precisa, la clase de tiempo, la presión barométrica y la fuerza y dirección del viento dominante el día anterior en todas las islas británicas y en una parte considerable del continente? Es muy posible que muchas personas no puedan entender esta carta de tiempo, y debe de admitirse que pudieran hacerse algo más simples sin desventaja.

Pero, aún tal cual es, preciso es reconocer que es acto maravilloso. Antes hubiera sido esta carta cuidadosamente dibujada en madera, luego vaciada por un grabador y finalmente transferida por el procedimiento de la esterotipia á alguna

sustancia metálica dura de donde despues imprimirla. Pero todo esto ocupaba mucho tiempo y las exigencias del periódico diario piden un método de preparacion más rápido. La dificultad fué salvada hace algun tiempo por la compañía *London Patent Tipefounding*, que ha inventado una máquina, cuya sencillez de construccion y exactitud de accion acaso no hayan tenido igual en el arte del mecánico. Este aparato, en su forma, es como una prensa litográfica pequeña, con un largo manubrio llamado pentógrafo; el cual, al dibujar con él sobre un trazado tosco, produce un grabado correspondiente en menor escala en un trozo de yeso seco de París colocado en el centro de la máquina. El que opera no necesita ser artista: todo lo que se requiere de él es que siga con cuidado las líneas del dibujo que tiene delante, y hecho esto, el buril, que está muy cerca de él, vaciará simultáneamente un *fac-símile* reducido en el trozo de yeso del cual se toman luego los moldes de esterotipia. Los partes de las varias estaciones meteorológicas provienen de la oficina meteorológica y se escriben en un dibujo de la carta, ya impreso ó hecho á lápiz. Este último es calcado lentamente por el pentógrafo, y en media hora ó cosa así hay un trozo grabado, listo para ser transferido al metal. Es evidente que puede aplicarse el mismo procedimiento á muchos designios del periódico, tales como los de dar un bosquejo de un campo de batalla, ó del curso de una regata, y á no dudarlo se acerca el dia en que los lectores de periódicos tendrán auxilios pictóricos para la plena comprension de lo que por escrito se describe. En el entretanto, sólo se usa para la produccion de las cartas de temperatura y éstas se dan diariamente en trozos de metal á todos los periódicos de Lóndres y provincias que se cuidan de pagar el insignificante coste que tienen. Hasta últimamente no aparecieron al Norte del Borden por no haber facilidades de enviarlas por ferro-carril á tiempo para la publicacion en el dia siguiente; pero el *Glasgow Herald* ha discurrido un método que le pone en disposicion de dar precisamente la misma pintura que dan los diarios de Lóndres, Leeds y Manchester. Los contornos de la carta están vaciados en un trozo de metal, y los datos, telegrafados por medio de un código que asegura

exactitud perfecta, se insertan con tipos movibles en las partes huecas del trozo.

No debe suponerse, sin embargo, que es solamente en la adquisición de noticias en donde se requiere que el propietario del periódico moderno despliegue su espíritu de empresa. El lector ha visto cuán extensamente se han empleado descubrimientos mecánicos y científicos en la preparación diaria de este manjar de noticias: pues aún se usan más profusamente en el trabajo de distribuir ese manjar entre los que desean participar de él. El adelanto más importante que se ha efectuado hasta ahora en la construcción de la prensa de imprimir primitiva, ha sido la invención de la máquina de imprimir de tejido (*web-printing machine*). Cuatro clases hay al presente en uso de esta asombrosa máquina en las oficinas de periódicos de Inglaterra y América: la Bullock, la Walter, la Victoria y la Hoe. La máquina Bullock fué la primera introducida, y es acreedora por tanto á una gran parte del crédito que va siempre unido á todas las primeras tentativas para realizar ideas nuevas y útiles. La Walter es la máquina inventada y usada en las oficinas del *Times* y en las del *Daily News*, el *Scotsman*, el *Birmingham Post* y el *New-York Times*. La Victory fué inventada por una casa de maquinistas de Liverpool, y se usa para imprimir el *Globe*, el *Freeman's Journal*, el *Leeds Mercury*, el *Dundee Advertiser* y otros importantes periódicos de provincias. La Hoe es la última adición al número de estas máquinas, y por lo tanto llega al campo cuando ya estaba en cierto modo ocupado este. La usa el *Standard* y pronto la introducirá en sus oficinas el *Glasgow Herald*.

El rasgo especial de estas maravillosas máquinas—entiéndase bien que hablo de ellas colectivamente, porque no me concierne conceder á ninguna de ellas la palma—es su facultad de imprimir las dos caras de un periódico de una vez en un rollo largo de papel, del cual queda cortado cada número después de impreso. Hasta que se introdujeron estas máquinas, el papel de que nuestros periódicos se compone tenía que ser de antemano preparado del tamaño requerido. Así que cuando había que imprimir veinte mil ejemplares

de un periódico dado, había que poner sobre la máquina veinte mil hojas separadas, y cada una de ellas tenía que ser presentada ó entregada á mano al aparato impresor. Esta operacion necesariamente ocupaba mucho tiempo y costaba mucho dinero: porque una máquina de Hoe del tipo antiguo que imprimiera á la vez ocho ó diez ejemplares, requería un hombre para presentar cada uno de ellos y otro para recogerlo.

Todavía más; la antigua clase de máquinas imprimía el papel sólo por un lado en un tiempo: de modo que cuando se había impreso ya una cara de estas veinte mil hojas, tenían que ser llevadas á otra máquina en la cual eran colocadas una por una por el mismo cansado procedimiento manual para imprimir su reverso. ¡Cuán diferente es la operacion de imprimir un periódico ahora, gracias á los inventores de la máquina para papel continuo! Todas estas máquinas, por mucho que puedan diverger en otros detalles, son semejantes en una cosa. A un extremo de la máquina hay un gran rollo de papel blanco del tamaño de diez ó de veinte mil hojas separadas. En vez del procedimiento pesado de presentar hoja por hoja á la máquina, el extremo de este rollo únicamente se lleva á la máquina, que entónces ya toma por sí sola el papel. Tan pronto como se pone en movimiento empieza á desarrollar aquella cinta con un movimiento regular y rápido, y conforme lo va arrastrando al medio del aparato la imprime primeramente por un lado y luego por el otro, y por último corta cada hoja y la deja en la meseta de la máquina. La máquina Victoria, además de hacer todo esto, dobla cada periódico en la forma en que ha de ser puesto sobre el mostrador del que luego vende el periódico. Y todos estos variados procedimientos pueden hacerse con rapidez tanta, que cada máquina puede imprimir, cortar y entregar de nueve á catorce mil números por hora. Presentando á mano, había naturalmente cierto límite bien determinado á la velocidad, siendo mil quinientos por hora el mayor número de ejemplares que un hombre podía entregar á la máquina; pero por el nuevo procedimiento de alimentarse mecánicamente de un rollo ó cinta de papel, el único límite es el de

la velocidad que pueda desarrollar la máquina en su trabajo.

Una máquina sola, áun cuando imprimiese los periódicos á razon de catorce mil por hora, no seria suficiente para satisfacer la demanda del público por nuestros diarios. En algunos casos la circulacion de esos periódicos excede de cien mil ejemplares al dia, y la ansiedad de dar las últimas noticias posibles es tal, que se dá un cortísimo tiempo para la tirada. Es, por lo tanto, necesario usar más de una máquina. En algunas oficinas se emplean diariamente de seis á ocho máquinas para un sólo periódico. La dificultad de imprimir el mismo periódico simultáneamente en media docena de máquinas queda obviada no imprimiendo con el tipo, sino haciéndolo con planchas estereotipadas. Una fundicion de estereotipia forma ahora parte del equipo regular de las oficinas de un diario de algunas pretensiones: y como el ahorro de tiempo es en todos casos el principal blanco de las aspiraciones, se ha inventado maquinaria, por cuyo medio es posible producir una plancha de estereotipia, armarla y colocarla en la máquina de imprimir en ménos de diez minutos, desde que la *forma* queda en la fundicion para ser estereotipada. Solamente los que hayan visto por sí mismos los trabajos en un gran diario pueden tener idea de la velocidad con que se llevan á cabo las muchas é intrincadas operaciones necesarias en la produccion de la hoja impresa. En nada se ha desplegado la actividad periodística más señaladamente que en la invencion y aplicacion de artificios mecánicos para hacer expeditos los procedimientos de imprimir. En muchas oficinas puede hacerse hoy la tirada de un periódico á razon de más de sesenta mil ejemplares por hora.

No se suponga que he agotado el asunto objeto de este artículo. No ha sido mi propósito referir todo cuanto es posible sobre los periódicos y sobre la manera de obtener las noticias que llenan sus columnas. Simplemente he deseado llamar la atencion hácia algunos de los principales puntos de interés relacionados con las recientes mejoras llevadas á cabo por los propietarios de periódicos. Los que lean su diario, acostumbrados ya á tomar como cosa corriente su asombrosa cantidad de informes, rara vez tienen idea ni áun remota de

esa vasta organizacion de habilidad, empresa, ingeniosidad y trabajo que se necesitan para ponerlo en sus manos. Si recuerdan que todo lo que se ha dicho en estas páginas alude solo á los últimos desenvolvimientos de la actividad periodística, y que quedan sin tocar en lo más mínimo muchos de los más notables rasgos de las tareas del periódico, llegarán á la conclusion de que un periódico, aún lánguido, no es del todo cosa tan sin interés como parece, y que, en conjunto, no hay muchas obras en que la ingeniosidad humana sea más variamente ejercitada que en la de proveer al público con su diario surtido de noticias. (*Fraser's Magazine*).—X.»

No hemos podido resistir al deseo de traducir íntegra y literalmente el anterior artículo, lleno de novísimos datos referentes á la estupenda actividad del periodismo moderno; pero como nuestros lectores habrán notado—y la cosa es natural de sobra siendo inglés el articulista y de Inglaterra la revista en que escribe—está circunscrito el asunto al periodismo de las islas británicas.

Cita, sin embargo, al *New-York Herald*, y no podia ser de otro modo tratándose de empresas bien organizadas, por ser la de este periódico la primera en su género y la que va siempre á vanguardia en todas las fases del desenvolvimiento de la imprenta periodística. En este sentido le es inferior el *Times* de Lóndres, por más que tenga este mucha mayor importancia política, y que nosotros creamos justas las siguientes palabras pronunciadas por sir Bulwer Lytton hace ya más de once años:

«Si tuviera que trasmitir á las generaciones venideras una prueba de la civilizacion inglesa del siglo XIX, no escogeria ni nuestros diques, ni nuestros ferro-carriles, ni nuestros edificios públicos..... no; me bastaria como prueba un sólo número del *Times*.»

Acariciamos hace tiempo la idea de hacer un artículo que se llame y sea *La historia del Herald de Nueva-York*: por esta razon no nos extendemos hoy en demostrar la opinion que hemos manifestado. Bástenos decir que además de las expediciones de Stanley en busca del Dr. Livingstone, ade-

más de costear el armamento de un vapor que acompañara á la expedicion al polo del capitan Nares, recordamos nosotros haber leído en las columnas del diario neo-yorkino, ya traducido por supuesto, un discurso pronunciado el dia ántes en nuestro Congreso por Castelar, defendiendo la abolicion de la esclavitud, los acuerdos de la Convencion de Ginebra sobre el *Alabama*, que llenaban algunas columnas, tambien transmitidos por telégrafo, etc., etc. En materia de corresponsales, servicio de telégrafos y trenes, tirada, importancia de la misma y otros *detalles*, es maravilloso verdaderamente cuanto al *Herald* de Nueva-York se refiere y digno de atencion y encomio.

E. GODINEZ.

EL CAMINANTE.

Yo soy el desterrado, yo soy el peregrino
 Que por el mundo va;
 No sé de mi jornada, no sé de mi camino
 El término dó está.

Yo busco de mi mente la pátria suspirada,
 Y donde está no sé;
 Yo sin descanso corro tras la region soñada:
 ¡Quizás no la hallaré!

Muestra de una esperanza la luz, y el caminante
 Irá derecho allí;
 Acógele amorosa, y el peregrino errante
 Se detendrá ante tí.

Quizás en tu regazo terminen los dolores
 Del que afligido huyó;
 Tal vez es tu hermosura, tal vez son tus amores
 La patria que soñó.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

REVISTA CRÍTICA.

Terminados los trabajos del Ateneo y no siéndole posible á nuestro amigo y compañero D. José del Perojo ocuparse del último debate sostenido en aquella corporacion, vamos á dar sumaria idea del mismo, para que no resulte incompleta la crónica que de tan importantes trabajos hemos ido haciendo desde los comienzos de nuestra REVISTA.

¿Es necesaria la existencia de los partidos políticos? Caso de serlo, ¿á qué principios deben obedecer en su organizacion? Hé aquí el tema con que ha terminado dignamente sus tareas el Ateneo, despues de haber discutido con singular brillantez en sus tres secciones las consecuencias sociales del positivismo, el concepto de la energía universal y la decadencia del teatro español.

Graves cuestiones encerraba el tema propuesto. Determinar el concepto de los partidos políticos; distinguirlos de las escuelas; intentar una clasificacion científica de los mismos; señalar la funcion que á cada uno corresponde; indicar sus deberes, sus derechos, sus relaciones con todos los órdenes de la vida; ventilar problemas tan importantes como el de la legalidad de los partidos, el de las relaciones de la religion con la política, y otros de no menor trascendencia; hé aquí el vastísimo campo que se ofrecia á los oradores que terciaran en el debate.

Sostenido éste por los Sres. Moreno Nieto, Montoro, Figuerola, Moret y Prendergast, Nieto y Perez, Galvete, Vidart, Perier, Íñigo y el autor de estas líneas y resumido por el Sr. Azcárate, ha ofrecido gran interés y animacion, viéndose en él representadas todas las escuelas políticas, si bien el radicalismo extremo no ha tenido defensores, y el ultramontanismo sólo ha estado representado por un orador, cosa que habla muy alto en favor del sano sentido político del Ateneo.

Es lo cierto que si por este debate hubiera de juzgarse del estado general de

los espíritus entre nosotros, motivo habria para regocijarse y abrigar risueñas esperanzas; porque en él han dominado los matices templados y sensatos de la opinion liberal sobre los extremos reaccionarios ó demagógicos, siendo la escuela que ha llevado la mejor parte en el debate y tambien la que ha tenido más representantes, la escuela liberal de orden en sus diversos grados, desde el constitucionalismo hasta la democracia, observándose en aquel una marcada tendencia á liberalizarse y en ésta una tendencia no ménos señalada á adoptar principios y procedimientos conservadores y á renunciar á sus antiguos idealismos y á sus vanas intemperancias.

Esta actitud de la escuela democrática, representada en el debate por oradores elocuentísimos, es quizá el hecho más importante que en el Ateneo se ha señalado. La escuela democrática que ha luchado en el Ateneo no es ya aquella escuela idealista y soñadora, enamorada de lo absoluto, refractaria á la realidad de la vida y de la historia, tan generosa y tan simpática, pero tambien tan impotente, que todos hemos conocido. Libre ya de la funesta tradicion de la democracia francesa, purgada de los extravíos idealistas de la democracia española, hostil á los ensueños proudhonianos y krausistas que la llevaron al federalismo, enemiga de toda perturbadora demagogia tanto como de toda tiranía, ménos confiada en el empuje de las masas que en los procedimientos sensatos y legales de una política de atraccion y de orden, más afecta que ántes al principio de autoridad y á los procedimientos conservadores, ménos enamorada de utopias y delirios, la escuela democrática, que ha hecho oír su voz en el Ateneo, dista mucho de aquella otra á que ántes nos referíamos y da claras pruebas de que no han sido perdidas para ella las amargas lecciones de la experiencia.

Quizá se deba esto, no sólo á dichas lecciones, sino á la influencia del nuevo movimiento que se señala en la ciencia. La necesidad de separar la escuela del partido; la conveniencia de prescindir de todo idealismo político; la afirmacion de que es la política el reino de lo relativo y de lo contingente y no de lo absoluto; la sustitucion de ciertas fórmulas metafísicas de la democracia con otras más precisas y prácticas; la reduccion de la complicada série de abstrusos dogmas que ántes componian su credo á un corto número de principios claros, positivos y realizables; la escasa importancia concedida á puntos que ántes se consideraban capitalísimos; estos y otros resultados del debate á que nos referimos, acaso pudieran interpretarse como muestras de la bienhechora influencia de la nueva filosofía crítica y positiva, como signos de que ya ha pasado el tiempo en que los partidos buscaban su credo en abstrusas metafísicas y la democracia española tomaba por patron las utópicas fór-

mulas y los fantásticos ideales de ciertos sistemas. Débase á esto, débase al terrible recuerdo de aquella época de luto para la democracia española que se llama 1873, débase á ámbas cosas, es lo cierto que en ella se verifica (á juzgar por el debate del Ateneo) una trasformacion importantísima que constituye un momento decisivo de su historia.

El debate á que nos referimos ha ofrecido otro hecho importante: el de haber conformidad entre oradores de opuestas escuelas sobre puntos fundamentales. Así ha acontecido con la clasificacion de los partidos, en la cual han convenido la mayoría de los oradores, aceptando casi todos una, basada sobre la combinacion de las formuladas por Stahl y Bluntschli, y con las teorías de las libertades necesarias y de la legalidad de los partidos, magistralmente expuestas por el Sr. Montoro.

Que los partidos actuales deben dividirse en dos grandes campos: el ultramontano y el liberal; que dentro de este hay dos grandes divisiones: el constitucionalismo (monárquico ó republicano) y el radicalismo revolucionario; que deben distinguirse los partidos constituyentes de los políticos puros, siendo preferibles estos á los primeros; que deben desaparecer los partidos religiosos, los partidos de clase, de localidad y personales; que el régimen de las libertades necesarias,—es decir, de aquellas que son indispensables para el desarrollo de la vida individual y social y para la marcha ordenada de los partidos,—es de todo punto indispensable si ha de haber orden y libertad; que las libertades fundamentales ó necesarias son la de cultos, la de la ciencia, la de imprenta y la de asociacion y reunion; que mientras las libertades necesarias existan, comete un crimen todo partido que fíe su triunfo á la fuerza de las armas; que los partidos no son legales ó ilegales por sus ideas, sino por sus hechos; que los partidos políticos deben distinguirse de las escuelas y amoldarse á la realidad de la vida y á la fuerza de las circunstancias; que el principio de autoridad debe tener tanta importancia y fuerza como el de libertad; tales son los puntos en que han convenido todos los oradores liberales, desde los constitucionales hasta los demócratas.

Como era natural, la cuestion religiosa ha surgido con ocasion de la política, originándose un animado debate accidental sobre punto de tanta importancia. La secularizacion del Estado ha sido la fórmula sostenida por los oradores demócratas, conformes todos en separar las cuestiones puramente religiosas de las políticas y en hacer cruda guerra al ultramontanismo. La lucha entre ultramontanos y católico-liberales se ha renovado con tal motivo, llevando los primeros la mejor parte (como que cuentan con la autoridad infalible y la opinion unánime de la Iglesia) y poniéndose de relieve una vez

más las generosas aspiraciones, pero también las inconsecuencias flagrantes de los segundos.

Un notable resumen del Sr. Azcárate (inferior, sin embargo, al que pronunció en el debate anterior) ha puesto fin á esta discusión importantísima. Al ocuparse del ultramontanismo y de las relaciones de la Iglesia con el Estado, al tratar de la cuestión de los partidos legales y al señalar los deberes de los partidos, tuvo el Sr. Azcárate momentos felicísimos y pronunció frases elocuentes, aplaudidas con justicia. Pero al intentar una clasificación de los partidos y al exponer las teorías jurídicas de su escuela, pareciónos un tanto confuso y oscuro y no tan acertado y oportuno como en los puntos referidos. Consiste esto en que cuando da rienda suelta á su natural ingenio el Sr. Azcárate es tan claro y ameno orador como pensador simpático; pero cuando se acuerda de que es krausista, su personalidad desaparece para convertirse en uno de tantos representantes de esa escuela que tiene el singular privilegio de privar de originalidad y de carácter propio á sus adeptos, convirtiéndolos en miembros de un coro que canta eternamente y al unísono una sola nota.

* * *

La producción literaria de mayor importancia que en estos días ha visto la luz, es sin duda la linda novela: *Doña Perfecta*, del Sr. Perez Galdós. La prensa ha dispensado á esta obra unánimes y merecidos elogios, y la opinión general afirma que *Doña Perfecta* es una de las mejores novelas del discreto autor de *La Fontana de oro*.

Doña Perfecta es un delicioso y acabado cuadro de costumbres que encierra no poca trascendencia bajo su forma ligera y humorística. Píntase en ella la farisáica vida y los añejos usos de esas ciudades clericales que abundan en España y que, siendo cabezas de diócesis sin ser capitales de provincia, son otros tantos focos de atraso y oscurantismo, sin elemento alguno de cultura que en ellas contrapesase la influencia ultramontana. Mostrar los letales frutos de esta influencia, señalar su alcance político y social, diseñar las singulares costumbres y extraños tipos que enjendra, poner de relieve la torpe superstición, el ciego fanatismo, la bárbara intolerancia y la odiosa hipocresía que en tales centros se desarrolla; hé aquí el fin que se ha propuesto el señor Galdós en esta novela, que en tal concepto añade á sus méritos literarios excelencias de diversa índole, muy dignas de tenerse en cuenta.

Sabido es cuáles son las dotes que como novelista atesora el Sr. Galdós. Distínguese ante todo en la pintura de los caracteres y en la descripción de tipos y lugares, no rayando á igual altura en la acción ni en el juego de las

pasiones. Aseméjase en esto á los novelistas ingleses, mejores dibujantes que coloristas, más atentos al detalle que al efecto y más preocupados de retratar concienzudamente sus personajes que de ponerlos en animado movimiento. Embelesan las descripciones del Sr. Galdós: atrae ménos la accion de sus novelas, en ocasiones lánguida y poco interesante. Elegante estilista y escritor castizo, maneja el diálogo con discrecion y soltura; pero no siempre logra hacerlo sentido y patético, aún en las ocasiones que más lo requieren. Cuando más arrebatados parecen sus personajes, resultan frios, y sus pasiones muévense constantemente en órbita asaz reducida para que rara vez lleguen al crimen ó al delirio. Un amigo nuestro decia con mucha gracia, refiriéndose á esto, que está deseando que alguna vez se determinen á pecar los numerosos amantes (casi siempre idénticos) que pinta en sus novelas el Sr. Galdós.

Y sin embargo, el Sr. Galdós tiene marcada predileccion á los desenlaces trágicos. Parece que le repugna que sus novelas acaben bien ó que halla insuperables dificultades para imaginar un desenlace, y de aquí que corte el nudo, en vez de desatarlo, terminando sus obras con catástrofes sangrientas, casi siempre inútiles. Pero como ántes de llegar á estos extremos no se ha cuidado de conducir las pasiones al grado de exaltacion necesaria para justificar un crimen, ni de complicar la accion de tal suerte que sea irremisible un desenlace funesto, resulta que la catástrofe aparece innecesaria, concibiendo el lector perfectamente un desenlace feliz de la obra, y resulta, además, que los crímenes se cometen en frio, con cierta parsimoniosa calma muy desagradable, sin justificacion necesaria, sin pasion que los atenúe, en condiciones tales, en suma, que perjudican al efecto estético, sin conseguir por eso despertar en el lector la trágica emocion que dá carácter artístico á la catástrofe.

Hé aquí el único defecto de *Doña Perfecta*. Aquella sucesion de asesinatos y desdichas, aquel mar de sangre en que se ahogan todos los personajes de la obra, produce penosísimo efecto, tanto más cuanto que la catástrofe recae exclusivamente en los inocentes, sin razon alguna que lo justifique. Este es, sin duda, un grave defecto; pues, sin que esto quiera decir que exijamos del novelista que la virtud quede recompensada y castigado el vicio, entendemos que la catástrofe no debe recaer sobre los inocentes sin razones muy poderosas y necesidades muy perentorias; nada de lo cual acontece en la novela del Sr. Galdós que, sin perjudicar á la accion, ántes llevándola á sus naturales términos, pudo concluir feliz y pacíficamente y con arreglo á las exigencias de la justicia. Semejante desenlace tiene además otro inconveniente, y es que no cuadra al tono festivo y ligero de la obra.

Prescindiendo de este lunar, *Doña Perfecta* sólo merece elogios. No hay

personaje, por insignificante que sea, que no constituya un verdadero carácter, magistralmente delineado. Doña Perfecta, el Penitenciario, el Bibliófilo, María Remedios, las Troyas, el Abogado Jacinto, Caballuco y el tío Licurgo, son figuras llenas de verdad, de vida, de colorido, creaciones felicísimas que aseguran al Sr. Galdós elevado puesto entre los novelistas contemporáneos. La pintura de las costumbres no vale ménos que la de los caracteres; el color local de la obra es verdaderamente pasmoso, y la soltura, gracejo y elegancia del diálogo completan las excelencias de este deliciosísimo cuadro de género, modelo acabado de la novela realista. Si el Sr. Galdós no fuera ya reputado como uno de nuestros primeros novelistas, *Doña Perfecta* bastaría para darle el renombre de tal. Continúe por este camino, procure no incurrir en la grave falta que dejamos señalada, y le cabrá la gloria de contribuir poderosamente á que en España alcance la novela la alta importancia y decisiva influencia de que goza en las demás naciones.

* * *

Rosario de Acuña, la bella y distinguida autora del *Rienzi*, acaba de publicar en un elegante tomo sus poesías líricas, bajo el título *Ecos del alma*. Es regla general que los poetas dramáticos no son grandes poetas líricos, y Rosario Acuña no la ha desmentido. El vigoroso génio, la levantada inspiracion, la pasion impetuosa que palpitan en el *Rienzi*, rara vez se encuentran en los *Ecos del alma*. Rosario, poeta en su drama, es poetisa en sus obras líricas. No faltan en ellas espontaneidad, delicadeza, ternura é inspiracion en ocasiones; pero sí aquel empuje, aquel pensamiento, profundo á veces y enérgico siempre, que resonaba en los vigorosos versos del *Rienzi*. Aquel drama parecia de un hombre, estas poesías se parecen á las de todas las mujeres. La mujer canta como el pájaro, por cantar, melodiosa y dulcemente, pero sin grandeza; con espontaneidad, pero sin arte. Así canta tambien Rosario de Acuña, y no es maravilla, por tanto, que sus versos, sentidos por lo general, pequen no pocas veces de incorrectos y se rebelen contra las leyes de la métrica. Un rasgo de inspiracion, un pensamiento atrevido ó enérgico, una estrofa robusta recuerdan de vez en cuando que el libro es de la autora del *Rienzi*; pero á vueltas de estos felices momentos, la obra decae, y la tradicional poesía femenina reemplaza á los varoniles acentos que en fecha no lejana arrancaban frenéticos aplausos á los que en el teatro del Circo asistiamos al ruidoso y merecido triunfo de Rosario de Acuña.

* * *

Primeros acordes se titula un tomo de poesías debidas al Sr. D. José Jackson Veyan. Comprende composiciones de diversos géneros, y anuncia en su autor

dotes estimables para ese nuevo género de poesías delicadas que priva entre nosotros desde la aparición de Becquer; no así para la oda pindárica á que se muestra muy aficionado el Sr. Jackson y en la cual ciertamente no hará muchos prodigios, ni para la poesía festiva y humorística, que nos parece muy mal avenida con la índole de su ingenio.

* * *

Estos dos volúmenes de poesías y cierta leyenda titulada *La gruta de los encantados*, en que su autor D. Manuel Mata y Maneja imita, con escaso éxito, el género que cultivó Zorrilla y que hoy se halla en completo descrédito, constituyen el movimiento literario de esta quincena; pues no contamos como obra literaria, á pesar de su título, *La novela de Luis*, del Sr. Villarminio, producción que bajo su aparente forma artística no es otra cosa que una obra de propaganda destinada á exponer, bajo el disfraz de una vulgar biografía, determinados ideales políticos y religiosos. Género es este que nos parece muy poco artístico y al que profesamos escasa simpatía; que si nos place que haya pensamiento y trascendencia en las obras literarias, entendemos que este elemento ha de subordinarse siempre al fin estético, y que el arte ha de ser algo más que instrumento de propaganda. En cuanto á las ideas expuestas en la *Novela de Luis*, parécennos muy aceptables, si bien se nos figura adivinar bajo el disfraz racionalista cierto protestantismo, que volveremos á encontrar en uno de los libros que examinamos en el presente artículo y que nos parece producto de difícil importación en nuestra España, cuyos hijos sólo aciertan á vivir (y con razón), si son filósofos, en la anchurosa esfera del pensamiento libre; si son creyentes, á la sombra de ese grandioso edificio que se llama la Iglesia católica.

* * *

Pasando ahora de los trabajos literarios á los científicos, nos hallamos con tres producciones debidas á la escuela krausista, que está desplegando pasmosa actividad, pues en los momentos en que escribimos estas líneas acaba de aparecer un nuevo volumen de uno de sus más estudiosos representantes (los *Estudios filosóficos y religiosos* del Sr. Giner).

La más importante de las publicaciones á que nos referimos son los *Estudios de literatura y arte*, del Sr. Giner, segunda edición aumentada de los *Estudios literarios*, primera obra importante que publicó dicho señor. A los notables trabajos que aquel volumen comprendía (*Del género de poesía más propio de nuestro siglo; La poesía épica; Dos reacciones literarias; Poesía erudita y vulgar; Desarrollo de la literatura moderna*), en todos los cuales anunciaba su autor dotes no vulgares de profundo crítico y de escritor elegante, que á ser cultivadas en esta direc-

cion diéranle fama ménos discutida y quizá más envidiable que la que disfruta como filósofo, ha añadido el Sr. Giner (aparte de varias notas bibliográficas, que á nuestro juicio huelgan en el tomo) tres trabajos originales sobre *el arte y las artes*, *lo cómico y el estudio de la retórica y poética en la segunda enseñanza*, un plan de un curso de literatura y la traducción de un débil fragmento de Krause sobre *la música y sus medios de expresion estética*. Este último trabajo pudo suprimirse sin grave inconveniente, así como el artículo sobre el estudio de la retórica y el plan del curso de literatura que, con ser muy estimables, no parecen propios del lugar que ocupan. Los restantes trabajos, así antiguos como nuevos, son merecedores de estudio y dignos de loa, tanto por el fondo como por la forma, muy superior á la de los restantes escritos del Sr. Giner. Confesamos que el activo ex-profesor de la Central nos gusta mucho más como literato, que como filósofo, y creemos que hubiera producido mucho bueno si se hubiese dedicado á este género de estudios, en que tan relevantes condiciones demuestra.

* * *

Correligionario del Sr. Giner debe ser el anónimo autor de la *Minuta de un testamento*; libro semi-científico, semi-literario, que bajo una ficcion pretende encerrar un ideal completo para la vida individual, y áun social, calcado en los principios y reglas de conducta de cierta fraccion de la escuela krausista española, que se distingue por lo riguroso é intransigente de la moral que pregona, por cierta candidez y falta de sentido práctico que la caracteriza y por sus aficiones al llamado *protestantismo liberal ó racionalismo cristiano*.

El autor de este libro supone un testamento en el cual hace el testador su autobiografía, distribuye sus bienes con arreglo al ideal de la escuela y terminando consejos morales, religiosos y políticos á sus hijos. La minuta de este supuesto testamento y las notas y comentarios con que la sazona el autor le abren ancho campo para exponer un ideal completo religioso, moral, social y político.

Dejando aparte multitud de detalles que fuera prolijo enumerar, este ideal puede concretarse en estas fórmulas. En lo religioso es una combinacion de la filosofía krausista con el cristianismo unitario ó liberal, que representan Channing, Packer, Réville, Laboulaye, Coquerel y otros diferentes pensadores; cristianismo sin dogmas ni misterios, sin Cristo y sin Iglesia, que es en el fondo un deísmo sentimental, tan inconsecuente como poco atractivo y que no satisface á creyentes ni á libre-pensadores (al ménos en España). En lo político, las aspiraciones del testador se encierran en una república incolora, ni conservadora ni radical, con puntas de socialista, república que corre pa-

rejas con el cristianismo que queda mencionado. En lo social, parece apuntarse en el libro cierto socialismo manso y bucólico, muy del gusto del grupo krausista á que nos referimos; y en lo moral, campea á sus anchas la moral rigurosísima é intolerante del krausismo ortodoxo, moral de cuákeros que no tiene la grandeza de la moral estóica, ni la dulzura y espíritu de caridad de la moral cristiana, moral que á veces parece sublime y á veces tambien cae en puerilidades nimias, que bien pudieran llamarse *escrúpulos de monja*. Cierta cándido optimismo, un completo desconocimiento de la vida práctica, un espíritu utopista llevado al extremo, por una parte; una indudable rectitud de miras, una pureza de intencion y un noble deseo del bien, por otra, constituyen los defectos y las cualidades de este libro, cuya doctrina difícilmente será el ideal ni la regla de conducta de nuestro pueblo, á cuyas condiciones buenas y malas no cuadran semejantes cosas, sobre todo ese protestantismo unitario que nunca logrará reemplazar entre nosotros á la religion católica, porque la religion es para nosotros, ante todo, algo grande y bello y artístico, y nada de eso se halla en esa secta de racionalistas vergonzantes que se disfrazan con el nombre de cristianos.

* * *

La última produccion de abolengo krausista que debe ocuparnos aquí es *La vida del derecho*, del Sr. D. Joaquin Costa. Revela este trabajo asídúo estudio é indudable conocimiento de la materia, que no es otra cosa que la exposicion de las doctrinas jurídicas de la escuela; pero el lujo de artificiosas y complicadas clasificaciones en que abunda, el abuso de neologismos que no resisten oídos españoles, lo abstruso y enmarañado de la exposicion y lo oscuro y fatigoso del estilo, hacen difícilísima la lectura de esta obra y muestran hasta qué punto llega el empeño que parece tener la escuela krausista en dar tormento á la lengua castellana, y en decir las cosas más sencillas en fórmulas ininteligibles.

* * *

El Sr. D. Leon José Serrano ha publicado unos *Estudios sobre el régimen constitucional y su aplicacion en España*, en cuyo detenido exámen no queremos entrar (por más que sean muy dignos de atencion) por temor de rozarnos demasiado con la política palpitante y de tratar cuestiones peligrosas. Diremos únicamente que el libro del Sr. Serrano es un trabajo sério y meditado, en que se defiende con razones bastante sólidas el régimen constitucional, haciendo la declaracion de que puede adaptarse igualmente á la monarquía y la república, y exponiendo teorías en parte aceptables, en otra inadmisibles para los que de verdaderos liberales nos preciamos; pero en suma, muy superiores

á las del antiguo doctrinarismo. Felicitamos al Sr. Serrano por su libro y sentimos que las consideraciones ántes expuestas nos impidan ocuparnos de él con el detenimiento que merece y refutar varias de las apreciaciones que contiene.

* * *

Merecedora de honrosa mencion es una erudita *Noticia histórica de las Behetrias (primitivas libertades castellanas) con una digresion sobre su posterior y tambien anticuada forma de fueros vascongados*, debida á la pluma de don Angel de los Rios y Rios, y más digna de aplauso por las noticias y datos que encierra y por el asídúo trabajo que revela que por las conclusiones aristocráticas á que su autor llega.

* * *

Dignos son tambien de elogio los interesantes *Bosquejos médico-sociales para la mujer* del Sr. D. Angel Pulido, libro tan útil como ameno, que en forma familiar y agradable trata de cuestiones médicas é higiénicas de suma importancia, no sólo para las mujeres, sino tambien para los hombres. De aplaudir es cuanto contribuya á popularizar la ciencia, máxime cuando se trata de ciencias de tan inmediata aplicacion y trascendencia como la medicina y la higiene; y en tal concepto, merecedor es de elogio el Sr. Pulido por la publicacion de este libro, que prestará, sin duda, no pequeños servicios, difundiendo conocimientos muy necesarios, ventilando problemas tan difíciles como espinosos y llamando la atencion sobre vicios y llagas sociales que es fuerza descubrir para buscar su remedio en vez de ocultarlos con el hipócrita velo de un mal entendido pudor que sólo conduce á perpetuarlos, sin lograr por eso estirparlos, ni siquiera aminorar sus desastrosos efectos.

* * *

Tiene el *Diario de Barcelona* un corresponsal madrileño que, ocultando su nombre bajo diferentes iniciales, entretiene sus ócios en escribir artículos neocatólicos, en que, con singular virulencia, hace cruda guerra á todo lo que huelva á liberal. A este corresponsal se debe el pasmoso descubrimiento de las langostas adornadas con letreros y enviadas por el Altísimo para castigar la impiedad de los españoles, y á él deben tambien los Sres. Canalejas y Valera una vigorosa defensa de sus últimos discursos en la Academia Española, defensa que es el más justo y cruel castigo de los deslices de ámbos señores.

El referido corresponsal (que, segun de público se dice, no es otro que don Vicente Barrantes) nos ha dispensado la bondad de ocuparse de nuestra humilde persona en términos tan benévolos, que nunca se lo agradeceremos bastante. Ingratitud, impiedad, paganismo, ateismo brutal, todo esto halla el bueno del corresponsal en nuestros actos y palabras, y á tanto lleva su santo

celo, que hasta califica de *abominable, mil veces abominable* (con cuatro admiraciones) cierto malaventurado soneto que en esta misma REVISTA publicamos. ¿Y todo por qué? Porque decimos que *ciertos espiritualismos é ilealismos sólo son legítimos en boca de los defensores del dogma teológico*, concepto que en último caso debiera agradecernos el corresponsal, y que nada tiene de impío ni de ateo, pues no es otra cosa que la fórmula de una doctrina muchas veces sustentada por escritores católicos, y con la cual estamos conformes los partidarios de la filosofía crítica.

Incomódase también el corresponsal porque hemos llamado al Sr. Canalejas *defensor de causas insostenibles y vencidas* (refiriéndonos al arbitrarismo de la voluntad, el romanticismo y la teosofía hegeliana), y á todo esto califica de *brutal é infundada* declaración de ateísmo. Conste, pues, que combatir el arbitrarismo de la voluntad, el romanticismo y la teosofía hegeliana, es hacer declaraciones de ateísmo; ¡notable descubrimiento, digno de competir con el de las langostas de letreros!

La verdad es que el corresponsal no ha entendido una palabra de lo que hemos dicho, como lo prueba su defensa del misticismo español, que no hemos atacado, y su furia contra nuestro *abominable* soneto *Mirando al cielo*, que también le parece ateo é impío, por más que en él no afirmemos ni neguemos nada, ni hagamos otra cosa que pintar un estado de la conciencia contemporánea. Nada de extraño tiene esta equivocación, porque es achaque de ese académico corresponsal entender al revés las cosas, como lo prueba su famoso discurso contra el krausismo, en el cual empleó argumentos tomados de un artículo del Sr. Montoro, que tampoco logró entender. Verdad es que como los impíos no sabemos escribir en castellano, no es maravilla que tan castizo y galano escritor no logre entendernos. Nosotros, en cambio, le entendemos perfectamente y admiramos, como es justo, las dotes de profundo filósofo, notable poeta y escritor insigne que le avaloran y que de todas veras le envidiamos.

Y aquí ponemos fin á esta interminable Revista, enviando nuestra ardiente felicitación á los Sres. Canalejas y Valera por el nuevo defensor que les ha proporcionado el *Diario de Barcelona*.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 15 de Julio de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.